

LA ESPAÑA MODERNA

AÑO 24.

NUM. 288.

LA
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ LÁZARO

DICIEMBRE 1912

CASA EDITORIAL «LA ESPAÑA MODERNA»

Calle López Hoyos, 6

MADRID

Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.

Imp. y encuad. de V. Tordesillas, Tutor, 16, Madrid.—Teléfono 2.042.

DEL SENTIMIENTO TRÁGICO DE LA VIDA EN LOS HOMBRES Y EN LOS PUEBLOS

CONCLUSIÓN

D. Quijote en la tragi-comedia europea contemporánea.

¡Voz que clama en el desierto!

Isaías, XL. 3.

Fuerza me es ya concluir, por ahora al menos, estos ensayos que amenazan convertírseme en el cuento de nunca acabar. Han ido saliendo de mis manos a la imprenta en una casi improvisación sobre notas recojidas durante años, sin haber tenido presentes al escribir cada ensayo los que le precedieron. Y así irán llenos de contradicciones íntimas—al menos aparentes—como la vida y como yo mismo.

Mi pecado ha sido, si alguno, el haberlos exornado en exceso con citas ajenas, muchas de las cuales parecerán traídas con cierta violencia. Mas yo lo explicaré otra vez.

Muy pocos años después de haber andado Nuestro Señor Don Quijote por España, decíanos Jacobo Boehme (*Aurora*, capítulo XI, § 75) que no escribía una historia que le hubiesen contado otros, sino que tenía que estar él mismo en la ba-

talla, y en ella en gran pelea, donde a menudo tenía que ser vencido como todos los hombres, y más adelante (§ 83) añade que aunque tenga que hacerse espectáculo del mundo y del demonio, le queda la esperanza en Dios sobre la vida futura, en quien quiere arriesgarla y no resistir al Espíritu. Amén. Y tampoco yo, como este Quijote del pensamiento alemán, quiero resistir al Espíritu.

Y por esto lanzo mi voz que clamará en el desierto, y la lanzo desde esta Universidad de Salamanca, que se llamó a sí misma arrogantemente *omnium scientiarum princeps*, y a la que Carlyle llamó fortaleza de la ignorancia, y un literato francés, hace poco, Universidad fantasma; desde esta España, «tierra de los ensueños que se hacen realidades, defensora de Europa, hogar del ideal caballeresco»—así me decía en carta no ha mucho Mr. Archer M. Huntington, poeta;—desde esta España, cabeza de la Contra-Reforma en el siglo xvi. ¡Y bien se lo guardan!

En el cuarto de estos ensayos (1) os hablé de la esencia del catolicismo. Y a *desesenciarlo*, esto es, a descatolizar a Europa, han contribuido el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, sustituyendo aquel ideal de una vida eterna ultraterrena por el ideal del progreso, de la razón, de la ciencia. O mejor de la Ciencia, con letra mayúscula. Y lo último, lo que hoy más se lleva, es la Cultura.

Y en la segunda mitad del pasado siglo xix, época infilosófica y tecnicista, dominada por especialismo miope y por el materialismo histórico, ese ideal se tradujo en una obra no ya de vulgarización, sino de avulgaramiento científico—o más bien pseudocientífico—que se desahogaba en democráticas bibliotecas baratas y sectarias. Quería así popularizarse la ciencia como si hubiese de ser ésta la que haya de bajar al pueblo y servir sus pasiones, y no el pueblo el que debe subir a ella

(1) Véase el número de Marzo de este año.

y por ella más arriba aún, a nuevos y más profundos anhelos.

Todo esto llevó a Brunetière a proclamar la bancarrota de la ciencia, y esa ciencia o lo que fuere, bancarroteó en efecto. Y como ella no satisfacía, no dejaba de buscarse la felicidad, sin encontrarla ni en la riqueza, ni en el saber, ni en el poderío, ni en el goce, ni en la resignación, ni en la buena conciencia moral, ni en la cultura. Y vino el pesimismo.

El progresismo no satisfacía tampoco. Progresar, ¿para qué? El hombre no se conformaba con lo racional, el *Kultur Kampf* no le bastaba; quería dar finalidad final a la vida, que esta que llamo la finalidad final es el verdadero *ὄντως ὄν*. Y la famosa *maladie du siècle*, que se anuncia en Rousseau y acusa más claramente que nadie el *Obermann* de Sénancour, no era ni es otra cosa que la pérdida de la fe en la inmortalidad del alma, en la finalidad humana del Universo.

Su símbolo, su verdadero símbolo es un ente de ficción, el doctor Fausto.

Este inmortal doctor Fausto se nos aparece ya a principios del siglo xvii, en 1604, por obra del Renacimiento y de la Reforma y por ministerio de Cristóbal Marlowe, es ya el mismo que volverá a descubrir Goethe, aunque en ciertos aspectos más espontáneo y más fresco. Y junto a él aparece Mephistophilis, a quien pregunta Fausto aquello de «¿qué bien hará mi alma a tu señor?» Y le contesta: «Ensanchar su reino.» «¿Y es esa la razón por la que nos tienta así?» vuelve a preguntar el Doctor, y el espíritu maligno responde: «*solamen miseris socios habuisse doloris*», que es lo que mal traducido en romance, decimos: mal de muchos, consuelo de tontos. «Donde estamos, allí está el infierno, y donde está el infierno, allí tenemos que estar siempre»—añade Mephistophilis—a lo que Fausto agrega que cree ser una fábula tal infierno, y le pregunta quién hizo el mundo. Y este trágico Doctor, torturado por nuestra tortura, acaba encontrando a Helena, que no es otra, aunque Marlowe acaso no lo sospechase, que la Cultura renaciente. Y hay aquí en este *Faust* de Marlowe una escena que vale por

toda la segunda parte del *Faust* de Goethe. Le dice a Helena Fausto: «Dulce Helena, hazme inmortal con un beso—y le besa.—Sus labios me chupan el alma; ¡mira cómo huye! ¡Ven, Helena, ven; devuélveme el alma! Aquí quiero quedarme, porque el cielo está en estos labios, y todo lo que no es Helena, escoria es.»

¡Devuélveme el alma! He aquí el grito de Fausto, el doctor, cuando después de haber besado a Helena va a perderse para siempre. Porque al Fausto primitivo no hay ingenua Margarita alguna que le salve. Esto de la salvación fue invención de Goethe. ¿Y quién no conoce a su Fausto, nuestro Fausto, que estudió Filosofía, Jurisprudencia, Medicina, hasta Teología, y sólo vió que no podemos saber nada, y quiso huir al campo libre—*hinaus ins weite Land!*—y topó con Mefistófeles, parte de aquella fuerza que siempre quiere el mal haciendo siempre el bien, y éste le llevó a los brazos de Margarita, del pueblo sencillo, a la que aquél, el sabio, perdió; pero merced a la cual, que por él se entregó, se salva, redimido por el pueblo creyente con fe sencilla? Pero tuvo esa segunda parte, porque aquel otro Fausto era el Fausto anecdótico y no el categórico de Goethe, y volvió a entregarse a la Cultura, a Helena, y a engendrar en ella a Euforión, acabando todo con aquello del eterno-femenino entre coros místicos. ¡Pobre Euforión!

Y esta Helena es la esposa del rubio Menelao, la que robó París y causó la guerra de Troya, y de quien los ancianos troyanos decían que no debía indignar el que se pelease por mujer que por su rostro se parecía tan terriblemente a las diosas inmortales? Creo más bien que esa Helena de Fausto era otra, la que acompañaba a Simón Mago, y que éste decía ser la inteligencia divina. Y Fausto puede decirle: ¡devuélveme el alma!

Porque Helena con sus besos nos saca el alma. Y lo que queremos y necesitamos es alma, y alma de bulto y de sustancia.

Pero vinieron el Renacimiento, la Reforma y la Revolución trayéndonos a Helena, ó más bien, empujados por ella, y ahora nos hablan de Cultura y de Europa.

¡Europa! Esta noción primitiva e inmediatamente geográfica nos la han convertido por arte mágica en una categoría casi metafísica. ¿Quién sabe hoy ya, en España por lo menos, lo que es Europa? Yo sólo sé que es un *chibolete* (v. mis *Tres Ensayos*). Y cuando me pongo a escudriñar lo que llaman Europa nuestros europeizantes, paréceme a las veces que queda fuera de ella mucho de lo periférico—España desde luego, Inglaterra, Italia, Escandinavia, Rusia...—y que se reduce a lo central, a Franco-Alemania con sus anejos y dependencias.

Todo esto nos lo han traído, digo, el Renacimiento y la Reforma, hermanos mellizos que vivieron en aparente guerra intestina. Los renacientes italianos, socinianos todos ellos, los humanistas con Erasmo a la cabeza, tuvieron por un bárbaro a aquel fraile Lutero, que del claustro sacó su ímpetu, como de él lo sacaron Bruno y Campanella. Pero aquel bárbaro era su hermano mellizo; combatiendo, los combatía a su lado contra el enemigo común. Todo eso nos han traído el Renacimiento y la Reforma, y luego la Revolución, su hija, y nos han traído también una nueva Inquisición: la de la ciencia o la cultura, que usa por armas el ridículo y el desprecio, para los que no se rinden a su ortodoxia.

Al enviar Galileo al Gran Duque de Toscana su escrito sobre la movilidad de la Tierra, le decía que conviene obedecer y creer a las determinaciones de los superiores, y que respetaba aquel escrito «como una poesía o bien un ensueño, y por tal recíbalo Vuestra Alteza». Y otras veces le llama «quimera» y «capricho matemático». Y así yo en estos ensayos, por temor también—¿por qué no confesarlo?—a la Inquisición, pero a la de hoy, a la científica, presento como poesía, ensueño, quimera o capricho místico lo que más de dentro me brota. Y digo con Galileo: *Eppur si muove!* Mas ¿es sólo por ese temor? ¡Ah no! Que hay otra más trágica Inquisición, y es la

que un hombre moderno, culto, europeo—como lo soy yo, quiéralo o no—lleva dentro de sí. Hay un más-terrible ridículo, y es el ridículo de uno ante sí mismo y para consigo. Es mi razón que se burla de mi fe y la desprecia.

Y aquí es donde tengo que acojarme a mi Señor Don Quijote para aprender a afrontar el ridículo y vencerlo, y un ridículo que acaso—¿quién sabe?—él no conoció.

Sí, sí, ¿cómo no ha de sonreír mi razón de estas construcciones pseudo-filosóficas, pretendidas místicas, dilettantescas en que hay de todo menos paciente estudio, objetividad y método... científicos? ¡Y sin embargo... *Eppur si muove!*

Eppur si muove, sí! Y me acojo al dilettantismo, a lo que un pedante llamaría filosofía *demi-mondaine*, contra la pedantería especialista, contra la filosofía de los filósofos profesionales. Y quién sabe... Los progresos suelen venir del bárbaro, y nada más estancado que la filosofía de los filósofos y la teología de los teólogos.

¡Y que nos hablen de Europa! La civilización del Tibet es paralela a la nuestra, y ha hecho y hace vivir a hombres que desaparecen como nosotros. Y queda flotando sobre las civilizaciones todas el Eclesiastés, y aquello de «así muere el sabio como el necio» (II. 3).

Corre entre las gentes de nuestro pueblo una respuesta admirable a la ordinaria pregunta de «¿qué tal?» o «¿cómo va?», y es aquella que responde: «¡se vive...!» Y de hecho es así; se vive, vivimos tanto como los demás. ¿Y qué más puede pedirse? ¿Y quién no recuerda lo de la copla? «Cada vez que considero—que me tengo de morir,—tiendo la capa en el suelo—y no me harto de dormir.» Pero no dormir, no, sino soñar; soñar la vida, ya que la vida es sueño.

Proverbial se ha hecho también en muy poco tiempo entre nosotros los españoles, la frase de que la cuestión es pasar el rato, o sea matar el tiempo. Y de hecho hacemos tiempo para matarlo. Pero hay algo que nos ha preocupado siempre tanto o más que pasar el rato—fórmula que marca una posición es-

tética—y es ganar la eternidad; fórmula de la posición religiosa. Y es que saltamos de lo estético y lo económico a lo religioso, por encima de lo lógico y lo ético; del arte a la religión.

Un joven novelista nuestro, Ramón Pérez de Ayala, en su reciente novela *La pata de la raposa*, nos dice que la idea de la muerte es el cepo; el espíritu la raposa, o sea virtud astuta con que burlar las celadas de la fatalidad, y añade: «Cogidos en el cepo, hombres débiles y pueblos débiles yacen por tierra...; los espíritus recios y los pueblos fuertes reciben en el peligro clarividente estupor, desentrañan de pronto la desmesurada belleza de la vida y, renunciando para siempre a la agilidad y locura primeras, salen del cepo con los músculos tensos para la acción y con las fuerzas del alma centuplicadas en ímpetu, potencia y eficacia.» Pero veamos; hombres débiles..., pueblos débiles..., espíritus recios..., pueblos fuertes..., ¿qué es eso? Yo no lo sé. Lo que creo saber es que unos individuos y pueblos no han pensado aún de veras en la muerte y la inmortalidad; no las han sentido, y otros han dejado de pensar en ellas, o más bien han dejado de sentirlas. Y no es, creo, cosa de que se engrían los hombres y los pueblos que no han pasado por la edad religiosa.

Lo de la desmesurada belleza de la vida está bien para escrito, y hay, en efecto, quienes se resignan y la aceptan tal cual es, y hasta quienes nos quieren persuadir que el del cepo no es problema. Pero ya dijo Calderon (*Gustos y disgustos no son más que imaginación*, act. I, esc. 4.^a) que «No es consuelo de desdichas,—es otra desdicha aparte—querer a quien las padece,—persuadir que no son tales.» Y además, «a un corazón no habla sino otro corazón», según Fr. Diego de Estella (*Vanidad del mundo*, cap. XXI).

No ha mucho hubo quien hizo como que se escandalizaba de que, respondiendo yo a los que nos reprochaban a los españoles nuestra incapacidad científica, dijese, después de hacer observar que la luz eléctrica luce aquí, y corre aquí la locomo-

tora tan bien como donde se inventaron, y nos servimos de los logaritmos como en el país donde fueron ideados, aquello de: «¡que inventen ellos!» Expresión paradójica a que no renuncio. Los españoles deberíamos apropiarnos no pocos de aquellos sabios consejos que a los rusos, nuestros semejantes, dirigía el conde José de Maistre en aquellas sus admirables cartas al conde Rasoumowski, sobre la educación pública en Rusia, cuando le decía que no por no estar hecha para la ciencia debe una nación estimarse menos; que los romanos no entendieron de artes ni tuvieron un matemático, lo que no les impidió hacer su papel, y todo lo que añadía sobre esa muchedumbre de semisabios falsos y orgullosos, idólatras de los gustos, las modas y las lenguas extranjeras, y siempre prontos a derribar cuanto desprecian, que es todo.

¿Que no tenemos espíritu científico? ¿Y qué, si tenemos algún espíritu? ¿Y se sabe si el que tenemos es o no compatible con ese otro?

Mas al decir ¡que inventen ellos!, no quise decir que hayamos de contentarnos con un papel pasivo, no. Ellos a la ciencia, de que nos aprovecharemos; nosotros, a lo nuestro. No basta defenderse, hay que atacar.

Pero atacar con tino y cautela. La razón ha de ser nuestra arma. Lo es hasta del loco. Nuestro loco sublime, nuestro modelo, D. Quijote, después que destrozó de dos cuchilladas aquella a modo de media celada que encajó con el morrión, «la tornó a hacer de nuevo, poniéndole unas barras de hierro por dentro, de tal manera que él quedó satisfecho de su fortaleza, y sin querer hacer nueva experiencia della la diputó y tuvo por celada finísima de encaje». Y con ella en la cabeza se immortalizó. Es decir, se puso en ridículo. Pues fue poniéndose en ridículo como alcanzó su inmortalidad D. Quijote.

¡Y hay tantos modos de ponerse en ridículo...! Cournot (*Traité de l'enchainement des idées fondamentales*, etc., § 510) dijo: «No hay que hablar ni a los príncipes ni a los pueblos de sus probabilidades de muerte: los príncipes castigan esta teme-

ridad con la desgracia; el público se venga de ella por el ridículo». Así es, y por eso dicen que hay que vivir con el siglo. *Corrumpere et corrumpi saeculum vocatur* (Tácito, *Germania*, 19).

Hay que saber ponerse en ridículo, y no sólo ante los demás, sino ante nosotros mismos. Y más ahora, en que tanto se charla de la conciencia de nuestro atraso respecto a los demás pueblos cultos; ahora, en que unos cuantos atolondrados que no conocen nuestra propia historia—que está por hacer, deshaciendo antes lo que la calumnia protestante ha tejido en torno de ella—dicen que no hemos tenido ni ciencia, ni arte, ni filosofía, ni Renacimiento (éste acaso nos sobraba), ni nada.

Carducci, el que habló de los *contorcimenti dell'affannosa grandiosità spagnola*, dejó escrito (en *Mosche cochiere*) que «hasta España, que jamás tuvo hegemonía de pensamiento, tuvo su Cervantes». ¿Pero es que Cervantes se dió aquí solo, aislado, sin raíces, sin tronco, sin apoyo? Mas se comprende que diga que España *non ebbe egemonia mai di pensiero* un racionalista italiano que recuerda que fue España la que reaccionó contra el Renacimiento en su patria. Y qué, ¿acaso no fue algo, y algo hegemónico en el orden cultural, la Contra-Reforma, que acaudilló España y que empezó de hecho con el saco de Roma, providencial castigo contra la ciudad de los paganos Papas del Renacimiento pagano? Dejemos ahora si fue mala o buena la Contra-Reforma; pero ¿es que no fueron algo hegemónico Loyola y el Concilio de Trento? Antes de éste dábanse en Italia cristianismo y paganismo, o mejor, inmortalismo y mortalismo en nefando abrazo y contubernio, hasta en las almas de algunos Papas, y era verdad en filosofía lo que en teología no lo era, y todo se arreglaba con la fórmula de *salva la fe*. Después ya no, después vino la lucha franca y abierta entre la razón y la fe, la ciencia y la religión. Y el haber traído esto, gracias sobre todo a la testarudez española, ¿no fue hegemónico?

Sin la Contra-Reforma, no habría la Reforma seguido el

curso que siguió; sin aquélla, acaso ésta, falta del sostén del pietismo, habría perecido en la ramplona racionalidad de la *Aufklärung*, de la ilustración. Sin Carlos I, sin Felipe II, nuestro gran Felipe, habría sido todo igual?

Labor negativa, dirá alguien. ¿Qué es eso? ¿Qué es lo negativo? ¿qué lo positivo? ¿En el tiempo, línea que va siempre en la misma dirección, del pasado al porvenir, donde está el cero que marca el límite entre lo positivo y lo negativo? España, esta tierra que dicen de caballeros y pícaros—y todos pícaros,—ha sido la gran calumniada de la Historia precisamente por haber acaudillado la Contra-Reforma. Y porque su arrogancia le ha impedido salir a la plaza pública, a la feria de las vanidades, a justificarse.

Dejemos su lucha de ocho siglos con la morisma, defendiendo a Europa del mahometismo, su labor de unificación interna, su descubrimiento de América y las Indias—que lo hicieron España y Portugal, y no Colón y Gama;—dejemos eso y más, y no es dejar poco. No es nada cultural crear veinte naciones sin reservarse nada y engendrar, como engendró el conquistador, en pobres indias siervas hombres libres? Fuera de esto, en el orden del pensamiento, ¿no es nada nuestra mística? Acaso un día tengan que volver a ella, a buscar su alma, los pueblos a quienes Helena se la arrebató con sus besos.

Pero ya se sabe, la Cultura se compone de ideas y sólo de ideas; el hombre no es sino un instrumento de ella. El hombre para la idea, y no la idea para el hombre; el cuerpo para la sombra. El fin del hombre es hacer ciencia, catalogar el Universo para devolvérselo a Dios en orden, como escribí hace unos años en mi novela *Amor y Pedagogía*. El hombre no es, al parecer, ni siquiera una idea. Y al cabo el género humano sucumbirá al pie de las bibliotecas—talados bosques enteros para hacer el papel que en ellas se almacena,—museos, máquinas, fábricas, laboratorios... para legarlos... ¿a quién? Porque Dios no los recibirá.

Aquella hórrida literatura regeneracionista, casi toda ella embuste, que provocó la pérdida de nuestras últimas colonias americanas, trajo la pedantería de hablar del trabajo perseverante y callado—eso sí, voceándolo mucho, voceando el silencio,—de la prudencia, la exactitud, la moderación, la fortaleza espiritual, la sindéresis, la ecuanimidad, las virtudes sociales, sobre todo los que más carecemos de ellas. En esa ridícula literatura caímos casi todos los españoles, unos más y otros menos, y se dió el caso de aquel archi-español Joaquín Costa, uno de los espíritus menos europeos que hemos tenido, sacando lo de europeizarnos y poniéndose a *cidear* mientras proclamaba que había que cerrar con siete llaves el sepulcro del Cid y... conquistar Africa. Y yo di un ¡muera Don Quijote!, y de esta blasfemia, que quería decir todo lo contrario que decía—así estábamos entonces,—brotó mi *Vida de Don Quijote y Sancho* y mi culto al quijotismo como religión nacional.

Escribí aquel libro para repensar el *Quijote* contra cervantistas y eruditos, para hacer obra de vida de lo que era y sigue siendo para los más letra muerta. ¿Qué me importa lo que Cervantes quiso o no quiso poner allí y lo que realmente puso? Lo vivo, es lo que yo allí descubro, pusiéralo o no Cervantes, lo que yo allí pongo y sobrepongo y sotopongo, y lo que ponemos allí todos. Quise allí rastrear nuestra filosofía.

Pues abrigo cada vez más la convicción de que nuestra filosofía, la filosofía española, está líquida y difusa en nuestra literatura, en nuestra vida, en nuestra acción, en nuestra mística sobre todo, y no en sistemas filosóficos. Es concreta. ¿Y es que acaso no hay en Goethe, v. gr., tanta o más filosofía que en Hegel? Las coplas de Jorge Manrique, el Romancero, el *Quijote*, *La vida es sueño*, la *Subida al monte Carmelo*, implican una intuición del mundo y un concepto de la vida, *Weltanschauung and Lebensansicht*. Filosofía esta nuestra que era difícil se formulase en esa segunda mitad del siglo XIX, época afilósófica, positivista, tecnicista, de pura historia y de ciencias naturales, época en el fondo materialista y pesimista.

Nuestra lengua misma, como toda lengua culta, lleva implícita una filosofía.

Una lengua, en efecto, es una filosofía potencial. El platonismo es la lengua griega que discurre en Platón, desarrollando sus metáforas seculares; la escolástica es la filosofía del latín muerto de la Edad Media en lucha con las lenguas vulgares; en Descartes discurre la lengua francesa, la alemana en Kant y en Hegel y el inglés en Hume y en Stuart Mill. Y es que el punto de partida lógico de toda especulación filosófica no es el yo, ni es la representación—*Vorstellung*—o el mundo tal como se nos presenta inmediatamente a los sentidos, sino que es la representación mediata o histórica, humanamente elaborada y tal como se nos da principalmente en el lenguaje por medio del cual conocemos el mundo; no es la representación psíquica, sino la pneumática. Cada uno de nosotros parte para pensar, sabiéndolo o no y quiéralo o no lo quiera, de lo que han pensado los demás que le precedieron y le rodean. El pensamiento es una herencia. Kant pensaba en alemán, y al alemán tradujo a Hume y a Rousseau, que pensaban en inglés y en francés respectivamente. Y Spinoza, ¿no pensaba en judeo-portugués, bloqueado por el holandés y en lucha con él?

El pensamiento reposa en pre-juicios y los pre-juicios van en la lengua. Con razón adscribía Bacon al lenguaje no pocos errores de los *idola fori*. Pero, ¿cabe filosofar en pura álgebra o siquiera en esperanto? No hay sino leer el libro de Avenarius de crítica de la experiencia pura—*reine Erfahrung*—de esta experiencia prehumana, o sea inhumana, para ver adónde puede llevar eso. Y Avenarius mismo, que ha tenido que inventarse un lenguaje, lo ha inventado sobre tradición latina, con raíces que llevan en su fuerza metafórica todo un contenido de impura experiencia, de experiencia social humana.

Toda filosofía es, pues, en el fondo, filología. Y la filología, con su grande y fecunda ley de las formaciones analógicas, da su parte al azar, a lo irracional, a lo absolutamente inconmensurable. La historia no es matemática ni la filosofía

tampoco. ¡Y cuántas ideas filosóficas no se debe en rigor a algo así como rima, a la necesidad de colocar un consonante! En Kant mismo abunda no poco de esto, de simetría estética, de rima.

La representación es, pues, como el lenguaje, como la razón misma—que no es sino el lenguaje interior,—un producto social y racial, y la raza, la sangre del espíritu es la lengua, como ya lo dejó dicho, y yo muy repetido, Oliver Wendell Holmes, el yanqui.

Nuestra filosofía occidental entró en madurez, llegó a conciencia de sí, en Atenas, con Sócrates, y llegó a esta conciencia mediante el diálogo, la conversación social. Y es hondamente significativo que la doctrina de las ideas innatas, del valor objetivo y normativo de las ideas, que lo que luego, en la Escolástica, se llamó realismo, se formulase en diálogos. Y esas ideas, que son la realidad, son nombres, como el nominalismo enseñaba. No que no sean más que nombres, *flatus vocis*, sino que son nada menos que nombres. El lenguaje es el que nos da la realidad, y no como un mero vehículo de ella, sino como su verdadera carne, de que todo lo otro, la representación muda o inarticulada, no es sino esqueleto. Y así la lógica opera sobre la estética; el concepto sobre la expresión, sobre la palabra, y no sobre la percepción bruta.

Y esto hasta tratándose del amor. El amor no se descubre a sí mismo hasta que no habla, hasta que no dice: ¡Yo te amo! Con muy profunda intuición, Stendhal, en su novela *La chartrreuse de Parme*, hace que el conde Mosca, furioso de celos y pensando en el amor que cree une a la duquesa de Sanseverina con su sobrino Fabricio, se diga: «Hay que calmarse; si empleo maneras rudas, la duquesa es capaz, por simple pique de vanidad, de seguirle a Belgirate, y allí, durante el viaje, el azar puede traer una palabra que dará nombre a lo que sienten uno por otro, y después, en un instante, todas las consecuencias.»

Así es, todo lo hecho se hizo por la palabra, y la palabra fue en un principio.

El pensamiento, la razón, esto es, el lenguaje vivo, es una herencia, y el solitario de Aben Tofail, el filósofo arábigo guadijeño, tan absurdo como el yo de Descartes. La verdad concreta y real, no metódica e ideal, es: *homo sum, ergo cogito*. Sentirse hombre es más inmediato que pensar. Mas, por otra parte, la Historia, el proceso de la cultura, no halla su perfección y efectividad plena sino en el individuo; el fin de la Historia y de la Humanidad somos los sendos hombres, cada hombre, cada individuo. *Homo sum, ergo cogito; cogito ut sim Michael de Unamuno*. El individuo es el fin del Universo.

Y esto de que el individuo sea el fin del Universo, lo sentimos muy bien nosotros, los españoles. ¿No dijo Martín A. J. Hume (*The spanish people*) aquello de la individualidad introspectiva del español, y lo comenté yo en un ensayo publicado en esta misma Revista? (1).

Y es acaso este individualismo mismo introspectivo el que no ha permitido que brotaran aquí sistemas estrictamente filosóficos, o más bien metafísicos. Y ello, a pesar de Suárez, cuyas sutilezas formales no merecen tal nombre.

Nuestra metafísica, si algo, ha sido metantrópica, y los nuestros, filólogos, o más bien humanistas, en el más comprensivo sentido.

Menéndez y Pelayo, de quien con exactitud dijo Benedetto Croce (*Estética*, apéndice bibliográfico) que se inclinaba al idealismo metafísico; pero parecía querer acoger algo de los otros sistemas, hasta de las teorías empíricas; por lo cual su obra sufría, al parecer de Croce—que se refería a su *Historia de las ideas estéticas de España*,—de cierta incerteza, desde el punto de vista teórico del autor, Menéndez y Pelayo, en su exaltación de humanista español, que no quería renegar del Renacimiento, inventó lo del vivismo, la filosofía de Luis Vives, y acaso, no por otra cosa que por ser, como él, este otro, español renaciente y ecléctico. Y es que Menéndez y Pelayo,

(1) «El individualismo español», en el tomo 171, correspondiente al 1.º Marzo 1903.

cuya filosofía era, ciertamente, todo incerteza, educado en Barcelona, en las timideces del escocesisimo traducido al espíritu catalán, en aquella filosofía rastrera del *common sense* que no quería comprometerse, y era toda de compromiso, y que tan bien representó Balmes, huyó siempre de toda robusta lucha interior y fraguó con compromisos su conciencia.

Más acertado anduvo, a mi entender, Angel Ganivet, todo adivinación e instinto, cuando pregonó como nuestro el senequismo, la filosofía, sin originalidad de pensamiento, pero grandísima de acento y tono, de aquel estoico cordobés pagano, a quien por suyo tuvieron no pocos cristianos. Su acento fue un acento español, latino-africano, no helénico, y ecos de él se oyen en aquel—también tan nuestro—Tertuliano, que creyó corporales, de bulto, a Dios y al alma, y que fue algo así como un Quijote del pensamiento cristiano de la segunda centuria.

Mas donde acaso hemos de ir a buscar el héroe de nuestro pensamiento, no es a ningún filósofo que viviera en carne y hueso, sino a un ente de ficción y de acción, más real que los filósofos todos; es a Don Quijote. Porque hay un quijotismo filosófico, sin duda, pero también una filosofía quijotesca. ¿Es acaso otra en el fondo la de los conquistadores, la de los contra-reformadores, la de Loyola, y, sobre todo, ya en el orden del pensamiento abstracto, pero sentido, la de nuestros místicos? ¿Qué era la mística de San Juan de la Cruz sino una caballería andante del sentimiento a lo divino?

Y el de Don Quijote no puede decirse que fuera en rigor idealismo; no peleaba por ideas. Era espiritualismo; peleaba por espíritu.

Convertid a Don Quijote a la especulación religiosa, como ya él soñó una vez en hacerlo cuando encontró aquellas imágenes de relieve y entalladura que llevaban unos labradores para el retablo de su aldea (1), y a la meditación de las verda-

(1) V. cap. LVIII de la Segunda Parte de *El ingenioso hidalgo Don Quijote de la Mancha*, y el mismo de mi *Vida de Don Quijote y Sancho*.

des eternas, y vedle subir al Monte Carmelo por medio de la noche oscura del alma, a ver desde allí arriba, desde la cima, salir el sol que no se pone, y como el águila que acompaña a San Juan en Patmos, mirarle cara a cara y escudriñar sus manchas, dejando a la lechuza que acompaña en el Olimpo a Atena—la de ojos glaucos, esto es, lechucinos, la que ve en las sombras, pero a la que la luz del medio día deslumbra—buscar entre sombras con sus ojos la presa para sus crías.

Y el quijotismo especulativo o meditativo es, como el práctico, locura; locura hija de la locura de la cruz. Y por eso es despreciado por la razón. La filosofía en el fondo, aborrece al cristianismo, y bien lo probó el manso Marco Aurelio.

La tragedia de Cristo, la tragedia divina, es la de la cruz. Pilato, el escéptico, el cultural, quiso convertirla por la burla en sainete, e ideó aquella farsa del rey de cetro de caña y corona de espinas, diciendo: ¡He aquí el hombre!; pero el pueblo, más humano que él, el pueblo que busca tragedia gritó: ¡Crucifícale!, ¡crucifícale! Y la otra tragedia, la tragedia humana, intra-humana, es la de Don Quijote con la cara enjabonada para que se riera de él la servidumbre de los Duques, y los Duques mismos, tan siervos como ellos. «¡He aquí el loco!—se dirían. Y la tragedia cómica, irracional; es la pasión por la burla y el desprecio.

El más alto heroísmo para un individuo, como para un pueblo, es saber afrontar el ridículo; es, mejor aún, saber ponerse en ridículo y no acobardarse en él.

Aquel trágico suicida portugués, Anthero de Quental, de cuyos ponderosos sonetos os he ya dicho, dolorido en su patria a raíz del *ultimatum* inglés a ella en 1890, escribió (1): «Dijo un hombre de Estado inglés del siglo pasado, que era también por cierto un perspicaz observador y un filósofo, Horacio Wal-

(1) En un folleto que estuvo para publicarse con ocasión del *ultimatum*, y cuyos originales obran en poder del Sr. Conde do Ameal. Este fragmento se publicó en el núm. 3 de la revista portuguesa *A. Agúia*, Marzo de 1912.

pole, que la vida es una tragedia para los que sienten y una comedia para los que piensan. Pues bien; si hemos de acabar trágicamente, nosotros portugueses, *que sentimos*, preferamos con mucho ese destino terrible, pero noble, a aquel que le está reservado, y tal vez en un futuro no muy remoto, a Inglaterra *que piensa y calcula*, el cual destino es el de acabar miserable y cómicamente.» Dejemos lo de que Inglaterra piensa y calcula, como implicando que no siente, en lo que hay una injusticia que se explica por la ocasión en que fue eso escrito, y dejemos lo de que los portugueses sienten, implicando que apenas piensan ni calculan; pues siempre nuestros hermanos Atlánticos se distinguieron por cierta pedantería sentimental, y quedémonos con el fondo de la terrible idea, y es que unos, los que ponen el pensamiento sobre el sentimiento, yo diría la razón sobre la fe, mueren cómicamente, y mueren trágicamente los que ponen la fe sobre la razón. Porque son los burladores los que mueren cómicamente, y Dios se ríe luego de ellos, y es para los burlados la tragedia, la parte noble.

Y hay que buscar, tras de las huellas de Don Quijote, la burla.

¿Y volverá a decírsenos que no ha habido filosofía española en el sentido técnico de esa palabra? Y digo: ¿cuál es ese sentido? ¿qué quiere decir filosofía? Windelband, historiador de la filosofía, en su ensayo sobre lo que la filosofía sea (*¿Was ist Philosophie?*, en el volumen primero de sus *Präludien*), nos dice que «la historia del nombre de la filosofía es la historia de la significación cultural de la ciencia»; añadiendo: «Mientras el pensamiento científico se independentiza como impulso del conocer por saber, toma el nombre de filosofía; cuando después la ciencia unitaria se divide en sus ramas, es la filosofía el conocimiento general del mundo que abarca a los demás. Tan pronto como el pensamiento científico se rebaja de nuevo a un medio del sentimiento moral o de la contemplación religiosa, transfórmase la filosofía en un arte de la vida o en una formulación de creencias religiosas. Y así que des-

pués se liberta de nuevo la vida científica, vuelve a encontrar la filosofía el carácter de independiente conocimiento del mundo, y en cuanto empieza a renunciar a la solución de este problema, cámbiase en una teoría de la ciencia misma.» He aquí una breve caracterización de la historia de la filosofía desde Tales hasta Kant pasando por la escolástica medieval en que intentó fundamentar las creencias religiosas. ¿Pero es que acaso no hay lugar para otro oficio de la filosofía, y es que sea la reflexión sobre el sentimiento mismo trágico de la vida tal como le hemos estudiado, la formulación de la lucha entre la razón y la fe, entre la ciencia y la religión, y el mantenimiento reflexivo de ella?

Dice luego Windelband: «Por filosofía, en el sentido sistemático, no en el histórico, no entiendo otra cosa que la ciencia crítica de los valores de validez universal (*allegemeingiltigen Werten*)». ¿Pero qué valores de más universal validez que el de la voluntad humana queriendo ante todo y sobre todo la inmortalidad personal, individual y concreta del alma, o sea, la finalidad humana del Universo, y el de la razón humana, negando la racionalidad y hasta la posibilidad de ese anhelo? ¿Qué valores de más universal validez que el valor racional o matemático y el valor volitivo o teleológico del Universo en conflicto uno con otro?

Para Windelband, como para los kantianos y neo-kántianos en general, no hay sino tres categorías normativas, tres normas universales, y son las de lo verdadero o falso, lo bello o lo feo, y lo bueno o lo malo moral. La filosofía se reduce a lógica, estética y ética, según estudia la ciencia, el arte o la moral. Queda fuera otra categoría, y es la de lo grato y lo ingrato — o agradable y desagradable; — esto es, lo hedónico. Lo hedónico no puede, según ellos, pretender validez universal, no puede ser normativo. «Quien eche sobre la filosofía — escribe Windelband — la carga de decidir en la cuestión del optimismo y del pesimismo, quien le pida que dé un juicio acerca de si el mundo es más apropiado a engendrar

dolor que placer, o viceversa; el tal, si se conduce más que diletantescamente, trabaja en el fantasma de hallar una determinación absoluta en un terreno en que ningún hombre razonable la ha buscado.» Hay que ver, sin embargo, si esto es tan claro como parece, en caso de que sea yo un hombre razonable y no me conduzca nada más que diletantescamente, lo cual sería la abominación de la desolación.

Con muy hondo sentido, Benedetto Croce, en su filosofía del espíritu junto a la estética como ciencia de la expresión y a la lógica como ciencia del concepto puro, dividió la filosofía de la práctica en dos ramas: económica y ética. Reconoce, en efecto, la existencia de un grado práctico del espíritu, meramente económico, dirigido a lo singular, sin preocupación de lo universal. Yago o Napoleón son tipos de perfección, de genialidad económica, y este grado queda fuera de la moralidad. Y por él pasa todo hombre, porque ante todo, debe querer ser él mismo, como individuo, y sin ese grado no se explicaría la moralidad como sin la estética la lógica carece de sentido. Y el descubrimiento del valor normativo del grado económico, que busca lo hedónico, tenía que partir de un italiano, de un discípulo de Maquiavelo, que tan honradamente especuló sobre la *virtú*, la eficacia práctica, que no es precisamente la virtud moral.

Pero ese grado económico no es, en el fondo, sino la incoacción del religioso. Lo religioso es lo económico o hedónico trascendente; la religión es una economía o una hedonística trascendental. Lo que el hombre busca en la religión, en la fe religiosa, es salvar su propia individualidad, eternizarla, lo que no se consigue ni con la ciencia, ni con el arte, ni con la moral. Ni ciencia, ni arte, ni moral nos exigen a Dios; lo que nos exige Dios es la religión. Y con muy genial acierto hablan nuestros jesuitas españoles del gran negocio de nuestra salvación. Negocio, sí, negocio, algo de género económico, hedonístico, aunque trascendente. Y a Dios no le necesitamos ni para que nos enseñe la verdad de las cosas, ni su belleza, ni

nos asegure la moralidad con penas y castigos, sino para que nos salve, para que no nos deje morir del todo. Y este anhelo singular es por ser de todos y de cada uno de los hombres normales—los anormales por barbarie o por supercultura no entran en cuenta,—universal y normativo.

Es, pues, la religión una economía trascendente, o si se quiere, metafísica. El Universo tiene para el hombre, junto a sus valores lógico, estético y ético, también un valor económico, que hecho así universal y normativo, es el valor religioso. No se trata sólo para nosotros de verdad, belleza y bondad; trátase también, y ante todo, de salvación del individuo, de perpetuación, que aquellas normas no nos procuran. La economía llamada política nos enseña el modo más adecuado, más económico, de satisfacer nuestras necesidades, sean o no racionales, feas o bellas, morales o inmorales—un buen negocio económico puede ser una estafa, o algo que a la larga nos lleve a la muerte,—y la suprema *necesidad* humana es la de no morir, la de gozar por siempre la plenitud de la propia limitación individual. Que si la doctrina católica eucarística enseña que la sustancia del cuerpo de Jesucristo está toda en la hostia consagrada y toda en cada parte de ésta, eso quiere decir que Dios está todo en todo el Universo y todo en cada uno de los individuos que le integran. Y éste es, en el fondo, un principio no lógico, ni estético, ni ético, sino económico trascendente, o religioso. Y con esa norma puede la filosofía juzgar del optimismo y del pesimismo. *Si el alma humana es inmortal, el mundo es económica o hedonísticamente bueno; y si no lo es, es malo.* Y el sentido que a las categorías de bueno y de malo dan el pesimismo y el optimismo, no es un sentido ético, sino un sentido económico o hedonístico. Es bueno lo que satisface nuestro anhelo vital, y malo aquello que no lo satisface.

Es, pues, la filosofía también ciencia de la tragedia de la vida, reflexión del sentimiento trágico de ella. Y un ensayo de esta filosofía, con sus inevitables contradicciones o antinomias íntimas, es lo que he pretendido en estos ensayos. Y no ha de

pasar por alto el lector que he estado operando sobre mí mismo; que ha sido éste un trabajo de auto-cirugía y sin más anestésico que el trabajo mismo. El goce de operarme ennoblecióme el dolor de ser operado.

Y en cuanto a mi otra pretensión, y es la de que esto sea filosofía española, tal vez *la* filosofía española, de que si un italiano, descubre el valor normativo y universal del grado económico sea un español el que enuncie que ese grado no es sino el principio del religioso y que la esencia de nuestra religión, de nuestro catolicismo español, es precisamente el ser no una ciencia, ni un arte, ni una moral, sino una economía a lo eterno, o sea a lo divino; que esto sea lo español, digo, dejo para otro trabajo—éste histórico,—el intento siquiera de justificarlo. Mas por ahora y aun dejando la tradición expresa y externa, la que se nos muestra en documentos históricos, ¿es que no soy yo un español—y un español que apenas si ha salido de España—un producto, por lo tanto, de la tradición española, de la tradición viva, de la que se trasmite en sentimientos e ideas que sueñan y no en textos que duermen?

Aparecéseme la filosofía en el alma de mi pueblo como la expresión de una tragedia íntima análoga a la tragedia del alma de Don Quijote, como la expresión de una lucha entre lo que el mundo es según la razón de la ciencia nos lo muestra, y lo que queremos que sea, según la fe de nuestra religión nos lo dice. Y en esta filosofía está el secreto de eso que suele decirse de que somos en el fondo irreductibles a la Kultura, es decir, que no nos resignamos a ella. No, Don Quijote no se resigna ni al mundo ni a su verdad, ni a la ciencia o lógica, ni al arte o estética, ni a la moral o ética.

«Es que con todo esto—se me ha dicho más de una vez y más que por uno—no conseguirías en todo caso sino empujar a las gentes al más loco catolicismo.» Y se me ha acusado de reaccionario y hasta de jesuíta. ¡Sea! ¿Y qué?

Sí, ya lo sé, ya sé que es locura querer volver las aguas del río a su fuente, y que es el vulgo el que busca la medicina de

sus males en el pasado; pero también sé que todo el que pelea por un ideal cualquiera, aunque parezca del pasado, empuja el mundo al porvenir, y que los únicos reaccionarios son los que se encuentran bien en el presente. Toda supuesta restauración del pasado es hacer porvenir, y si el pasado ese es un ensueño, algo mal conocido... mejor que mejor. Como siempre, se marcha al porvenir; el que anda, a él va, aunque marche de espaldas ¡Y quién sabe si no es esto mejor...!

Siéntome con un alma medieval, y se me antoja que es medieval el alma de mi patria; que ha atravesado ésta, a la fuerza, por el Renacimiento, la Reforma y la Revolución, aprendiendo, sí, de ellas, pero sin dejarse tocar al alma, conservando la herencia espiritual de aquellos tiempos que llaman caliginosos. Y el quijotismo no es sino lo más desesperado de la lucha de la Edad Media contra el Renacimiento, que salió de ella.

Y si los unos me acusaren de servir a una obra de reacción católica, acaso los otros, los católicos oficiales... Pero estos en España apenas se fijan en cosa alguna ni se entretienen sino en sus propias disensiones y querellas. ¡Y además, tienen unas entendederas los pobres!

Pero es que mi obra—iba a decir mi misión—es quebrantar la fe de unos y de otros y de los terceros, la fe en la afirmación, la fe en la negación y la fe en la abstención, y esto por fe en la fe misma; es combatir a todos los que se resignan, sea al catolicismo, sea al racionalismo, sea al agnosticismo; es hacer que vivan todos inquietos y anhelantes.

¿Será esto eficaz? ¿Pero es que creía Don Quijote acaso en la eficacia inmediata aparental de su obra? Es muy dudoso, y por lo menos no volvió, por si acaso, a acuchillar segunda vez su celada. Y numerosos pasajes de su historia delatan que no creía gran cosa conseguir de momento su propósito de restaurar la caballería andante. ¿Y qué importaba si así vivía él y se inmortalizaba? Y debió de adivinar, y adivinó de hecho, otra

más alta eficacia de aquella su obra, cual era la que ejercería en cuantos con piadoso espíritu leyesen sus hazañas.

Don Quijote se puso en ridículo, ¿pero conoció acaso el más trágico ridículo, el ridículo reflejo, el que uno hace ante sí mismo, a sus propios ojos del alma? Convertid el campo de batalla de Don Quijote a su propia alma; ponedle luchando en ella por salvar a la Edad Media del Renacimiento, por no perder su tesoro de la infancia; haced de él un Don Quijote interior—con su Sancho, un Sancho también interior y también heroico, al lado—y decidme de la tragedia cómica.

¿Y qué ha dejado Don Quijote? diréis. Y os diré que se ha dejado a sí mismo y que un hombre, un hombre vivo y eterno, vale por todas las teorías y por todas las filosofías. Otros pueblos nos han dejado sobre todo instituciones, libros; nosotros hemos dejado almas. Santa Teresa vale por cualquier instituto, por cualquier *Crítica de la razón pura*.

Es que Don Quijote se convirtió. Sí, para morir el pobre. Pero el otro, el real, el que se quedó y vive entre nosotros alentándonos con su aliento, ése no se convirtió, ése sigue animándonos a que nos pongamos en ridículo, ése no debe morir. Y el otro, el que se convirtió para morir, pudo haberse convertido porque fue loco y fue su locura, y no su muerte ni su conversión, lo que lo inmortalizó, mereciéndole el perdón del delito de haber nacido. ¡*Felix culpa!* Y no se curó tampoco, sino que cambió de locura. Su muerte fue su última aventura caballeresca; con ella forzó el cielo, que padece fuerza.

Murió aquel Don Quijote y bajó a los infiernos, y entró en ellos lanza en ristre, y libertó a los condenados todos, como a los galeotes, y cerró sus puertas, y quitando de ellas el rótulo que allí viera el Dante, puso uno que decía: ¡viva la esperanza!, y escoltado por los libertados que de él se reían, se fué al cielo. Y Dios se rió paternalmente de él y esta risa divina le llenó de felicidad eterna el alma.

Y el otro Don Quijote se quedó aquí, entre nosotros, luchando a la desesperada. ¿Es que su lucha no arranca de des-

esperación? ¿Por qué entre las palabras que el inglés ha tomado a nuestra lengua figura entre *siesta*, *camarilla*, *guerrilla* y otras, la de *desperado*, esto es, desesperado? Ese Quijote interior que os decía, conciente de su propia trágica comicidad, ¿no es un desesperado? Un *desperado*, sí, como Pizarro y como Loyola. Pero, «es la desesperación dueña de los imposibles», nos enseña Salazar y Torres (en *Elegir al enemigo*, act. I), y es de la desesperación y sólo de ella de donde nace la esperanza heroica, la esperanza absurda, la esperanza loca. *Spero quia absurdum*, debía decirse, más bien que *credo*.

Y Don Quijote que estaba solo, buscaba más soledad aún, buscaba las soledades de la Peña Pobre para entregarse allí, a solas, sin testigos, a mayores disparates en que desahogar el alma. Pero no estaba tan solo, pues le acompañaba Sancho. Sancho el bueno, Sancho el creyente, Sancho el sencillo. Si, como dicen algunos, Don Quijote murió en España y queda Sancho, estamos salvados, porque Sancho se hará, muerto su amo, caballero andante. Y en todo caso, espera otro caballero loco a quien seguir de nuevo.

Hay también una tragedia de Sancho. Aquél, el otro, el que anduvo con el Don Quijote que murió no consta que muriese, aunque hay quien cree que murió loco de remate, pidiendo la lanza y creyendo que había sido verdad cuanto su amo abominó por mentira en su lecho de muerte y de conversión. Pero tampoco consta que murieran ni el bachiller Sansón Carrasco, ni el cura, ni el barbero, ni los duques y canónigos, y con éstos es con los que tiene que luchar el heroico Sancho.

Solo anduvo Don Quijote, solo con Sancho, solo con su soledad. No andaremos también solos sus enamorados, forjándonos una España quijotesca que ¿sólo en nuestro magín existe?

Y volverá a preguntársenos: ¿qué ha dejado a la Kultura Don Quijote? Y diré: ¡el quijotismo, y no es poco! Todo un método, toda una epistemología, toda una estética, toda una lógica, toda una ética, toda una religión sobre todo, es decir,

toda una economía a lo eterno y lo divino, toda una esperanza en lo absurdo racional.

¿Por qué peleó Don Quijote? Por Dulcinea, por la gloria, por vivir, por sobrevivir. No por Iseo, que es la carne eterna; no por Beatriz, que es la teología; no por Margarita, que es el pueblo; no por Helena, que es la cultura. Peleó por Dulcinea, y la logró, pues que vive.

Y lo más grande de él fue haber sido burlado y vencido, porque siendo vencido es como vencía; dominaba al mundo dándole que reír de él.

¿Y hoy? Hoy siente su propia comicidad y la vanidad de su esfuerzo en cuanto a lo temporal; se ve desde fuera—la cultura le ha enseñado a objetivarse, esto es, a enajenarse en vez de ensimismarse,—y al verse desde fuera, se ríe de sí mismo, pero amargamente. El personaje más trágico acaso fuese un Margutte íntimo, que, como el de Pulci, muera reventando de risa, pero de risa de sí mismo. *E riderá in eterno*, reirá eternamente, dijo de Margutte el ángel Gabriel. ¿No oís la risa de Dios?

Don Quijote el mortal, al morir, comprendió su propia comicidad y lloró sus pecados, pero el inmortal, comprendiéndola, se sobrepone a ella y la vence sin desecharla.

Y Don Quijote no se rinde, porque no es pesimista, y pelea. No es pesimista porque el pesimismo es hijo de vanidad, es cosa de moda, puro *snobismo*, y Don Quijote ni es vano ni vanidoso, ni moderno de ninguna modernidad—menos modernista,—y no entiende qué es eso de *snob* mientras no se lo digan en cristiano viejo español. No es pesimista Don Quijote, porque como no entiende qué sea eso de la *joie de vivre*, no entiende su contrario. Ni entiende de tonterías futuristas tampoco. A pesar de Clavileño, no ha llegado al aeroplano, que parece querer alejar del cielo a no pocos atolondrados. Don Quijote no ha llegado a la edad del tedio de la vida, que suele traducirse en esa tan característica topofobia de no pocos espíritus modernos, que se pasan la vida corriendo a todo correr de un

lado para otro, y no por amor a aquel adonde van, sino por odio a aquel otro de donde vienen, huyendo de todos. Lo que es una de las formas de la desesperación.

Pero Don Quijote oye ya su propia risa, oye la risa divina, y como no es pesimista, como cree en la vida eterna, tiene que pelear, arremetiendo contra la ortodoxia inquisitorial científica moderna por traer una nueva e imposible Edad Media, dualística, contradictoria, apasionada. Como un nuevo Savonarola, Quijote italiano de fines del siglo xv, pelea contra esta Edad Moderna que abrió Maquiavelo y que acabará cómicamente. Pelea contra el racionalismo heredado del xviii. La paz de la conciencia, la conciliación entre la razón y la fe, ya, gracias a Dios providente, no cabe. El mundo tiene que ser como Don Quijote quiere y las ventas tienen que ser castillos, y peleará con él y será, al parecer, vencido, pero vencerá al ponerse en ridículo. Y se vencerá riéndose de sí mismo y haciéndose reír.

«La razón habla y el sentido muerde», dijo el Petrarca; pero también la razón muerde, y muerde en el cogollo del corazón. Y no hay más calor a más luz. «¡Luz, luz, más luz todavía!» dicen que dijo Goethe moribundo. No, calor, calor, más calor todavía, que nos morimos de frío y no de oscuridad. La noche no mata; mata el hielo. Y hay que libertar a la princesa encantada y destruir el retablo de Maese Pedro.

¿Y no habrá también pedantería, Dios mío, en esto de creerse uno burlado y haciendo el Quijote? Los regenerados (*Opvakte*) desean que el mundo impío se burle de ellos para estar seguros de ser regenerados, puesto que son burlados, y gozar la ventaja de poder quejarse de la impiedad del mundo, dijo Kierkegaard (*Afsluttende uvidenskabelig Efterskrift*, II Afsnit II, cap. 4, sectio II, B.)

¿Cómo escapar a una u otra pedantería, o una u otra afectación, si el hombre natural no es sino un mito, y somos artificiales todos?

¡Romanticismo! Sí, acaso sea esa en parte la palabra. Y nos sirve más y mejor por se imprecisión misma. Contra eso,

contra el romanticismo, se ha desencadenado recientemente, sobre todo en Francia, la pedantería racionalista y clasicista. ¿Que él, que el romanticismo, es otra pedantería, la pedantería sentimental? Tal vez. En este mundo un hombre culto, o es dilettante o es pedante: a escojer, pues. Sí, pedantes acaso René y Adolfo y Obermann y Lara... El caso es buscar consuelo en el desconsuelo.

A la filosofía de Bergson, que es una restauración espiritualista, en el fondo mística, medieval, quijotesca, se le ha llamado filosofía *demi-mondaine*. Quitadle el *demi*; *mondaine*, mundana. Mundana, sí, para el mundo y no para los filósofos, como no debe ser la química para los químicos solos. El mundo quiere ser engañado—*mundus vult decipi*,—o con el engaño de antes de la razón, que es la poesía, o con el engaño de después de ella, que es la religión. Y ya dijo Maquiavelo que quien quiera engañar encontrará siempre quien deje que le engañen. ¡Y bienaventurados los que hacen el primo! Un francés, Jules de Gaultier, dijo que el privilegio de su pueblo era *n'être pas dupe*, no hacer el primo. ¡Triste privilegio!

La ciencia no le da a Don Quijote lo que éste le pide. «¡Que no le pida eso—dirán;—que se resigne, que acepte la vida y la verdad como son!» Pero él no las acepta así, y pide señales, a lo que le mueve Sancho, que está a su lado. Y no es que Don Quijote no comprenda lo que comprende el que así le habla, el que procura resignarse y aceptar la vida y la verdad racionales. No; es que sus necesidades efectivas son mayores. ¿Pedantería? ¡Quién sabe...!

Y en este siglo crítico, Don Quijote, que se ha contaminado de criticismo también, tiene que arremeter contra sí mismo, víctima de intelectualismo y de sentimentalismo, y que cuando quiere ser más espontáneo, más afectado aparece. Y quiere el pobre racionalizar lo irracional e irracionalizar lo racional. Y cae en la desesperación íntima del siglo crítico de que fueron las dos más grandes víctimas Nietzsche y Tolstoi. Y por desesperación entra en el furor heroico de que hablaba aquel

Quijote del pensamiento que escapó al claustro, Giordano Bruno, y se hace despertador de las almas que duermen, *dormitantium animorum excubitor*, como dijo de sí mismo el ex-dominicano, el que escribió: «El amor heroico es propio de las naturalezas superiores llamadas insanas—*insane*,—no porque no saben—*non sanno*,—sino porque sobresaben—*soprasanno*.»

Pero Bruno creía en el triunfo de sus doctrinas, o por lo menos al pie de su estatua, en el Campo dei Fiori, frente al Vaticano, han puesto que se la ofrece el siglo por él adivinado, *il secolo da lui divinato*. Mas nuestro Don Quijote, el redivivo, el interior, el conciente de su propia comicidad, no cree que triunfen sus doctrinas en este mundo porque no son de él. Y es mejor que no triunfen. Y si le quisieran hacer a Don Quijote rey, se retiraría solo al monte, huyendo de las turbas regicidas y regicidas, como se retiró sólo al monte el Cristo cuando, después del milagro de los peces y los panes, le quisieron proclamar rey. Dejó el título de rey para encima de la cruz.

¿Cuál es, pues, la nueva misión de Don Quijote hoy en este mundo? Clamar, clamar en el desierto. Pero el desierto oye, aunque no oigan los hombres, y un día se convertirá en selva sonora, y esa voz solitaria que va posando en el desierto como semilla, dará un cedro gigantesco que con sus cien mil lenguas cantará un hosana eterno al Señor de la vida y de la muerte.

Y vosotros ahora, bachilleres Carrascos del regeneracionismo europeizante, jóvenes que trabajáis a la europea, con método y crítica... científicos, haced riqueza, haced patria, haced arte, haced ciencia, haced ética, haced o más bien traducid sobre todo Kultura, que así mataréis a la vida y a la muerte. ¡Para lo que ha de durarnos todo...!

*
* *

Y con esto se acaban ya—¡ya era hora!—por ahora al menos, estos ensayos sobre el sentimiento trágico de la vida en

los hombres y en los pueblos, o por lo menos en mí—que soy hombre—y en el alma de mi pueblo tal como en la mía se refleja.

Espero, lector, que mientras dure nuestra tragedia, en algún entre-acto, volvamos a encontrarnos. Y nos reconocemos. Y perdona si te he molestado más de lo debido e inevitable, más de lo que, al tomar la pluma para distraerte un poco de tus distracciones, me propuse. Y Dios no te dé paz y sí gloria!

MIGUEL DE UNAMUNO,
Rector de la Universidad de Salamanca.

En Salamanca, año de gracia de 1912.

LA INCAPACIDAD DE LOS ESPAÑOLES

(APUNTES PARA UNA CONFERENCIA)

No ha mucho que en una de las salas del Ateneo de Madrid, un amigo mío, persona de gran cultura, conocedor como pocos de Francia, Inglaterra, Alemania e Italia, tierras que visita todos los años, y cuyas producciones filosóficas, literarias y artísticas le entretienen el resto del tiempo que no ocupa en instructivos viajes, me presentó a dos jóvenes, listos y estudiosos al parecer, en cuyos labios resonaban como familiares nombres y doctrinas de autores modernos, extranjeros todos, maestros del pensamiento europeo.

No tardó en recaer la plática sobre nuestra decaída España.—Estoy convencido—dijo uno de ellos con el aplomo de un Catón—que los españoles son incapaces para la ciencia y la filosofía.

Dejóme pasmado tamaña conclusión; pero recordando que no era la primera vez que llegaba a mis oídos, y que hasta la habían leído mis ojos en letras de molde, firmada por otros jóvenes muy leídos y escribidos, caí en la cuenta de que ésta era una frase ya de cajón entre ciertos mozos de buenas esperanzas, que corre de boca en boca, sin pararse nadie a pensarla ni pesarla, como pide su gravedad, y me pareció reponerle modestamente:

—No he hallado en ninguna obra de antropología que el

testuz español ofrezca señal alguna de menor capacidad que el meollo del resto de los europeos. El cráneo español, dolico-céfalo, es el más puro de la raza mediterránea, en la cual la civilización europea se fraguó. Lo que hay es que en el ondear y altibajar de los pueblos por el mar de la historia, todo va a la par: que cuando a un pueblo le llega la hora de encrestarse en la cima de la ola, su saber y las obras de sus ingenios corren parejas con su poderío militar y con la riqueza de su industria y comercio; y cuando después se hunde, pasando la hegemonía al otro más cercano, húndense a la vez sus armas y poderío, sus letras y ciencias, su grandeza y abundancia. No porque las mulleras se hayan endurecido y hecho incapaces, sino porque estando entrelazadas todas las manifestaciones de la vida, los que pudieran haber sido grandes ingenios en otra era, no hallan terreno acomodado para su desenvolvimiento y sazón, malográndose en berza, y acaso acaso en germen. ¿Hemos de suponer que en los siglos ix, x y xi el cráneo de italianos, franceses y españoles era otro de lo que fue durante la dominación romana y de lo que había de ser adelante por los tiempos del Renacimiento, sólo porque no se manifestó en aquellos tres siglos ni uno de los ingenios que llegaron a sazón antes y después?

Yo confieso que en la Era presente no hay tanta sabiduría en España como en Alemania; pero, ¿acaso hay tanta industria, tanto comercio, tanto poderío militar? Hallámonos ahora en lo hondo del oleaje, como a Alemania le llegó el momento de empinarse a su cima. Al comparar ingenios con ingenios, no han de cotejarse los de lo alto de la ola con los de lo bajo de ella; sino los de una cima con los de otra cima, los de un pueblo hoy floreciente con los de otro, cuando tuvo la dicha de florecer. Cuando España daba la ley a todos los pueblos de Europa, y aun del mundo, sus ingenios fueron tan esclarecidos como su poderío y riqueza. Cotéjese la fuerza del pensamiento alemán de hoy con la del pensamiento español de entonces, teniendo cuenta además con el adelanto de los tiempos.

—¡Ni hubo jamás pensamiento en España!—saltó mi joven interlocutor.—¿Qué sabios tuvimos entonces? ¿Qué filosofía?

—Comparar el saber alemán de hoy con el español de hace cuatro siglos para tener al español por nulo, viene a ser lo mismo que despreciar el saber de Grecia, porque sus más preclaros ingenios dijeron cosas que dan que reír a los modernos alemanes. No en balde corren los siglos. También pudieron haberse reído los españoles de hace cuatro centurias de esas niñerías de Platón y Aristóteles, y pudiéramos reírnos nosotros, los españoles de hoy, que junto a los alemanes somos una bien triste cosa. El saber alemán es hoy grande, cotejado con el del resto de Europa; como cotejado con el del resto de la Europa de entonces, fue grande el saber español. No llamábamos entonces en España a profesores extranjeros para que regentasen nuestras cátedras, como llamaban de Francia, Italia y Alemania a profesores españoles para que regentasen las suyas. En todos los certámenes del saber y del talento, en los Concilios y Asambleas, en las Universidades y Academias, nunca quedaron a la zaga los españoles de entonces; antes se coronaron de gloria, y en las obras escritas de aquellos tiempos no creo queden los nuestros por bajo de los demás.

—Pero, ¿qué genios ni entonces ni nunca han nacido en España? En pintura, un Velázquez; en literatura, un Cervantes, y pare usted de contar. No hay un genio más en toda la historia de España, no hay siquiera un talento ni un libro que merezca estudiarse. Jamás tuvimos aquí una filosofía, ni hubo un pensamiento, ni lo habrá: son los españoles incapaces para la filosofía y la ciencia.

Tamañas afirmaciones merecen ser tenidas en cuenta, porque aunque los que las digan sean mozos de poca experiencia, ellos son los hombres de mañana. Y no son dos o tres los que la sientan en tono convencido; son la flor y nata de la juventud española, que menosprecia el valer de su raza, que ni siquiera pone en tela de juicio el poder mental de los españoles, sino que lo da por nulo, proclamándonos a todos como incapa-

ces de filosofar ni de saber. A ser dos, tres, media docena, yo les diría: «Señores, huyan cuanto antes, según eso, de esta tierra maldecida; sacúdanse el polvo de este secadal yermo y sin esperanzas; váyanse fuera de España, en busca del país de los genios; háganse, siquiera sea neocelandeses o esquimales; dejen de ser españoles de nombre, como no lo son ya de espíritu. Pero es toda una gran parte de la generación que ha de ser mañana la maestra del pueblo español. Están convencidos de nuestra incapacidad, no oyen más que lo que se trompetea fuera de España; mejor dicho, ni siquiera llegan a sus oídos las alabanzas que los verdaderamente sabios europeos hacen del valer de nuestra raza; porque quedan ensordecidas por el vocerío del vulgacho, sobre todo francés, incapaz de calar nuestra alma española, tan encontrada en todo con el alma francesa. Hay que desencandilar a esos tristes hijos de España, que no han abierto un libro español de otros tiempos y hablan de los españoles conforme a lo que oyen por ahí fuera a gentes ensoberbecidas con su presente poderío, y que por no tener ojos más que para el interés y la materia, no pueden comprender los sentimientos, si menos prácticos, a lo menos más hidalgos y levantados de este nuestro hoy abatido pueblo.

Hemos dado en la flor de llamar patriotería al noble sentimiento de cariño a nuestras cosas. Es tan franco, tan leal el pecho español, que a raíz de un quebranto como el de la pérdida de las colonias, en que la injusticia, el bandolerismo del adversario, corrieron parejas con la honrada caballeridad de un pueblo digno que se defiende con su propia pequeñez y pobreza del desaforado embate de una nación grande y poderosa, sabiendo que va a su ruina, da oídos a los que nos declaran un pueblo muerto, cuando no tuvieron la gallardía de apoyar nuestros justos derechos, y se llega a persuadir de que muertos somos, de que para nada valemos, desalentándose a fuerza de modestia y honradez, mientras hasta ahora nos tildaban todos de fanfarrones y altaneros. Basta ya de rebajarse baldíamente. Harto hemos llorado nuestra pequeñez y empobre-

cimiento, sin acordarnos de que efecto fueron de grandes y levantados empeños, que grabados llevará siempre la historia leal y sincera entre los mas gloriosos de las naciones.

Los tiempos han cambiado, y el ideal que alentó a España y la engrandeció como al pueblo que más, hubo de desvanecerse como el humo, cayendo el nuestro, agobiado de la pesadumbre de su propio encumbramiento, sepultado bajo los escombros del mismo glorioso templo que supo levantar su poderío. ¿Ha de sacarse de aquí que para nada valemos ya, y sobre todo, que para nada valimos, cuando cabalmente porque valimos tanto, nada hoy valemos, porque tanto fuimos, somos hoy tan poco?

Comprendo que en ánimos criados a los pechos de otro ideal, más económico que hidalgo, que ha engrandecido a los pueblos sajones, no quepa el valor de un ideal como el que engrandeció a España; comprendo que los tales no quieran mirar un momento atrás, ni despolvorear un pergamino donde el pensamiento español bulle todo él embebido de aquel ideal. Hablemos claro: comprendo que el que se crió irreligioso no alcance el ideal cristiano que tocó a España, sea por lo que fuere, ser su propio ideal. Pero, por rancio que hoy se les antoje a algunos, por poco a propósito que hoy sea para medrar, ¿fue acaso ese ideal de la civilización cristiana más bajo y más villano que el ideal económico de la raza sajona? No hablo, como cristiano, a lectores en su mayor parte cristianos; hablo como pensador nada más. Ideal por ideal, tan de vil metal fue el ideal de la civilización cristiana, que había levantado a Europa de las ruinas y estragos en que los bárbaros, esos mismos hoy civilizados sajones, habían destrozado la civilización greco-romana, el ideal cristiano que sacó a Europa de sus ruinas, que la amamantó a sus pechos, que la encariñó con el saber cristiano y pagano, que le preparó manuscritos, empleando muchedumbres de monjes en copiarlos en los monasterios; que le roturó los bosques por medio de otra no menos numerosa muchedumbre de frailes; que la hizo a la vida militar,

educándola en las Cruzadas; que la instruyó en sus Universidades, que le afinó el sentido artístico amañándola en la construcción de sus catedrales; que la empujó y alentó a apropiarse el tesoro de la civilización antigua, escondido en Bizancio y entre los escombros de Italia; que la embarcó a la conquista del Nuevo Mundo y del extremo Oriente, que del cerril e indocto señor feudal y del avillanado esclavo de la gleba hizo la aristocracia europea y el pueblo libre de la Iglesia de Cristo; que limó poco a poco las cadenas de la esclavitud antigua hasta que los mismos dueños y señores llegaron a comprender por la doctrina evangélica que todos somos hombres, y acabaron de romperlas, avergouzados de habérselas echado a los que al cabo reconocían como hermanos e hijos de un mismo Padre celestial? ¿Tan bajo fue este ideal que abrazó nuestra España y la puso a la cabeza de Europa?

¡Ah! el ideal se desvaneció con el mudar de los tiempos. España quedó sin rumbo en medio de naciones que habían levantado otra enseña. ¿Por eso hemos de decir que los españoles somos incapaces de saber, ni de filosofar ni de pensar?

¿Tan incapaz fue un Séneca, que romanizó la filosofía griega, que apuntaló con el férreo estoicismo, de metal verdaderamente español, las carcomidas virtudes que desmoronaban ya la antiguamente robusta moral romana? ¿Tan incapaz su antepasado, el de las suasorias y peregrina elocuencia? ¿Tan incapaz Quintiliano, que educó a la juventud del Imperio, refrescando los laureles de la oratoria, la eflorescencia artística más propia y menos copiada del pueblo rey? ¿Tan incapaces un Lucano y un Columela, un Pomponio Mela, un Silio y un Marcial, que levantaron la poesía, la agricultura y la geografía entre los romanos? ¿Acaso fueron de entre los emperadores romanos los menos famosos Vespasiano, Adriano y el Gran Teodosio, por ser españoles, y Antonino Pío y Marco Aurelio por oriundos de familias españolas? ¿Quién fue el cantor lírico de los mártires, sino un Prudencio español? No, no hubo sabios, ni filósofos, ni hombres de valer, ni aun en la época visigótica, cuan-

do se escribió el Fuerojuzgo, primer código de leyes europeo, cuando San Isidoro archivaba todo el saber antiguo, cuando los Leandros y Tajones y los demás Santos Padres visigodos mantenían acá la tradicional sabiduría de los antiguos Santos Padres. Y es que para algunos no hay más filosofía que la naturalista y emanatista, que da tela a los modernos filósofos para sus hermosísimos sueños y entretenidas fantasías. Pero, a Dios gracias, aun en España hubo emanatistas de estruendo.

Los puritanos musulmanes de la escuela de Bagdad, fundada por los emanatistas persas Al-Farabi e Iben-Sina, o Avicena, desterrados de aquella ciudad, vinieron a España, estableciéndose en el Califato de Córdoba y soñando a su sabor, hasta que los despertaron los Almohades a puro zamarrearlos. De esta escuela fueron los famosos Iben-Badja (Avempace), Tofail y Averroes, y entre los judíos Salomón Gabirol (Avicebron) y Maimónides. Del Califato pasaron a Toledo, de donde manó toda aquella podre, que algunos tendrán por fuente de sabiduría, pero que inficionó a Europa, con los Valdenses, los Albigenses, los Turlupinos de Francia y Saboya, los Intelectuales de Bélgica, y, finalmente, los Templarios, iniciados en los misterios emanatistas a mediados del siglo XIII. De aquí salieron los iluminados del siglo XIV, la escuela averroista de la Universidad de Padua y la pitagórica, a la que perteneció Jordano Bruno, y en nuestros tiempos casi el neoplatonismo de Krause, Schelling y Lotze en Alemania, de Cousin en Francia, con Lerroux, Janet; luego las doctrinas de Jules Simón, Vacherot, Lamennais, en Inglaterra, la Francmasonería y el Espiritismo en los Estados Unidos, en el que se enredaron sabios de tanto fuste como Tyndall, Fechner, Zollner, Wallace y Crookes, y, como en otro tiempo, fueron adalides de la doctrina emanatista, de la Teurgia y de la Magia, nada menos que Pitágoras, Sócrates, Platón, Proclo, Plotino, Jámblico y Manes. Tal es la filosofía que esos jóvenes echan menos en España, donde reinó con todo su esplendor la filosofía creacionista, que para ellos no debe de ser filosofía, y donde se supo escoger cuanto en

Platón y los antiguos habían mezclado de bueno y sano con sus sueños y desvaríos.

Genios, me decían aquellos jóvenes, genios no hubo en España. Para ellos esos son los únicos genios, los filósofos sonámbulos. Estos señores jóvenes de grandes esperanzas creen que nuestros pensadores de los siglos XVI y XVII no conocían ni alcanzaban el valor de esos sueños y sonambulismos; que nuestros Lulios, Montanos, Canos y Suárez, Fox Morcillos, Vives y Quevedos no eran capaces de apreciarlos ni de entenderlos. De lo que no fueron capaces fue de pagarse de estruendos y entonos, de fantasías y oropeles, de esoterismos y místicas enfermas, desvariadas y soñolientas. Nuestra mística fue otra cosa; no tenía gnosticismos ni teurgias, eones ni demiurgos, paradigmas ni diadas, proodos ni epístrofes. Nuestros místicos, los más hondos y caviladores, son claros como la luz del cielo español, prácticos como los ascetas, de los cuales no se diferencian más que en el mayor conocimiento y elevación en el pensar.

Pero estos jóvenes de esperanzas para la patria no quieren abrir ni un libro de nuestra mística; piensan que el tufo inquisitorial o de la cera sacristanesca les va a dar en las narices. Como saben el castellano desde la cuna, suponen que en castellano no caben las honduras y las delgadeces que caben en la lengua alemana, que les sabe a más nueva y también a más recóndita, traspuesta y nebulosa. No puede haber genios que hablen lengua tan clara como el castellano, ni que sean tan de sentido común como las gentes de nuestra raza.

El filósofo o genio filosófico ha de hablar cerrado y misterioso, ha de envolver sus sueños en términos desacostumbrados e ininteligibles; el genio ha de creerse un Zaratustra, aunque ni Zaratustra le entendiera, si hoy se levantara del sepulcro. Además, el genio ha de nacer en partes lejanas y extrañas; no puede ser francés, italiano o español, sino sueco, ruso o por lo menos alemán, para que al llegar acá los ecos de su voz, tengan un dejo raro y brumoso, y venga rodeada su fama de

una aureola engrandecida por el cuadrado de la distancia. En una palabra, el misterio, lo desconocido, lo ignoto, el sueño: esa es la nota del genio.

Pero aquí en esta tierra tan conocida, bajo este cielo tan sereno y limpio, donde todos nos conocemos y todos somos hijos de padres conocidos, con nombres y apellidos tan vulgares, ¿cómo puede haber genios?

Añádase el catolicismo con sus hogueras inquisitoriales, que acaba con los menores gérmenes y lo convierte todo en un arenal y en una estepa como la meseta castellana: ¿qué puede brotar ni darse aquí más que duros garbanzos secos y hueros alcornoques?

Esta no es tierra de genios. El único que aquí nació y valía, Miguel Servet, así me lo repitieron aquellos jóvenes, el único inventor español, tuvo que extrañarse e irse al país de los genios, huyendo de las hogueras de la Inquisición.

—¡Y tuvo la gloria—repuse yo—de caer en las hogueras de los genios extranjeros, del gran genio Calvino, porque no se doblegaba a su parecer!

A Servet le hicieron famoso los enemigos de España, que lo eran del Catolicismo; ¿cómo pretenden esos jóvenes que hagan famosos a los que no apostataron como Servet, sino que siguieron siendo católicos en esta tierra del Catolicismo y de la Inquisición?

Porque a esto se reduce todo, a que esos jóvenes no reconocen más talentos que los trompeteados por los extranjeros, porque los españoles ni siquiera tenemos ojos para distinguir lo que vale de lo que no vale. Los españoles sólo tenemos dos agujeros en la frente y un burujo de sesos harto aguados en la destartalada mollera, que nos dejó el Destino, como relieves arrojados a los parias de la Humanidad. Solos los extranjeros, y con tal que sean protestantes y enemigos de la España católica, pueden juzgar y distribuir diplomas de sabios; así que podemos aguardar sentados los españoles a que se dignen venir a repartírselos a los españoles que vivieron en

esta tierra inquisitorial. Y vendrán y nos dirán que no hubo más que dos genios en España: Servet, porque dejó el Catolicismo, y Las Casas, porque les dió a pasto cuanto deseaban para echarnos en cara los desafueros de los particulares, de la hez de la sociedad española, que pasaba vagamundeando a las Américas y abusaba de los infelices indios. No añaden que para librar a los indios de tales desmanes, aconsejó Las Casas se llevasen negros de Africa, introduciendo la esclavitud; no mientan que por algunos indios a quienes maltrataban ciertos avariciosos españoles, ellos, los ingleses y los cultos sajones de Norte América, cazaban como a fieras a los indígenas a tiro de fusil, y que si nuestras Leyes de Indias continuamente abogaban por los americanos, las suyas los proscribían textualmente y los condenaban a desaparecer.

No reparan en los hechos, más elocuentes que todas las palabras de Las Casas, de que en las tierras hispano-americanas todavía viven los antiguos indios, mientras que han desaparecido en las tierras donde domina la raza sajona. Porque lo gracioso es que ahora nos salen con que no hemos sabido civilizar aquellas tierras, por no haber exterminado la raza indígena, como ellos lo han hecho, porque la civilización ha de acabar con las gentes que son de ella incapaces.

Por eso veréis al Lord inglés pasar por entre los mendigos y enfermos con la tiesura y desprecio del señor del mundo, sin oír los lamentos, sin bajar los ojos, sin detenerse un punto ante las miserias humanas. El español, pobre o rico que sea, no puede pasar sin detenerse a la vista de la desgracia de sus semejantes: le dejará un pedazo de su capa, si menester fuese; sentirá conmovérsele por lo menos sus entrañas, y sus ojos se posarán compasivos en el que su Fe, o a lo menos la manera de sentir, hija de esa Fe, halla ser un hermano y tan hijo como él del Padre celestial. Esta Fe, pues, esta religión ideal de la antigua España, que tan sensibleros hizo a los españoles, no pudo menos de agostar toda filosofía en nuestra patria. Hombres como los españoles, de entrañas tan blanduchas, no po-

dían aspirar a ser filósofos. El filósofo es seco y egoísta, y no podía darse más que en esas tierras de tiosos y secos Lores. Los genios están por cima de todo sentimiento humanitario; harto tienen que hacer en soñar sus filosofías. No cabe en sus pechos la caridad cristiana, porque los tienen henchidos de grandes teorías acerca del altruísmo y de la filantropía. Como andan atareados en fundar establecimientos benéficos para los animales, no les queda vagar para fundarlos para los hombres. Sus damas mimarán al perrito faldero, al Lulú, le abrigarán entre blandas pieles, le regalarán con los más delicados manjares, le enjorarán con aderezos de oro y pedrería; no les queda tiempo ni humor para pensar ni para mirar al andrajoso y hambriento mendigo, que les tiende una seca y temblona mano pidiéndoles el mendrugo que el perrito desecha por duro y grosero.

Así son las razas, donde nacen los genios y se sueñan las sublimes filosofías. Así son las razas, que se apropian un ideal tan sentimentalero y tan vulgarote como el de Jesucristo y su Iglesia. Somos incapaces los españoles para la ciencia y la filosofía: la prueba está en que no valimos más que para apropiarnos ese ideal, propio de sacristanes.

Yo siento tener que repetir cosas que tantas veces se han dicho, tener que acudir a argumentos tan manoseados, cuando acaso esperabais de mí alguna doctrina nueva o poco conocida. Pero ¿tengo yo la culpa de que por repetidos y manoseados que sean esos argumentos, no hayan reparado en ellos esos jóvenes de esperanzas y tantos españoles, que siguen repitiendo por boca de ganso las ligerezas históricas que hace dos siglos han echado a volar los extraños, por pura y fea inquina contra la España católica? ¿Son falsos esos argumentos, por ser manoseados y repetidos? ¿Son fantasías de mi cabeza o sofismas de defensor las cosas que acabo de repetir? Porque si no son más que verdades de historia llana y consideraciones de filosofía vulgar, ¿qué le hace lo vulgar y lo llano para que no sean verdades, y tan a cuento y tan al caso en estos días, en

que se nos vuelven a repetir por esos jóvenes las mismas falsas acusaciones de siempre?

No es menos sabido y vulgar, pero no es menos cierto, lo que voy añadir antes de acabar éste, que más tiene de alegato que de artículo. Cotejada la psicología del pueblo español con la de los pueblos sajones, que hoy gobiernan el mundo, veo que ellos son más dados al trabajo para buscarse la vida, y que nosotros somos más perezosos y descuidados. Conviene ahondar un poco estas cualidades tan encontradas, para no calificarlas con ligereza. En Francia, como sabe todo el mundo, hay algo de raza ibérica en la parte meridional, y aun por eso los franceses del Norte, sajones o germanos, les achacan a los meridionales algo de lo que nos achacan a nosotros. Tartarín es el Quijote del Mediodía francés, más ligero y fanfarrón, sin el peso y asiento del que pintó Cervantes, y digámoslo, sin su fondo de nobleza y de caballerosos sentimientos. Pero hay algo de común en entrambos: son símbolo de nuestra raza ibera.

Los franceses, verdaderamente franceses, han dado a los vocablos *intérêt*, *intéressant*, que en España sólo significó siempre el interés, el logro, el dinero, un sentido más general, y lo aplican a todo lo bueno y apetecible, sea en la línea de lo económico, lo único que significa interés en castellano rancio, sea en la línea de la belleza, de la bondad, de la honra. *C'est très-intéressant*. Es frase que derrochan a todo pasto. Parados ante un cuadro de Velázquez, os dirán: *C'est très-intéressant*; lo mismísimo que al oír una noticia, al leer una novela, al asistir a un drama o a una corrida de toros. Todo para ellos *C'est très-intéressant*.

Las palabras llevan sellados los sentimientos del pueblo que las emplea. Coloreen como gusten los franceses su amor al trabajo, su consiguiente riqueza, su espíritu de ahorro: todo ello es muy cierto. Pero las palabras no doran los sentimientos, sino que con todo descaro en su leyenda y significación las dicen a todo el que sepa descifrarlas. Y lo que esa frase

dice, lo dice en plata, porque no dice otra cosa sino que el francés tiene puestos todos sus amores en la misma plata, en el dinero, en el interés. Los que conocéis la sociedad francesa podréis comprobar si la frase «C'est très-intéressant», aplicada, como hemos visto, a todo lo que aficiona o gusta a los franceses, no dice la pura verdad sin rodeos ni tapujos. Nosotros decimos que una cosa es bonita o fea, que es buena o mala, agradable o desagradable, gustosa, apetecible; y nuestros abuelos sólo llamaban interesante o de interés a la ganancia.

Los franceses llaman a todo interesante: señal de que en la ganancia, en el interés han puesto todos sus cinco sentidos. Afrancesando nuestro idioma, también se llama hoy interesante a cualquier cosa, y de cualquier cosa se dice que tiene interés o que nos interesa. Ved cómo el galicismo no se compadece con el sentir español, y por qué los que abogamos por el casticismo no lo hacemos a zurrumburrín y porque sí, sino por su cuenta y razón. Esas significaciones galicistas empuercan nuestro idioma y empañan la tersura, la nobleza de nuestros sentimientos. Porque el español no confunde el sentimiento elevado que produce una hermosa obra dramática con el de la ganancia que saca de vender, si es comerciante; del tresillo, si es jugador; de sus tierras, si se dedica a la labranza. El poeta distingue muy bien el arrobo que le causa su propia inspiración de los cuartos que el editor le entrega por la venta de su libro de poesías. El «C'est très-intéressant» lo confunde todo, cifrando todos los sentimientos, hasta los más elevados, en el sentimiento interesal de la ganancia. Y lo que esta palabra encierra es lo que hay en esa cualidad de esas razas laboriosas del Norte.

La pereza española es la misma del napolitano aquel que pinta Goethe en su *Viaje a Italia*, que tumbado en el muelle, no se digna levantar ni cargar con la maleta del viajero, porque con las cuatro perras que con otro viajero ganó se había comprado un pedazo de pan y unas cebollas, y con ello tenía ya llena la panza y no aspiraba a más. El español no sabe ni

quiere saber ahorrar; conténtase con llenar el estómago e ir tirando; no quiere esclavizarse a nadie por buscar mayores comodidades; vive a la dita, se acuesta sin una perra chica en el bolsillo. Tal escribí en cierto artículo acerca de Sevilla que vivía el pueblo andaluz.

Echaron las campanas a rebato, quisieron tragarme vivo; pero ellos, mejor que nadie, saben que esta es la pura verdad. No queremos sujetarnos a nadie ni al trabajo por vivir más acomodadamente. Ello es quijotismo. Cervantes pintó en Don Quijote estos pujos de hidalguía, de independencía, del alma española. También pintó en Sancho otro pedazo del alma española; pero ni aun el Sancho de Cervantes es comilón ni avariento, como el del falso Quijote de Avellaneda. Si le ponen buena mesa, aprovéchase de ella; si le aposentán en el palacio de un Gobernador, se ensancha y se acomoda; si le dan la vaquilla, corre con la soguilla; pero ni por la vaquilla ni por los haberes del mundo ni por mucho menos, pasa por lo que no le peta ni le viene a cuento. Los Sanchos a lo Avellaneda, los Tacaños y avaros, búsquense fuera de España; el Tacaño de Quevedo, que es el Tacaño y buscón español, no es de esa laya; de él se dijo que los dineros del sacristán, cantando se vienen, cantando se van. Vivir a sus anchas con el menor trabajo posible: tal es el buscón que se da por estas tierras. Don Quijote es gran filósofo; la alteza de sus pensamientos no puede ponerse en duda. No es menos filósofo Sancho Panza y filósofo es el buscón español. La filosofía de estos personajes, que es la filosofía de los españoles, puede así formularse.

Vivir hecho un azacán, puesta la mira en la felicidad, es pasarse la vida caminando para no lograr jamás el fin. El uno pegado al mostrador, el otro al bufete, trabajan toda la semana para holgar tan sólo el domingo. Yo sé convertir en domingos todos los días de la semana: contentándome con poco, me queda todo el tiempo para holgar. En vez de pasarse la vida caminando en busca de la felicidad, de un vuelo me planto en ella y me ahorro el camino. ¿Para qué quiere acrecentar más

y más el banquero sus caudales? Para dejárselos a otro. El que venga atrás que arree. Si con media hora de trabajo soy feliz las veintitrés y media del día, soy más filósofo que el que se mata doce horas, para ser feliz las otras doce, y esas dormido, porque la filosofía consiste en acomodar los medios al fin, y yo lo logro antes y con más sencillos medios. Así filosofa el español. Por eso le veréis pobre, pero contento, bailando, y más alegre que unas sonajas, sin pensar en el día de mañana: bástale a cada día su daño.

No es que yo quiera ensalzar semejante filosofía; pero es una filosofía harto filosófica, y la encomiaron los más agudos ingenios de la antigüedad. Hay en este proceder algo de grandioso, de digno, en no quererse abatir a nadie, ni siquiera al trabajo, por una felicidad que pende de nosotros mismos, en poner coto a los deseos, en saberse contentar con poco por no estar al servicio de nadie y ser dueño de sí.

Por este camino hoy día un pueblo no puede llegar a ser grande, porque la grandeza de los pueblos hoy día pende de la riqueza, y por consiguiente, del trabajo. Epocas hubo en que pendía del valor personal, del desprecio de la vida, del espíritu aventurero, vagamundo, buscón y quijotesco: entonces pudo ser grande España.

Ello pasó. Hoy por hoy el trabajo y el ahorro es el que engrandece a los pueblos: ved por qué mientras el alma nacional no entre por estos nuevos derroteros, no será grande. Necesitamos enaltecer y dignificar el trabajo, desavillanarlo en nuestro concepto, persuadirnos de que se puede trabajar sin rebajar la propia dignidad. Dificultosa tarea. El pueblo español no dará genios soñadores de fantásticas filosofías; pero es tan hondo filósofo, que cree que todo aquel que presto se enriquece es porque transige con su honradez, y que el comercio lleva aparejada la codicia y el ladronicio en mayor o menor grado. No sé si estará en lo cierto; acaso no ande muy lejos de la verdad. Tampoco me empeñaré en sostener que el español sea incapaz de tomar o quedarse con lo ajeno: es buscón y bas-

ta. Pero una cosa es hacerlo una vez, dos, todos los días, a todas horas, si queréis, sobre todo con arte y con maña, y la artimaña ya es un linaje de trabajo que merece premiarse, y otra cosa es tomarlo de oficio y de asiento.

No seguiré en este enredado problema. Voy a salir al paso al que hace rato acaso esté reponiéndome a cuanto estoy discurrendo. ¿Y todo eso, qué con la incapacidad de los españoles para la ciencia y la filosofía? Cabalmente, si no trabaja el español, dispondrá de más vagar para estas ocupaciones elevadas. No haré hincapié en que los buscones y pícaros de nuestra literatura, pintura del pueblo español, se pasaban los días filosofando y devanándose los sesos y aguzando el ingenio para vivir sin trabajar, que no es menuda filosofía. Pero, me diréis, ¿y la filosofía honda, especulativa, de la cual tratamos? ¿Y la ciencia?

Ya vimos cómo los pueblos grandes lo son en todo, y en todo lo son los pueblos empequeñecidos. No salgamos de nuestro tiempo. En Alemania desde que nacen hallan el ingenio y el talento terreno bien mullido en que desenvolverse, maestros que le encaminen, émulos que le estimulen, público que le entienda y le aplauda. Llegado con todo esto a sazón, compone el sabio un libro y halla compradores, abre escuela y le acuden discípulos: puede vivir como sabio y como hombre; su saber le trae a casa honra y provecho. Suponed que en España nace un Kant. Nadie habla de filosofía ni hay libros más que de filosofía ramplona, que caigan en sus manos. Suponed que contra viento y marea ese Kant español lee, estudia, quiere entregarse a la filosofía. Sus padres, sus amigos, sus maestros, todos son a decirle: Por ahí no se va a ninguna parte, con eso no se come en España. Pero nuestro Kant sigue en sus trece y se hace un sabio... ¡que no gana para comer! Supongamos que le baste el aire para alimentarse y que sin maestros ni libros logra en cuarenta años, a fuerza de pensar, lo que en Alemania con libros y maestros hubiera logrado en diez. Con todo su bagaje filosófico no sacará plaza en unas oposiciones, si no se dedica a otras

filosofías más rastreras e intrigadoras: a cultivar los servicios de algún político hasta que halle padrino. Entretanto, se le desvanecieron todas sus filosofías; pero si es filósofo de veras, no sabrá dar un paso por estos caminos torcidos.

Quiere publicar una obra. Nadie la entiende, nadie se la compra.

Después de todo esto, digan esos jóvenes de hermosas esperanzas, bien que algo menguados de experiencia, que los españoles no somos capaces de ciencia ni filosofía. Extráñense de que no haya en España de esos que ellos llaman genios. Eso es pedir que en Alemania haya grandes toreros y bailadores de peteneras.

He terminado, y sólo me quedan cuatro palabras, que no serían necesarias para los discretos; pero que harán al caso, por si en auditorio tan culto y entendido hubiera alguien a quien no hubiesen sonado del todo bien algunos de mis conceptos. Ni hoy ni nunca he pretendido rebajar la ciencia extranjera, ni siquiera trazar de puros soñadores a los filósofos de otras tierras, a esos filósofos que algunos creen han faltado en España, y que, a la verdad, en España no han sido muchos, porque tampoco fueron muchos en ninguna otra nación. Todos ellos han traído algún gran pensamiento, y, si no nuevo, lo han sabido vestir tan galanamente, y exponer por tan nuevas y sinceras maneras, que con razón se lo atribuimos como propio y muy suyo; fuera de esto, los más han sido, más que filósofos, grandes artistas del pensamiento y de la palabra. Han maravillado al mundo; pero la prueba de mi aserto está en lo caedizo y efímero de sus teorías, que sólo han brillado hasta que ha aparecido otro que con los nuevos resplandores de otra nueva fantasía, las dejó en la sombra. Fueron, pues, fantasías, sueños elegantísimos de la palabra y del pensamiento, con algún cabo suelto de verdad, pero sin verdad maciza y duradera en el fondo, ya que ese fondo se desvaneció tan presto; y la verdad, señores, no se desvanece nunca, porque es eterna.

Tampoco he pretendido que nuestro saber español sea tal, que no necesitemos del saber extraño. El saber no tiene nacionalidad; es de todo el linaje humano. Ni menos he soñado nunca con que no conviene vayamos a Alemania y otras tierras a aprender lo que nos falta. Lo poco que a mí se me alcanza en mis estudios filológicos lo debo a la filología alemana; y si pretendiera negarlo, mi pequeña biblioteca me desmentiría. Que hoy somos bien poca cosa en ciencia y filosofía, soy uno de los que lo lamentan en público y en privado.

Pero no se nos diga que somos incapaces los españoles de ciencia y de filosofía, y que jamás en España brilló el saber ni hubo grandes y excelentes ingenios. Cada época los lleva a su manera. Los pensadores de nuestros buenos tiempos no pudieron ser, claro está, hegelianos ni kantianos; tampoco había kantianos ni hegelianos por aquel entonces en toda Alemania. Que los nuestros no metieron tanto estruendo como los que hoy brillan, que no hicieron escuela... Cada nación es como Dios la hizo. Jamás los españoles seremos tan excelentes pregoneros de nuestras cosas como son los franceses, ni sabremos montar un escaparate con la gracia y donaire que ellos; ni tendremos la docilidad de agruparnos en escuelas bajo la férula de los grandes maestros, como la tienen los alemanes. Somos demasiado engreídos para pregonar tan ahincadamente nuestras cosas, y presto nos parece que hacemos el payaso, y el pasar por payasos y cómicos no es cosa por la cual el español, demasiado perspicaz y grave, haya querido nunca pasar. Nuestro natural independiente, nuestra personalidad, tampoco nos deja someternos a la férula de nadie. Esas dos cualidades, saber vender lo propio y saberse someter, son necesarias en el mundo; pero no las tenemos en el grado que otras gentes. Aquí siempre se dijo que «el buen paño en el arca se vende», y que «cada maestrillo (no cada gran maestro solamente) tiene su librito».

Cuanto a la ciencia, en nuestra edad de oro no la había en ninguna parte, y no hay razón para achacarnos el que no la

tuviésemos nosotros. En estos tiempos de ciencia, mal la íbamos a tener, no teniendo nada ni siendo nada en el coro de las grandes naciones. Cuando seamos algo, tendremos ciencia.

Profetizar que nunca valdremos otra vez para nada, que no seremos gran nación y, por el consiguiente, que no tendremos todas las adhehalas consiguientes de ciencia, arte, ingenio, etc., etcétera, eso no me toca a mí; quédese para ciertos jóvenes de buenas esperanzas, que revestidos por el soplo divinadorio, que cierto no les viene de la Musa de la Historia, han tomado a su cargo pregonarlo por todas partes. Digan, pues, a voz en cuello que nunca seremos nada, comprobándolo con decir que nunca fuimos algo. Negándoles redondamente esto segundo con la Historia abierta en la mano, nos permitirán que movamos la cabeza cuanto a lo primero, ya que no nos dejen hablar o ensordezcan nuestra voz con su juvenil gritería, y hasta de un puntapié nos echen de la mano al suelo y a coces pisoteen nuestra Historia.

JULIO CEJADOR

BEATRIZ DE ARAGON, REINA DE HUNGRIA

(1457-1508)

IV

Las relaciones entre la corte real y la antigua patria de Beatriz no eran menos frecuentes en el dominio de las artes que en el de las ciencias; aquí también se pueden dar datos positivos sobre la acción personal de la reina en este movimiento de las inteligencias, y, sin embargo, los aduladores contemporáneos, sus enemigos y la posteridad le han atribuído casi todo el mérito de lo que se hizo en aquella época para aclimatar en Hungría el arte italiano, llamando a los artistas de este país (1).

En lo que concierne a los trabajos ejecutados por Matías en el palacio real de Buda, así como a la arquitectura exterior e interior del castillo por aquella época, los testimonios contemporáneos permiten afirmar, con certeza casi absoluta, que Matías empezó la transformación del «palacio antiguo»; que hizo adornar con triglifos la fachada no concluída del palacio de Segismundo, llamado el «palacio nuevo»; que la puerta y el patio interior estaban ornados de numerosas estatuas, y que el patio estaba rodeado de arcadas, como se ven en los palacios italianos de la época. De este patio se pasaba al piso, por una hermosa puerta de bronce, abierta en mármol y adornada de bajorrelieves que representaban los doce trabajos de Hércules. Como el dintel llevaba grabada una inscripción diti-rámbica de Bonfin, hay fundado motivo para suponer que esta entrada no se concluyó hasta la llegada de aquél en 1486. La doble rampa era de mármol rojo y adornada con candelabros de bronce; en el piso, un largo y ancho corredor con revesti-

(1) Notas de Nicolás Olah en Bel (*Notitiae*, etc.), pág. 236.

miento de mármol daba acceso a numerosas salas de diverso tamaño, cuyas puertas y ventanas tenían también marcos mármoreos; el piso era de mosaicos; el techo, abovedado o con artesonados esculpidos o dorados; en varias salas, una representación del firmamento servía de decoración al piso. La famosa biblioteca se componía de dos salas contiguas, con un salón de espera o vestíbulo común en forma de hemiciclo; tenía vidrieras pintadas y una magnífica vista sobre el Danubio (1).

Las dependencias del castillo real descendían por tres partes hasta el pie de la colina, y ocupaban incluso los terrenos adyacentes; las cocheras estaban a orillas del Danubio; en donde está actualmente el barrio de Buda, la Krisztinaváros, Matías había hecho edificar, a lo que parece, un palacio de verano, «aula marmórea», de estilo griego con columnas en canchales de mármol; el piso era de mosaico, y la puerta recordaba un arco de triunfo romano: de todas estas construcciones no quedaban ya restos en la segunda mitad del siglo xvii, como lo demuestran los grabados de la época. El Raczfurdo (Termas de los Rascianos) estaba unido al castillo por un pórtico (2), desde la iglesia de Nuestra Señora, dentro de la fortaleza, cuya torre se terminó en 1470, una escalera de piedra al descubierto llegaba hasta la playa del Danubio (3). Además de esta iglesia parroquial, en donde se celebró el matrimonio de Matías, y la capilla del palacio dedicada a San Juan el Limosnero, había en Buda otras tres iglesias a las que Beatriz iba a hacer sus devociones: una era la de los frailes dominicos, situada con el convento, en las inmediaciones de la iglesia de Nuestra Señora; todavía está en pie la torre; la segunda era la

(1) V. Csanki: *La corte del rey Matías* (hung. Szazadok, pág. 767 y siguientes). Federico Riedel: *Las grandes líneas de la literatura magiar* (en hung). Budapesti Szemle (*Revista de Budapest*) Noviembre, 1893.

(2) Eug. Müntz: *El Renacimiento en Oriente*, artículo publicado en la *Gazette des Beaux-Arts*, t. XIII, pág. 11.

(3) Galeotti, o. c., cap. XXXI.

iglesia de los franciscanos, consagrada a San Juan Evangelista, en el lugar ocupado hoy por el teatro del Castillo; la tercera era la iglesia de San Segismundo, construída por el rey Segismundo, en el lado Norte de la plaza de San Jorge, en donde Matías hizo inhumar a su primera mujer Catalina Podjetrad.

Hemos dicho que Beatriz había hecho edificar en el Antiguo Buda; poseemos a este respecto, no solamente el testimonio de Bonfin, sino que sabemos también que el arzobispo Hipólito de Este proporcionó para estas construcciones 42 barcadas de piedras de sus canteras de Sikkó y de Tardos, situadas en el comitado de Komaron (1). Estos trabajos tenían, sin duda, por objeto la terminación y la ornamentación del castillo de la reina, en el que Beatriz pasó más adelante algunas temporadas. Tal vez de este palacio proceda un fragmento arquitectónico que hay en el Museo Nacional, y que no lleva más que las armas de Aragón. Matías se sirvió también, en 1483, con autorización del Papa, de las columnas de la iglesia derrumbada de Feheregyhaza para la construcción de la hermosa iglesia del Antiguo Buda (2).

El palacio de verano, con columnata de mármol de la Krisztimavaros, estaba rodeado de un magnífico jardín, dibujado probablemente por artistas venidos de Italia. Céspedes llenos de violetas, paseos de árboles, viveros, grutas escondidas, laberintos que ofrecían a la vista placeres variados; había también vastas pajareras, y los reyes podían cenar, como en Nápoles, en medio de la Naturaleza grata, en los balcones o en comedores de cristales. Pero Matías tenía también un jardín cerca de Pest, en la orilla izquierda del río, y otro en Buda cerca de los depósitos de sal; en fin, las montañas próximas cubiertas de espesos bosques constituían un magnífico coto de caza (3).

(1) Barón Albert Nyary: *Los manuscritos de Hipólito de Módena* (Sazadok), 1874, pág. 3.

(2) Ransanus: *Epítome*, edic. Schwandtner, pág. 417-418. *Cartas del rey Matías*, II, pág. 253.

(3) V. Bonfin y Csaki, pasajes citados.

Entre los sitios de recreo que el rey poseía en los alrededores de Buda, había uno que aventajaba a todos los otros en belleza y esplendor: es el castillo de Visegrad, en alemán Plintemburgo, tal como Matías lo había transformado para su uso, sirviéndose de las construcciones hechas por sus antepasados y guiado, sin duda, por el gusto de Beatriz y el saber de los artistas italianos. Este castillo, construido a orilla del agua al pie de la fortaleza, estaba adosado a una colina frondosísima; los terrados y los jardines colgantes que se extendían a lo lejos daban vista al Danubio; el patio principal, plantado de hermosos tilos, estaba embalsamado por el perfume de las flores de los jardines, y adornado con una fuente monumental de mármol rojo, en donde el agua brotaba de las estatuas del Amor y de las Musas. Allí comían los reyes en verano oyendo el murmurio del agua; allí incluso recibían a las diputaciones. No solamente los historiadores cortesanos, sino los embajadores extranjeros, hablan, con la mayor admiración, de aquella residencia de verano, a la que Matías iba hasta en invierno. El obispo de Castellx, legado del Papa, fecha uno de sus despachos «en Visegrado, paradiso terrestris» (1); otro embajador la compara con el edificio más hermoso de París (2); en el siglo XVI, cuando estaba ya en ruinas, el arzobispo Nicolás Olah habla todavía de ella con admiración (3), y ya no se ven restos en los grabados del siglo XVIII.

Los embajadores elogian también el palacio de Matías en Pozsony (Presburgo), nombre por el que hay que entender probablemente el castillo actual, aunque el rey poseía también una vivienda en la ciudad (4). Como más adelante veremos, Matías mandó hacer numerosas construcciones en Viena, des-

(1) Stephanus Katona: *Historia critica Regum Hungariae stirpis mixtae*, Buda, 1793, IX, pág. 522.

(2) Bel: *Notitiae*, etc., pág. 11.

(3) Bel: *Notitiae*, etc., pág. 487 y sig.

(4) Ortway: *Historia de la ciudad de Pozsony* (en húngaro). T. II, primera parte, pág. 296 y sig.

pués de la toma de esta ciudad. Bonfin cita además como residencias reales Komasom y Tata, notable esta última por su lago de «siete mil pasos de vuelta», que toma las aguas de los valles destinadas a mover los molinos, y en donde se crían miles de carpas y de barbos, mientras que el parque que le rodea es teatro de las hazañas cigenéticas de la corte. Había también vastos palacios en Komarom; en el puerto de esta ciudad sobre el Danubio estacionaba la galera de honor, llamada el Bucentauro, a imitación de Venecia y de Ferrara (1). Esta nave, suntuosamente alhajada y dividida en departamentos, servía para los paseos de los reyes por el Danubio.

Entre las construcciones de iglesias de Matías, su cronista alaba sobre todo la basílica de Szekesfehervar (Alba Real), que el rey quería reconstruir sobre un nuevo plano, pero que dejó sin terminar. En Pozsony, el coro de la catedral es obra suya; también hizo edificar la torre Sur de la catedral de Kassa, no terminada, que lleva en dos sitios esculpidas las armas reales, y las «escaleras del rey» que conducen al oratorio real. Como Beatriz pasó varias temporadas en Kassa, es de suponer—aunque no tengamos la prueba escrita—que la reina no fue ajena a estas construcciones, aunque no sean de estilo italiano, sino ojival. Por orden de ella se construyó en 1488, en Selmezbanya, cerca del Ayuntamiento, la capilla de Santa Ana, a la que el municipio iba a oír misa; pero demolida esta iglesia en el siglo XVIII, solamente indica el lugar en que se alzaba una estatua de Santa Ana (2).

Matías y Beatriz no debieron de encontrar en el país arquitectos capaces de la ejecución de estos trabajos. El célebre arquitecto y escultor Juan Duknovié, que estuvo, esto no ofrece duda alguna, al servicio de Matías, era de Trau en Dalmacia,

(1) Había en Ferrara un «Bucintoro mezzano», y un «Bucintoro piccolo»; Archivos de Módena, Cam. Duc. Casa Administrativa, etc., páginas 139 y 140.

(2) Orden de Beatriz, de fecha 20 de Agosto de 1488, en los Archivos de la ciudad de Selmezbanya.

y, como tal, probablemente súbdito de Matías; pero se formó en Italia, y se sabe que antes de venir a nuestro país había trabajado allí con el nombre de Giovanni «Dalmata» (1). Cada vez hay más dudas sobre la existencia del otro «dálmata», llamado Jacobo de Trau, y es cada vez más probable que tal distinción sea un error. Entre los arquitectos italianos a quien Matías confió trabajos, citaremos, con arreglo a Giorgio Vasari, el eminente historiador del renacimiento de las artes en Italia, a Baccio y Francesco Cellini, los tíos de Benvenuto Cellini (2), y Chimenti di Lionardo Camisia; todos eran florentinos y, al mismo tiempo, ebanistas, oficio que los arquitectos de la época ejercían a veces concurrentemente con su arte, lo mismo que los escultores de entonces hacían de orfevres. Por desgracia, no sabemos nada de los trabajos que los encargaron.

El más famoso de los artistas italianos ocupados por Matías y Beatriz fue Benedetto da Majaux, que empezó su carrera como ebanista, la continuó como escultor, la terminó como arquitecto, y demostró en las tres cosas un gusto refinado y un superior talento. No sabemos cuándo y cuántas veces fué Benedetto a Hungría; pero el hecho de que el rey de Nápoles—probablemente por recomendación de Beatriz—le tomase en 1488 a su servicio con su tío Juliano y le confiase varios encargos importantes (3), nos autoriza a pensar que si los trabajos de ebanista que ejecutó en nuestro país datan de su juventud, estuvo también en relaciones con la corte de Hungría después de la llegada de Beatriz. Algunas de las esculturas que hizo en Italia recuerdan algo las figuras en relieve del

(1) V. la obra citada de Fabriczy.

(2) G. Vasari: *Vite dei più eccellenti pittori, scultori ed architetti*, 1771, II, pág. 294.

(3) Erasmo Percopo: *Nuovi documenti su gli scrittori e gli artisti dei tempi aragonesi*. Arch, Stor. Napol., año 1895, págs. 327 y 328. Fabriczy: *Der Triumphbogen Alfonso 's I, etc.* Jahrbuch der preus. Kunsts, 1899, página 28.

retablo de marfil, que fue propiedad de Matías y que ahora está en el Louvre. Las figuras que adornan el copón de mármol del altar mayor de la iglesia de San Domenico, en Siena, tienen un parecido saliente con algunas obras de arte encargadas por Matías, en particular la peana del crucifijo que sirve de relicario, llamado Calvario Corvino. No sabemos con exactitud los trabajos que Benedetto ejecutó en nuestro país; en general, parece que pesa una fatalidad sobre los monumentos de esa época; o nos encontramos en la imposibilidad casi absoluta de señalar una sola obra auténtica de los artistas que sabemos que estuvieron al servicio de la corte de Hungría, o no podemos dar los nombres de los maestros a quienes debemos los raros monumentos que nos quedan de la tal época.

Creemos que Benedetto trabajó en el palacio de Buda; tal vez hizo algunas estatuas, tal vez le debamos las esculturas de los montantes de las puertas, de los marcos de las ventanas en mármol, de que poseemos algunos fragmentos; el palacio del Gobierno en Florencia, ofrece bellas muestras de este género de trabajo, debidas al cincel de aquél artista; las fuentes, los altares y los tabernáculos destruidos de Buda y de Visegrad son tal vez igualmente suyos. Es todavía posible que sea Giovanni Dalmata el que fundió en bronce las otras estatuas del castillo de Buda de que habla Bonfin, tales como la estatua de Hércules, la Minerva, los dos guerreros guardianes de la puerta y, según algunos, las de Diana y Apolo; estas estatuas, o por lo menos algunas, fueron llevadas a Constantinopla, cuando la toma de Buda por los turcos y colocadas en el antiguo hipódromo, de donde desaparecieron en el transcurso mismo del siglox vi (1). Es lo cierto que Juan de Traun o Giovanni Dalmata, citado antes, y que ha dejado obras notables en Roma y Ancona, era el artista favorito de Matías, que le ocupó de una manera constante en Buda y en Visegrad, desde 1480 hasta el final de su reinado; le confirió la nobleza y le regaló una

(1) Fred. Rield., o. c. (*Budapesti Szemle*, Noviembre 1893.)

tierra, cuya propiedad era, a lo que parece, objeto de un litigio. Habiéndole arrebatado a la fuerza este dominio el prior de Aurana, tuvo que volver a buscar trabajo a Italia cuando murió Matías. Mientras tanto, los alumnos formados en su escuela continuaron trabajando en la Alta Hungría (1). Dalmata mantenía relaciones con su compatriota, de más edad que él, Francesco Laurana, y como hemos visto que este último había hecho de Beatriz varios retratos de soltera, es muy admisible que fuera a Hungría, que trabajara para la corte con Dalmata, y que fuese allí donde ejecutara los retratos de ulterior época (2).

Sabemos que Andrea del Verrocchio, el ilustre pintor y escultor florentino, envió a Matías, por mediación de Lorenzo de Médicis, dos figuras de bronce en relieve, representando la una a Alejandro el Magno, y la otra a Darío, ambos con casco y coraza. Vasari refiere que el maestro florentino mandó en 1488 a Buda un hombre de confianza para cobrar el dinero que el rey le debía (3). Es muy probable que sean también del Verrocchio (4) las dos figuras de mármol en relieve del Museo de Berlín, de las que la una representa a Matías bajo los rasgos idealizados de un joven héroe griego o romano, y la otra a Beatriz, muy poco favorecida y muy poco parecida, con facciones de niña. En cambio, no se conoce al autor del bajorrelieve de mármol blanco sobre fondo de jaspe que, con su pareja, el retrato de Matías, hecho de la misma materia, ha pasado de las colecciones del castillo de Ambras del Tirol al Museo de la corte de Viena. Estos retratos son indudablemente obra de uno o varios artistas italianos, pero no sabemos exactamente cuáles (5).

(1) Tubero: o. c., págs. 163 y 164. Fabriczy, pasaje citado.

(2) W. Rolfs: pasaje citado.

(3) Munta: Artículo de la *Gazette des Beaux-Arts*, pág. 108. Vasari, obra citada, II, pág. 463.

(4) Welh. Boda se las atribuye.

(5) W. Rolfs (o. c., pág. 335) atribuye el retrato de Beatriz a Giovan-

En todo caso, estos relieves debieron de ser ejecutados hacia el final del reinado de Matías—si no después de su muerte,—porque representan al rey de edad avanzada y a la reina con una gordura que no se ve sino en las miniaturas de los manuscritos posteriores a 1480; y como la medalla de Beatriz, grabada durante su viudez, es la que más se parece al retrato, nos inclinamos a dar la razón a los críticos de arte, en lo que concierne a la fecha atribuída a esta obra. Lo que choca todavía es que Matías—aunque vestido a la italiana—lleva un cuello muy abierto por delante, como no se ve en los retratos del Quattrocento, y como los italianos no empezaron a llevar hasta fines del siglo xv (1).

Hemos hablado de la medalla de Beatriz. El Renacimiento puso de moda en Italia la acuñación de medallas, y nuestras primeras medallas húngaras que representan a Matías y Beatriz no fueron hechas en Hungría, porque hasta 1508 no salieron de la Casa de la Moneda de Kormczbanya sino monedas de dinero. La medalla de Beatriz es probablemente obra de Christoforo Romano (2), y debió de grabarse en 1507, lo que se puede deducir del notable parecido que tiene con la que este artista hizo entonces de Isabel de Aragón, viuda de Galeazzo Sforza, y del hecho de que Beatriz se encontraba también en Nápoles por aquel tiempo. Si la medalla quedó por terminar, puesto que carece de reverso, hay que atribuirlo a la muerte de la reina, ocurrida, como se sabe, en 1508 (3).

ni Dalmata, opinión compartida por Ad. Venturí (*L'Arte*, 1907; fasc. IV), así como Fabriczy, que afirma resueltamente que estos retratos de Beatriz y de Matías son de diversos artistas, y que el de Matías fue ejecutado en una época posterior para hacer juego al otro. También este es el parecer de Cornelio Divald (o. c., pág. 147).

(1) Ivan Lermolieff: *Kunsthist. Stud. üb, étal, Malerei: Die Gallerie zu Berlin*. Leipzig, 1893, pág. 217.

(2) Esta es la opinión formal de Fabriczy.

(3) Véase el artículo de José Hampel en el *Boletín de Arqueología* (Arch. Ertesitó), año 1886, pág. 225 y sigs., y el de Edmundo Gohl, *ibid*, página 428. Hay dos ejemplares de valor diferente en el Museo Nacional Húngaro.

Las miniaturas de los manuscritos de la Corvina, hechas en Italia, son todo lo que subsiste hoy de las relaciones que Matías y Beatriz mantuvieron con los pintores italianos contemporáneos. Sin embargo, sabemos que el duque de Milán prometió a Matías una madona de Leonardo; pero el cuadro no estaba terminado a la muerte de Matías; sabemos que Filippo Lippi y Berto Linaiulo (1), a quien después se ha identificado con el misterioso Amico di Sandro Botticelli, recibieron encargos de Matías; que el pintor Florentino Visino (2) y, según toda verosimilitud, el ferrarense Ercole Roberti—este último quizá acompañando a Hipólito de Este,—pasaron temporadas en Hungría (3). Puede que sea Roberti el que pintó los retratos de Alfonso e Hipólito de Este, que el duque de Ferrara envió como regalo a Matías y Beatriz (4).

Durante su segundo matrimonio, la bibliomanía de Matías alcanzó su punto culminante. El rey no se interesaba en los productos aún muy primitivos de la imprenta que acababa de ser inventada; no tenía gusto sino por los manuscritos en pergamino, ornados de pinturas artísticas y ricamente encuadernados, de los que era el mayor aficionado y el mayor coleccionador de Europa; de suerte que el célebre miniaturista florentino Attavante (5) hubo de trabajar durante los últimos años de Matías casi exclusivamente para el rey y para Beatriz,

(1) Vasari, o. c., II, pág. 294.

(2) Vasari, III, pág. 125.

(3) Adolfo Venturi: *Los cuadros italianos de la Galería de Budapest*, *Boletín de Arqueología* (Arch. Est.), fasc. de Noviembre, 1900.

(4) Informe del embajador Ces. Valentini: *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 150.

(5) Parece que Attavante fue a Hungría en tiempos de Beatriz; tenemos por lo menos la prueba de que un burgués de Florencia de aquel nombre estuvo para asuntos en Hungría. Despacho del embajador Dom. Giugni de 8 de Agosto de 1477. (Archivos de Estado de Florencia), y carta de la Señoría de Florencia a Matías, fechada el 19 de Julio de 1480. (Ibid. Signori, *Cart. Miss.*, leg. 46, cap. 91.)

la cual le hacía de vez en cuando encargos particulares, y le pagó una vez 318 ducados. Se pueden calcular en 30.000 florines de oro las sumas empleadas anualmente por la corte de Hungría en copias de libros y en su ornamentación artística (1).

Entre los manuscritos de la Corvina que se refieren a Beatriz, hemos ya citado el primero por orden cronológico, el manuscrito de Parma que contiene la traducción latina del Memorial de Diómedes Carafa. Los otros de que tenemos conocimiento son todos ellos de 1480 a 1490.

El misal de la Corvina conservado en la Biblioteca Real de Bruselas es indudablemente obra de Attavante, y fecha de 1485-87; es tal vez, desde el punto de vista de la belleza de las iluminaciones, el más notable de todos los Corvina. El retrato de Beatriz se encuentra dos veces: uno en medallón en el borde, en forma de pilastra, de una viñeta; el otro, entre los adornos de un pie de página, parece haber sido copiado de una moneda de oro, y ofrece más parecido que el anterior con los otros retratos de la reina (2).

El manuscrito *Didimus*, antaño en el colegio romano, ahora en lugar desconocido, se hizo en Florencia en 1488; no es obra de Attavante, sino probablemente de Francesco del Chiérico. Las miniaturas son notables desde el punto de vista artístico; en la segunda página se ve a Matías y Beatriz, arrodillados frente a frente, entre dos pilares ricamente adornados a estilo del Renacimiento. Beatriz lleva un largo ropaje azul claro; tiene las manos puestas para orar, el pelo en cren-

(1) M. Bel: *Notitiae*, etc., pág. 205. Miguel Horvath: *Almanaque hist.* (Tort Zsebk), pág. 68. Csanki: *La corte del rey Matías* (Szazadok, 1883), página 567.

(2) Véase a este propósito el estudio de Juan Csontosri: «Los retratos de Matías y de Beatriz en los manuscritos de la Corvina» (en húng.). Tirada aparte del Arch. Est. 1888, pág. 7 y siguientes.

chas, en la cabeza una corona abierta y ante ella una rosa. Su rostro se parece a la figura en relieve de Ambras (1).

Ya hemos citado la traducción de Agatías por Christóforo Persona, dedicada a Beatriz, y que se encuentra en la Biblioteca de la corte de Viena. El libro lleva en frontispicio un busto de Beatriz coronado de laurel.

Citemos todavía de las obras de Attavante el precioso breviario de la Corvina, que no pudo terminarse en vida de Matías y que se encuentra en la Biblioteca del Vaticano. Una de las 1.200 páginas, ricamente ornadas de dibujos, representa al apóstol San Pablo en actitud de predicar; el último término es probablemente la ciudad de Roma. Al frente de los oyentes arrodillados ante el Apóstol, se ve a Matías sentado en un trono con un adolescente, figurando un genio a su derecha. A su izquierda se ve a Beatriz de rodillas, con las manos juntas, la corona puesta en el trono que está detrás. Sus facciones ofrecen poco parecido con las de los retratos en relieve y de la medalla; pero las formas del cuerpo concuerdan con los retratos que datan de una época posterior.

Al mismo artista es debido el manuscrito Hieronginus, antes en Viena, ahora en el Museo Nacional, que contiene el retrato de perfil de la reina, en forma de medallón.

La biblioteca ducal de Wolfenbüttel posee también dos manuscritos procedentes de la Corvina con retratos de Beatriz, intercalados igualmente en forma de medallón en los adornos marginales.

El manuscrito de la Biblioteca de la corte de Viena, que

(1) A pesar de todos mis esfuerzos, no he podido descubrir el lugar en donde se encuentra actualmente este manuscrito, cuyo título completo es: *Didini Alexandrini de Spiritu Sancto et Grilli Alexandrini Opera*; sus propietarios debieron esconderle cuando la laicización del Colegio romano, y no se ha vuelto a encontrar. La descripción hecha por Floris Romer y el *Album de los Corvina*, de Roma, publicado bajo los auspicios del episcopado húngaro, son los que nos proporcionan los datos más circunstanciados respecto a este manuscrito.

contiene el *Symposion Trimeron*, de Bonfin, varias veces mencionado, lleva no solamente las armas y los emblemas reales de Beatriz, sino su retrato en miniatura puesto en una inicial; el libro es probablemente el manuscrito original de Bonfin; pero las iluminaciones son muy primitivas, y no deben de estar hechas en Italia. En cambio, reconócese la mano de un artista en las miniaturas del manuscrito de la Biblioteca de la corte de Viena, titulado *Joannes Regiomontanus in Ptolomaeum*, el cual, a juzgar por las armas combinadas de los Corvino y de los Aragón, debió de pertenecer a Beatriz; sin embargo, las figuras simbólicas de mujeres no pueden considerarse como retratos de la reina.

Puede también justificadamente considerarse como perteneciente a Beatriz el libro de Horas, de la Biblioteca de los Benedictinos de Molk, que lleva en frontispicio, en un marco bellísimo, las armas de Aragón sin corona; este libro contiene salmos y las principales oraciones del culto de la Virgen; su texto indica que fue escrito para una mujer (1).

El manuscrito Rausanus, del Museo Nacional húngaro, con los retratos de Matías y Beatriz y una dedicatoria al rey, había sido destinado primeramente a los reyes por su autor, el obispo Pietro Ranzano, del que ya hemos hablado. En esto, muertos Matías y Ranzano, uno de los parientes del autor lo dedicó a Tomás Bakocz, arzobispo de Esztergom, y sustituyó en el frontispicio las armas de Matías por las del Jagellon Ulaszló II, y las de Beatriz por las de Bakocz. La imagen que se ve en la parte superior del frontispicio, y que representa la recepción de Ranzano, es, en todo caso, del tiempo de Matías, tiene poco valor artístico, porque es, probablemente, de origen napolitano; pero es interesante desde el punto de vista histórico. Beatriz está sentada en un trono, al lado del rey, al que parece suplicar con la mirada, como si uniera su ruego al

(1) V. el art. de Csontos: *El libro de horas de Beatriz* (en húng.), 1883, Magyar Könyvsszemle, pág. 377.

del embajador, lo que concuerda con la verdad histórica; porque se sabe que Fernando envió Ranzano a Matías para ganarle a los intereses de Beatriz en la cuestión de la sucesión al trono.

En fin, mencionaremos una vez más el libro de Philippus Bergomensis, dedicado a Beatriz, aunque no sea un Corvina, y la dedicatoria se hiciera después de la muerte de Matías. El grabado en madera del frontispicio representa al autor en hábito de dominico, tendiendo su obra a Beatriz, que está sentada en un trono.

Mientras que las artes plásticas de la arquitectura, de la escultura y de la pintura no eran cultivadas por nuestros compatriotas, no ocurría lo mismo con las artes industriales, bastante florecientes en Hungría, aunque los que las cultivaban fueran probablemente, en su mayoría, de origen extranjero. Por lo demás, los reglamentos de corporaciones dictados por Matías contribuyeron también al impulso de todos los géneros de industria (1).

La técnica del esmaltado de las joyas sobre todo, estaba muy adelantada. La Transilvania y las poblaciones mineras se distinguían particularmente en este terreno del arte. Hemos visto que Matías y Beatriz mandaron a Nápoles obras maestras de platería; según Bonfin, Matías regaló a Juan de Aragón un cáliz de oro y seis vasos de plata; a Francisco, una carroza laminada de plata, unas guarniciones de caballo de oro y una corona de laurel, probablemente también de metal precioso (2); Beatriz encargó a Kormoczbanya (3) una cruz pectoral para su sobrino Hipólito de Este; al llegar a Hungría y pasar por dicha población, la reina pudo apreciar la habilidad de sus joyeros. Después de su instalación, el joven arzobispo no encargó objetos de plata a Italia, sino a Buda, a Kormocz,

(1) Miguel Horvath: *Hist. de Hung.* (Magy. Tort), t. III, pág. 231.

(2) *Symp. Trim.*, pág. 236.

(3) Carta del embajador de 3 de Febrero de 1487. *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 256.

a Nagybanya; el inventario de los objetos de arte del arzobispado indica varios como de origen transilvaniano. Unas copas de bronce fueron fundidas para el intendente de Beatriz por un obrero de Korpona.

Al mismo tiempo que la industria del fundidor y del alfarero, la ebanistería, la escultura en madera, la cerrajería artística y hasta el bordado florecían en el país, como lo revelan objetos destinados al culto y que acusan ya la influencia naciente del Renacimiento italiano (1). Como monumento de la escultura en madera, que es indiscutiblemente de origen húngaro y en relación directa con la persona de Beatriz, mencionaremos la predela del altar *vir dolorum*, de la iglesia de Santiago de Locse, que es de estilo ojival, y muestra las armas de Matías y Beatriz ajustadas en motivos de ornamentación gótica ricamente esculpidas (2). También estas armas adornaban el altar mayor de la catedral de Pozsony, el cual fue construido precisamente en aquel tiempo, pero que fue trasladado en el transcurso del siglo XVIII y ha concluido por desmoronarse (3).

Pero el gusto del lujo y de lo bello, al desarrollarse cada vez más bajo la influencia del Renacimiento, al propagarse entre el pueblo, fomentó la importación de los artículos fabricados y el establecimiento de artífices extranjeros. Si, según Bonfin, los antiguos húngaros no gustaban del lujo y la pompa sino en sus trajes, en sus armas y en los arreos de sus caballos, la situación hubo de cambiar en tiempo de Matías, como lo revelan el valor y la magnificencia de los regalos que

(1) V. el artículo de Eugenio Radisics, t. II, pág. 328, en *Los monumentos históricos de Hungría* (Magyarorsz. tört. emlékei), obra publicada para la Exposición Nacional de 1900 (en húngaro).

(2) Cornelio Divald: *Monumentos de artes del Condado de Szepes* (en húngaro), II, pág. 62.

(3) Ch. Rimely: *Capitulum insign. Eccl. Colleg. Posoniensis, etc. Pozsony*, 1880, pág. 157.

Beatriz y Matías hacían a los enemigos cuyo favor querían granjearse, y a los amigos que querían conservar.

De Italia hacían venir la mayor parte de los artículos de lujo que Hungría no fabricaba, y Beatriz enviaba a buscarlos a sus agentes hasta a los lugares más alejados. Así se procuraba sedas, terciopelo, paños y otras telas, tapices, alfombras, muebles y vajillas de lujo, armas de valor, joyas (1). Las copas de cristal de Somogyvar y de Bartfa prueban que los productos artísticos de la manufactura de Muraw penetraban hasta Hungría; gustaban en la corte esos trabajos de cristal, todavía raros en el país (2), así como los productos de la cerámica italiana, de colores tan vivos y fabricados en Ancona, en Urbieux y en la Romaña. Un día el embajador de Ferrara recuerda a su amo que no olvide los cristales y la loza entre los regalos que piensa hacer al rey y a la reina con motivo de la elevación de su hijo al arzobispado, porque estos objetos, dice, agradan más a sus majestades que si fuesen de plata (3). En 1480. Matías había hecho ya un encargo de vajilla a Faenza; tal vez en esta ocasión se cocieron los platos con las armas de Corvino y de Aragón, de los que el uno se encuentra ahora en el Museo Kensington, en Londres, y el otro en la Colección Gaillard, en París (4).

El mismo embajador de Ferrara escribe que la reina, después de comunicarle una noticia que debió agradar a la corte ducal, pidió bromeando una recompensa en forma de tenedores y cuchillos dorados de Módena, de los que tenía gran deseo; el embajador añade que Hipólito haría bien en traer de regalo al rey armas plateadas, lanzas, dagas, yataganes (5).

(1) Csanki, o. c.

(2) Barón Alberto Nyary: «El manuscrito de Hipólito en Módena» (en húngaro). *Szazadok*, año 1872, pág. 355.

(3) *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.) III, págs. 151 y 171.

(4) *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 189.

(5) *Mon. Hist. Hung.* (Dipl. Eml.), III, pág. 199.

Solamente el mobiliario del palacio real proporcionaba la ocasión de encargarse todo lo más delicado que podía producir el arte industrial, y ocupar a artistas extranjeros, sobre todo italianos. Los cronistas contemporáneos y las cartas de los embajadores hablan del gusto artístico que revelaban los artesanos de las salas, las chimeneas, los muebles, los juguetes, y el legado del Papa se asombraba un día de la cantidad de vajilla de oro y plata, de perlas, de pedrerías, de trajes bordados y de tapices que constituían el tesoro del rey (1).

De todos estos tesoros de arte que rodeaban a Matías y Beatriz en sus palacios, se han conservado muy pocos; pero lo que se conoce hoy fue probablemente hecho en la patria de Beatriz. Consérvase, en el rico tesoro de la catedral de Ezstergom, el crucifijo que servía de relicario, de oro macizo e incrustado de piedras preciosas, llamado el «Calvario Corvino», que ha suscitado toda una literatura sin que los críticos de arte hayan podido ponerse de acuerdo sobre la procedencia de este objeto. Parece, sin embargo, fuera de duda que esta obra, de un valor inapreciable, está compuesta de dos piezas de origen diferente, y que la parte inferior fue ejecutada en el siglo xv en Italia, probablemente en Florencia (2). Varios historiadores de arte atribuyen igualmente al reinado de Matías el retablo pequeño de marfil, obra de un artista italiano, y que se encuentra actualmente en el Louvre (3).

Hay, en fin, la tapicería en brocado de oro y de seda, procedente del palacio de Matías, de la que una parte es propiedad de los condes de Erdody, y la otra ha servido para hacer una

(1) Carta del obispo de Castello, citada ya.

(2) Véase a este propósito Muntz: *Historia de la A. del Renacimiento*, tomo II, págs. 822 y 823. Francisco Pulszky: *Arqueología de Hungría*, (en húngaro), t. II, pág. 246. Emerico Szalay: *Dos obras maestras de la orfebrería*, de los siglos xiv y xv (en húngaro), 1893.

(3) Muntz: *Historia*, II, págs. 817 y 818. Art. publicado en la revista *Kunst u. Kunsthandwerk*, año 1898, páginas 381 y 382.

casulla, conservada en la capilla del castillo de Buda. Algunos la atribuyen a artistas lombardos, otros a florentinos (1).

Los gustos de los reyes se extendían igualmente a las antigüedades, a la música y al arte dramático. En los últimos años de la vida de Matías, Beatriz escribió, en nombre de aquél, a sus parientes de Florencia para la compra de la colección de medallas y camafeos del difunto cardenal Gonzaga (2), pero sus gestiones no dieron resultado. La música constituía también—como se verá más adelante—el objeto de una correspondencia activa con sus parientes de Italia.

Mientras que en los espectáculos que gustaban a Beatriz, los actores que hacía venir de Italia no tenían rivales en los misterios dialogados e intercalados de cantos, así como en las piezas cómicas, en la música, a lo que parece, no llegaron nunca a superar por completo a los representantes del arte nacional. Matías mismo gustaba de la música y tenía en mucho la fama de su orquesta. Los órganos de sus iglesias eran reconocidos como excelentes; procedían probablemente de Italia, aunque Matías hiciera también que hubiera húngaros y que aprendiesen el oficio de constructores de órganos (3).

Cuando las fiestas de la boda de Beatriz, lo bueno de la orquesta y de los coros de iglesia había llamado ya la atención de los extranjeros. Sin embargo, de la estancia de Beatriz en Hungría son los datos más completos sobre las distracciones musicales de la corte; nos enteran también de que la música constituía objeto de relaciones seguidas con Italia.

La pasión de Beatriz por la música era, de una parte, un

(1) Véase el artículo de S. Luboczy en el *Acheol. Ertesitó*, año VII, página 404; de Eugenio Radisics, en *Los monumentos históricos de Hungría*, tomo II, págs. 204-207.

(2) *Mon. Hist. Hung.* (D. E.), III, págs. 386, 397 y 439.

(3) Jul. Cartwright (o. c.), menciona un órgano que el rey hizo construir en Pavia. Según Renmont (*Lor. Medici*, II, pág. 452), un sacerdote húngaro, llamado Esteban, fué a Florencia con una recomendación de Matías para aprender la construcción de órganos.

rasgo de familia, y de otra, concordaba con la idea que se tenía en el mundo del Renacimiento de que las mujeres son más sensibles que los hombres a los encantos de este arte (1). Es de presumir que Beatriz no despreciaba la música nacional húngara, porque tenía en su posesión de Csepel unos músicos tzí-ganos, tocadores de laúd, a los que protegía (2), y así los más antiguos datos que poseemos sobre la existencia de la música tzígana, los tenemos gracias a una reina de Hungría de origen italiano.

En la corte de Matías, los mejores músicos eran suntuosamente tratados; recibían valiosos regalos y eran muy estimados. Lo mismo ocurría con los artistas de paso. Beatriz es la encargada de la correspondencia concerniente a los músicos que traen del extranjero, y sobre todo, de Italia; tenía ella además su orquesta particular, en la que gastaba grandes cantidades; tenía, en 1483, un coro de trece personas a su servicio; éste es, por lo menos, el número de cantores que le mandaron de Pozsony (Presburgo) a Hainburgo, adonde hizo llevar también un órgano portátil (3). Durante la guerra de Austria, llevaba a los campamentos tocadores de mandolina, y mandó de Viena al arzobispo Hipólito un maestro para enseñar el canto a los niños de las escuelas (4). Sabemos que tenía en 1490 un cantor llamado Gyorgy (Jorge) (5); es probable que por aquel tiempo su director de orquesta fuera el mismo Juan Tinctor, que estuvo al servicio de su padre en Nápoles, y la dedicó una de sus obras cuando era todavía niña; un juego de palabras de

(1) Castiglione: *Corteg.* II, pág. 122.

(2) Léase en las cuentas de fin de año de Hipólito: «Datto á zingani qualli sonono di lauto a lisola dila Maesta di Madama, duc. I.» Obra del barón Nyary, publicada en húngaro en los *Századok*, año 1874, pág. 81.

(3) Archivos de la ciudad de Pozsony, Kammerrechnungen, 1483.

(4) Csanki, o. c., pág. 570 y siguientes. Barón Nyary, t. cit., pág. 79 y siguientes. *Mon. Hung.* (Dipl. Eml.) III, pág. 389.

(5) Hatvani: *Croquis* (Rajzok), etc., pág. 68.

una carta permite por lo menos inferir que tal era el nombre del músico (1).

En correspondencia con su hermana Leonor en 1486, Beatriz habla de un cantor francés llamado Mechino (2); en otra ocasión quisiera contratar al músico italiano Todisco Simone. llo por mediación de su hermana (3). Por la misma época, el embajador de Ferrara en Hungría, escribía al marido de Leonor, que daría un gran placer a la reina mandándole el excelente violinista Peter (Pedro) con su orquesta (4); es probable que este Pedro fuese a la corte y hasta que permaneciese en ella mucho tiempo, puesto que dos años después habla ella, en una carta, de su protección al músico Pedro, que la sigue a todas partes y se porta muy bien (5). También el embajador de Ferrara refiere que la corte ha enviado una diputación al puerto de Zengg para recibir a un músico italiano llamado Sandrachino con sus compañeros, y llevarlos, a título de arras, ricos regalos, y, en particular, magníficos trajes (6). Al año siguiente, Beatriz ruega a su hermana que le envíe cantores para su capilla (7); ignoramos si fueron, pero Leonor anuncia en una de sus cartas que ciertos cantores de Florencia han prometido aceptar la invitación de la reina (8). Más adelante, mestre Pablo, el organista del duque Segismundo de Austria, es invita-

(1) Pedro Varadi, arzobispo de Kalocsa, dice en una de sus cartas, dirigidas en 1493 a Beatriz y relativa a un agente llamado Galerius, que, a lo que parece, le había prometido la púrpura en nombre de la reina:... «non latuit nos, a principio ejus coloris isthic habere, uti auguratur suis Majestas v. ubi etiam musicorum princeps tinctorum nomine appellatur, licet is inter caeteras artes suas,... ad hac unicum tingendi galeri scientiam nondum pervenerit, etc. (Wagner, *Epistolæ Petri de Warda*, pág. 48).

(2) *Mon. Hung.* (Dipl. Eml.) III, pág. 61.

(3) *Ibid*, pág. 207.

(4) *Ibid* (Dipl. Eml.), pág. 149.

(5) *Ibid* (Dipl. Eml.), III, pág. 410.

(6) *Ibid* (Dipl. Eml.), pág. 150.

(7) *Ibid*, pág. 288.

(8) *Ibid*, pág. 398.

do reiteradamente por Beatriz para reemplazar a su organista italiano que acababa de morir, y como la corte de Hungría está en malas relaciones con el duque, la reina pide a su cuñado Hércules que interceda; pero es en vano, pues el deseado artista pasó al servicio del rey de Roma, Maximiliano (1). Parece que éste conocía también la afición de la reina a la música, porque le envió un encargo con uno de sus músicos llamado Jacobo Barbiria, del que la reina hizo el mayor elogio en la carta que el mensajero llevó a su señor (2).

Si se puede demostrar principalmente en la música la acción personal de la reina, no es menos cierto que fue de una manera general el alma de todo el movimiento artístico nacido, por poco tiempo, bajo la influencia del Renacimiento italiano, en la corte y bajo el reinado de Matías.

LIBRO CUARTO

Antagonismo latente.

I

Rendida Viena, Matías hizo su entrada solemne el 1.º de Junio de 1485, la víspera del Corpus, en las primeras horas de la tarde. En el puente de piedra conducente a la «Stubenthor», el rey tomó las llaves de la ciudad de manos del burgomaestro Esteban Een, que salió a su encuentro a la cabeza del Consejo. Matías montaba un caballo cubierto de una gualdrapa bordada de oro; a sus lados iban Esteban Zapolyai y el príncipe Lorenzo Ujlarki; iba precedido de banderas y seguido de los grandes del país, de un ejército de 8.000 hombres por lo

(1) *Mon. Hung.* (Dipl. Eml.) IV, págs. 89 y 105.

(2) Carta de Beatriz al rey Maximiliano, fechada en Buda el 8 de Enero de 1490; se conserva en los Archivos de Estado de la corte imperial y real de Viena (Maximiliano, 1490).

menos, y de un gran número de vehículos cargados de víveres. Los profesores y los alumnos de la Universidad acudieron en corporación, revestidos de su traje oficial (1), y sin haber sido invitados por el Consejo, formaban con el clero, y una multitud inmensa al paso del rey, al que saludaban respetuosamente. Ni el viento que levantaba torbellinos de polvo, ni una sacudida sísmica que se sintió en el momento de entrar el rey, pudieron dispersar a la muchedumbre, que admiraba la pompa del cortejo y lanzaba gritos de alegría a la vista de las provisiones. El «partido húngaro», que, desde los comienzos del sitio, había pedido que se rindiese la ciudad, estaba lleno de alegría, y los mismos que se habían mostrado indecisos hasta entonces, se mostraban contentos. El rey fué directamente a la catedral de San Esteban para el *Te Deum* y, habiendo ordenado que se pusieran inmediatamente sus armas en la iglesia, marchó a tomar posesión del palacio de los Habsburgo (2).

Beatriz estaba a la sazón en Pozsony (Presburgo), adonde Matías la envió a buscar por uno de sus capitanes, llamado Artandi, y cuando llegó ella el domingo 5 de Junio, con numeroso séquito, el rey salió a su encuentro; fue recibida en el mismo lugar con la misma pompa que él, y de allí se dirigió procesionalmente a la catedral, a pesar de una furiosa tempestad. La Universidad había pedido por mediación de mestre Martín, párroco de Buda, que era a su vez doctor en Medicina, permiso para presentar sus homenajes al rey, y a la reina. El célebre doctor en Teología, mestre Nicolás de Krenzuach, pronunció en el coro un discurso de bienvenida al rey encomendando la Universidad a su benevolencia. Matías contestó en excelente latín, prometiéndole no solamente respetar los derechos y franquicias de la Universidad, sino ampliarlos, a fin de devolverle su antiguo esplendor. La reina escuchó atentamen-

(1) «In habilibus suis procesionatim»; Archivos de la Biblioteca de la Universidad de Viena. Acta fac. Theol., vol. II, fol. 1.066.

(2) Bonfin: *Dec.* IV, lib. VI, pág. 455. Schober, o. c., pág. 186.

te los discursos, demostrando en varias ocasiones con una sonrisa afable que estaba de acuerdo con los oradores. Al día siguiente, las autoridades de la ciudad prestaron a Matías el juramento de fidelidad; la Universidad fue tácitamente dispensada de hacerlo; pero precisamente esta resistencia a prestar juramento obligó más tarde al rey a tomar contra ella severas medidas (1). En Nápoles, la toma de Viena se festejó también con un *Te Deum*, al que asistieron el padre y la madre de Beatriz con toda su corte (2).

La toma de Viena no era solamente una victoria para Matías y una humillación para el emperador, su más intratable enemigo; era también un grandísimo éxito para su política imperialista en Occidente. Quiso demostrar que no consideraba la ciudad como una presa que las alternativas de la guerra podían arrebatarse; por esto se instaló en ella como soberano; hizo dar el título de duque de Austria, tomó las riendas de la administración; dió a húngaros beneficios y dominios en Austria, y en fin, nombró para la sede episcopal de Viena a su tesorero Urbano Doczi de Nagylucse, obispo de Győr y protegido de Beatriz. Las grandes construcciones que Matías emprendió en Viena y, más adelante, en Wiener-Neustadt (3), demuestran que su mira era la conquista definitiva del país. Bonfin dice que el castillo real estaba rodeado de jardines, formando terrados con fuentes de mármol, pajareras, galerías cubiertas para abrigar a los paseantes; que en el interior había elegantes chimeneas y que se habían acondicionado suntuosos cuartos de baño (4). Pero, según los historiadores austriacos, no fue en el antiguo casti-

(1) Archivos de la biblioteca de la Universidad de Viena, fac. art. loc. cit. Hormayr, o. c., pág. 55. José Ritter v. Aschbach: *Geschichte Wiener Universitat*. Wien, 1877, II, págs. 10-13.

(2) Relación de Batt. Bendecci, embajador de Nápoles del 18 de Agosto de 1485, en los Archivos de Estado de Módena. (Canc. Duc. Cart. d'Amb. Est. Nap. B.^a 4.)

(3) Schober: o. c., pág. 278.

(4) *Hist. Dec.*, IV, lib. VIII, pág. 461.

llo, que no quería habitar, en donde Matías hizo estas innovaciones; hizo construir un nuevo palacio en el lugar de una manzana de casas compradas a este efecto a Hans Walter, secretario del emperador; el terreno daba a tres calles y ocupaba el lado de la Karntnerstrasse que da frente a la entrada de la Weihburggasse. Más adelante, un propietario de la casa de Matías hizo pintar escenas de caza en las paredes; de aquí el nombre de «Hasenhans», que los vieneses la daban (1). En fin, cualquiera que sea el lugar de las construcciones emprendidas por Matías en Viena, las descripciones que de ellas hace Bonfin no permiten dudar de que eran del estilo de las regias moradas de Italia, bien conocido de Beatriz.

Aun cuando la guerra y los cuidados del Gobierno no permitiesen a Matías largas estancias en Viena, Beatriz podía gozar sin reservas de su nueva capital; en ella o en los alrededores pasó los últimos años de su matrimonio, y mantenía relaciones impregnadas de cierta cordialidad con las autoridades municipales (2). Tal vez sentía ya la creciente antipatía de que era objeto en Hungría, mientras que los vieneses no veían con peores ojos a una reina italiana que a un rey húngaro. Los signos exteriores de una civilización ya antigua, los monumentos artísticos y la ruidosa alegría que la rodeaba, debían recordarle un poco su patria, y luego Viena era ya por aquella época «la más rica, la más poblada, la más hermosa de las ciudades situadas a orillas del Danubio». Eneas Silvio, que la vió a mediados del siglo, hace de ella un cuadro lleno de vida y de color (3).

La embriaguez del triunfo; el rumor de las armas, más lejano, pero siempre incesante; las impresiones que recibía en

(1) Hormayr: o. c., III, pág. 60. Schober: o. c., pág. 261.

(2) Véase dr. Kar. Uhlirz: *Quellen zur Geschichte der Stadt Wien* (II Abth. B. de J. Wien, 1904, págs. 343, 356, 357, 364, 365, 405).

(3) Aenae Silvii episcopi Senensis, etc.: *Historia rerum Frederici III. Imp* escrita en 1458. V. la Introducción en las *Analecta Mon, Vindobonensia* de Adam Koltar (1762, t. II, pág. 7-14.)

aquel nuevo ambiente, no pudieron, sin embargo, hacer olvidar a Beatriz la pena, cada vez más amarga, a medida que pasaban los años, que la causaba el sentimiento de su esterilidad.

Cuando dejó su país natal para ir a Hungría, sus parientes, el rey, la corte, la nación que la saludaron con tanto júbilo a su llegada, todo parecía prometerle que no sería solamente una poderosa reina, sino la augusta fundadora de una dinastía (1). Esto parecía tanto más cierto cuanto que era joven y bien constituída, y que no se ignoraba que Matías había tenido un hijo natural durante su viudez. Sin embargo, habían pasado los años y, al cabo de nueve de matrimonio, no se había presentado el acontecimiento esperado con tanta impaciencia (2). No había, sin embargo, renunciado todavía a la esperanza de ser madre y, en el otoño de 1468, escribía a su hermana Leonor que esperaba verla en Zengg, con su hijo Hipólito, que debía venir a Hungría, y que no renunciaría a este viaje sino en el caso de quedar mientras tanto embarazada (3). En Enero de 1487 da gracias a su hermana por el interés que le demuestra a este propósito, añadiendo que «sin descuidar nada de lo que puede contribuir a la realización de su deseo, se sometía a la voluntad de Dios» (4). Mientras tanto, ni el inalterable amor que le demostraba su marido, ni las adulaciones de los cortesanos podrían ocultarle el sentimiento de decepción que debía de leer en todos los ojos, y que hallaba

(1) Deseo que Bonfin pone en boca de la misma Beatriz en el diálogo que le atribuye con Matías en su *Sym-Trimeron*, pág. 397. Véanse también las págs. 252, 253 y 382.

(2) Se tiene una sola prueba escrita de que Beatriz, durante su matrimonio con Matías, tuvo un embarazo, del que abortó («ex-Rege Mathia concepisse et abortum fecisse»); escribe por haberlo oído decir Orsini, obispo de Teano, en su informe del 11 de Agosto de 1494, sobre el proceso de divorcio de Ulaszló. (Manuscritos de la Biblioteca de San Marcos, de Venecia. Sat. X. 178. Doc. 77.)

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 206.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 234 y 235. Archivos de Estado de Módena. Canc. Duc. Cart. de Plinc. Est. Ungheria B.^a 2, 4 Enero 1487.

en su propio corazón el más doloroso eco. No debía de ignorar tampoco que su pena era compartida por todos los que querían a su esposo, mientras que la ruina de sus esperanzas era saludada con maligna alegría por los peores enemigos de la casa real de Hungría. Sabíase, en particular, que el emperador de Alemania reclamaba, en virtud de tratados, la corona de Hungría para su hijo Maximiliano, en el caso de que Matías muriese sin dejar heredero varón, y corría toda suerte de leyendas respecto a las drogas mediante las cuales, los médicos sobornados por el oro del emperador, habrían provocado la esterilidad de Beatriz (1).

A Matías le había costado mucha pena hacerse a la idea de ver desvanecerse su esperanza común; pero como quería asegurar la suerte de su dinastía y de su reino, pensaba designar para sucederle al hijo que tuvo de una unión ilegítima.

La descendencia materna de Juan Corvino, nacido en 1473, y que tenía, por consiguiente, tres años al llegar Beatriz y doce cuando la toma de Viena, está envuelta en un profundo misterio. Crónicas posteriores dicen que su madre era una mujer de Breslau; pero su nombre, Bárbara, no se encuentra sino en un despacho de embajador escrito después de la muerte de Matías (2). Esta mujer, aunque viviendo sin duda al lado de su hijo, y, por consiguiente, cerca de Matías, supo tan bien permanecer en la sombra que los cronistas de la época, ni aun los embajadores, a menudo tan pródigos de cuentos, se ocuparon de ella, y no poseemos ningún documento de dotación regia en

(1) Rumores registrados por Teleki, según Palma (?) Tessler (ob. citada, V, pág. 5); L. Szalay (o. c., III, pág. 283), y Federico Pesty (*Szazadok*, Los Siglos, 1868, pág. 20). Léese también en la obra de Vecchioni citada antes (*Notizie*, págs. 67 y 68), respecto a la esterilidad de Beatriz, que no podía ser natural, teniendo en cuenta la buena salud de la reina y su prolífica familia. La causa debía de ser una herida que Matías recibiera en la guerra.

(2) El informe del obispo de Teano, citado antes, la llama «Bárbara illius regis concubina».

su beneficio o en el de su familia (1). Apesar del retiro en que vivía, la madre de Juan Corvino no pudo evitar que los servidores italianos de Beatriz hicieran creer a la reina, inclinada a la superstición, que su esterilidad era causada por un sortilegio de Bárbara. Beatriz llevó, a lo que se dice, la acusación ante el legado del Papa, mientras que, por su parte, Bárbara fué a quejarse al rey; éste castigó a su hijo, que injuriaba a la reina, y en el último año de su vida, desterró de Buda a la madre de Juan. Tal es el relato que un embajador envió a Ferrara (2); pero que Beatriz intentara contra Bárbara un proceso por hechicería, que ocupara a los doctores de la Universidad de Viena (3), es una acusación lanzada más adelante por Ulaszló, que quería a toda costa divorciarse de la reina. Nos parece tanto menos fundada cuanto que nada dicen sobre ella los archivos de la Universidad de Viena ni las crónicas contemporáneas, y cuanto que esta afirmación no figura siquiera en la memoria redactada más adelante para la defensa de Ulaszló, el cual enumera pragmáticamente, por decirlo así, todas las quejas formuladas contra la reina (4).

Es un hecho, sin embargo, que cada etapa de la carrera recorrida por el hijo de Matías, desde su nacimiento, oscuro e ilegítimo, hasta su situación de heredero presunto reconocido, está señalada por una lucha sorda, que no ven los demás, entre el rey y la reina, pero en la que forzosamente se mezclaron las familias y los cortesanos de ambas partes, y hasta las potencias extranjeras directamente interesadas.

La defensa de los derechos de un hijo por nacer todavía, no podría explicar la oposición obstinada de Beatriz a los proyectos del rey, que no quería para Juan la sucesión al trono sino

(1) Fraknoi: *Hunyadiak es Jagellok* (Los Hunyadi y los Jagellon); M. N. T. IV, pág. 287.

(2) Informe de Ant. Costabiti al duque de Ferrara, con fecha 18 Setiembre de 1489. (Archivos de Módena; informes de embajadores.)

(3) Informe citado del obispo de Teano.

(4) Véase la *Apología de Udis*, citada antes.

en el caso de no tener heredero legítimo. En el transcurso de los acontecimientos, como se verá más adelante, y sobre todo cuando el estado de salud de Matías hizo prever un cambio de reinado en un porvenir próximo, se hace cada vez más visible que Beatriz, burlada en su legítima esperanza de ser madre del rey, reconcentra en ella sola su desmedida ambición, que la pone en oposición con los proyectos de su marido, la impulsa incluso a traicionarle y, por fin, en vez de asegurarla el poder supremo que ambiciona, causa su pérdida.

Matías había empezado ya a proveer a la elevación de Juan Corvino durante los primeros años de su segundo matrimonio. La reina tenía tantos menos motivos de asombrarse cuanto que, en su patria y hasta en su propia familia, los hijos naturales eran tratados casi igualmente que los otros, y Matías no debía pensar entonces en designarle, a falta de heredero legítimo, para sucederle en el trono. Le hizo dar una educación esmeradísima bajo la dirección de su sabio bibliotecario, Tadeo Ugoletti; en 1749 le hizo conde de Hunyad y duque de Liptó, le dió grandes dominios en Hungría, y, poco después, la investidura de los principados de Treppan, Rati-bor y Oppeln en Silesia.

La madre de Matías, Isabel Szilaggi, mostrábase tan solícita como su hijo para acrecentar de año en año la fortuna del niño. Es sorprendente que los cronistas contemporáneos no citen ya entre los personajes de la corte a la viuda de Juan Hunyadi, la cual, cuando la primera campaña que los reyes hicieron juntos, parecía inseparable de su nuera. Parece, por el contrario que pasó la mayor parte de los últimos años de su vida en la soledad de un convento (1). Ocupábase únicamente en la administración de sus bienes que dejó por testamento al príncipe Juan. Su misma muerte hizo tan poco ruido que no se sa-

(1) Timon, (*Epítome* pág. 170) escribe: «Patriarcha Aquilegensis hoc anno (1478) Elisabethae matri Corvini potestatum fecit ingrediendi monasterio Sacratorum Virginum in Insula Seropun et Budae Veteris.»

bía con exactitud el año. Creíase hasta aquí que era en 1484, pero según datos recientes, fue en 1483 (1). Su avanzada edad solamente no podría explicar este retiro; no es difícil ver aquí una muestra de aversión a Beatriz, hecha impopular en todo el país, por razones que expondremos pronto; aversión aumentada probablemente en Isabel, por la oposición que estalló entre las dos mujeres respecto al papel futuro designado a Juan Corvino.

Cuando el príncipe creció, Matías no se contentó ya con darle feudos y conferirle títulos; se dedicó a hacer que se viera en él a su sucesor. En 1484 declaró sin rodeos que a su entender el trato hecho en 1462 con el emperador no garantizaba únicamente el advenimiento al trono de su descendencia legítima, como pretendía Federico (2).

En fin, por la misma época, empezó Matías a ocuparse del proyecto de reparar el vicio del nacimiento ilegítimo de su hijo con las ventajas de una unión con una casa soberana.

Beatriz no se opuso al principio, pero se esforzó en que la elección de Matías recayera en una princesa de la casa de Aragón, lo que hubiera tenido por efecto aumentar más su influencia. Propuso, pues, como novia a la princesa Carlota, nacida en Francia en 1479, hija de Federico, cuya mujer murió prematuramente (3). Pero Matías, por dispuesto que estuviese en general a complacerla, comprendió bien pronto que este pro-

(1) Un escrito, fechado el 30 de Octubre de 1484, y que se encuentra en la pág. 293 del t. III de los *Monumenta Romana Episcopalis Veszprimiensis*, indica que los funerales de Isabel debieron celebrarse en 1483.

(2) *Fraknoi Los Hunyadi y los Jagellon*, M. N. t. IV, pág. 290 (en húngaro).

(3) Informe de Jacobus Trottus, embajador de Ferrara en Milán, de fecha 20 de Marzo de 1485; por medida de precaución, el autor de la misiva no designa a Matías con su verdadero nombre, sino con el de «Júpiter». La princesa de que se trata fue, con el tiempo, mujer de Gui de Montmorency, conde de Laval. Véase L. Valpicella: *Federigo d' Aragona*. Napoli, 1908, pág. 51. La misiva se encuentra en los Archivos de Estado de Módena. Disp. de Orat. Estensi a Milano.

yecto ocultaba miras interesadas y que no podría esperar que la familia de Beatriz apoyara los derechos de su hijo a la sucesión del trono; tomó el partido de unir a su hijo con los lazos del matrimonio con la casa ducal de Milán, lo que en otro tiempo intentara en vano por cuenta propia. Sin embargo, se mostró muy prudente, y llevó las negociaciones a espaldas de Beatriz (1).

La princesa en la que había puesto los ojos era María Blanca Sforza, de un año más que Juan Corvino, hija del duque Galeas María y de Bona de Saboya; por consiguiente, hermana del duque reinante Juan Galeas y sobrina de Ludovico Sforza, apodado el «Moro» (2). María Blanca, cuyo primer prometido, que también había sido el de Beatriz, Filiberto de Saboya, había muerto (3), pasaba entonces por ser una de las más ricas herederas de Europa; pero independientemente de esta circunstancia, el renombre y la fuerza de la casa de Sforza debían hacer agradable a Matías la idea de este matrimonio, mientras que, de otra parte, la madre y el hermano de la princesa esperaban probablemente hallar en el rey de Hungría y en su hijo un apoyo contra las ambiciones cada vez más amenazadoras de Ludovico, el cual despojaba poco a poco a la duquesa Bona de sus derechos de tutora y usurpaba todos los poderes. Ludovico empezó por oponerse a este proyecto (4),

(1) La misiva citada antes, así como otra del 9 de Marzo del mismo embajador, hablan del secreto de las negociaciones; y, sin embargo, el embajador de Venecia no dejó de informar al Consejo de este proyecto en Marzo de 1485. Véase el núm. 36, pág. 39, del t. III de los *Monumentos Húngaros* (D. E.).

(2) Sin razón se atribuye a «Moro» el sentido de sarraceno; esta palabra significa «morera», y Ludovico lo eligió, porque árbol de tardío brote, no tiene que temer la vuelta del frío, porque ha reservado sus fuerzas para el momento propicio. Sforza veía en esto, sin gran fundamento, el símbolo de su prudencia en política. (Summonte, o. c. III, pág. 497.)

(3) Litta, o. c., fasc. 15, tab. V.

(4) Informe del embajador de Milán, Jac. Trottus, de 19 de Marzo de 1475. Archivos de Estado de Módena.

pero rectificó pronto, y se mostró dispuesto a entenderse con el enviado secreto del rey, Francisco Fontana. Quiso solamente asegurarse sobre la suerte que esperaba al príncipe Juan si la reina, joven todavía, llegaba a tener un hijo, o si Matías se casaba por tercera vez. Con arreglo a las instrucciones recibidas, Fontana le declaró que no había esperanza alguna de verse realizado el deseo de la reina y de todo el país, y que, de otra parte, Matías no pensaba casarse en el caso de volver a enviudar. Además, si por un cambio imprevisto de la suerte, llegara a dar Beatriz a luz un heredero legítimo, siempre le quedarían a Juan Corvino la Bohemia y las provincias conquistadas a Austria por Matías, y conservaría además los castillos y los feudos que actualmente poseía.

Estipulóse pues, el acuerdo en 1485, y Ludovico se apresuró a participarlo a los embajadores extranjeros, aunque supiese que Venecia no veía este enlace con buenos ojos. El cardenal Ascanio Sforza, hermano de Ludovico y tío del duque reinante, se lo comunicó al Papa como una boda muy ventajosa para la familia (1).

Beatriz, a quien ya no se la podía ocultar, simuló resignarse a esta boda pero hemos de encontrar más de una vez las señales de su hostilidad en la historia, tan larga y tan accidentada, de los desposorios de Juan Corvino con Blanca Sforza.

El eminente prelado a quien la cólera de Matías arrancó, en el verano de 1484, de la sede arzobispal de Kalocsa para encarcelarle, fue así probablemente una víctima de la encarnizada lucha entablada con motivo de la sucesión al trono.

Pedro Varadi, aunque de humilde origen, había sido elevado tempranamente por Matías a las más altas dignidades, a causa de sus talentos poco comunes, y sobre todo de la elevada cultura que había traído de Italia. El rey había empezado por hacer de él su secretario, luego su canciller secreto, y ha-

(1) Misiva de la embajada de Ferrara en Milán de 31 de Julio de 1485. Archivos de Estado de Módena. (Car. de Emb. Milán. G. Trotti.)

bía concluído por darle el arzobispado de Kalocsa. Tal vez esta rápida elevación dió el vértigo a este hombre lleno por lo demás, de buen sentido; juzgándose indispensable, se permitió críticas tan acerbas de algunos actos políticos de Matías, que asombraron y escandalizaron. Algunas personas las hicieron llegar a Matías, el cual, temiendo la traición, y para impedir que Varadi divulgase los secretos que le había conferido, le mandó prender y encarcelar en el castillo de Arva.

El asunto hizo gran ruido, tanto más cuanto que Varadi era conocido como el más celoso partidario de Juan Corvino y cuanto que, en interés de este último, se había dedicado a apartar a Matías de inmiscuirse en los asuntos de Italia, para que pudiese volver todas sus fuerzas contra el emperador (1).

Es, pues, natural que la opinión pública atribuyese a Beatriz la desgracia del arzobispo Pedro (2). Más adelante, cuando el Papa intervino por mediación de su legado para hacer que fuera puesto en libertad el arzobispo, Beatriz trató de lavarse de la sospecha, declarándola sin fundamento. Es un hecho que Varadi mantuvo después una correspondencia bastante cordial con la reina, ya viuda (3); pero en vida de Matías no pudo obtener sino mejoras en su prisión, mas no su libertad. Hasta parece que el rey temió un atentado por parte de los partidarios de la reina contra la vida del arzobispo (4). Lo que parece probar todavía la complicidad de Beatriz en este asunto, es que Urbano Doczi, obispo de Syor y tesorero del rey, estuvo también a punto de ser encarcelado casi al mismo tiem-

(1) Teleki, o. c. V, págs. 256 y 292.

(2) El mismo legado del Papa «lo oyó decir a muchas personas» (a multis asseratur). Misiva del legado Angelo Pecchinoti, obispo de Orte. Teleki: XII, pág. 427.

(3) Fraknoi: *La vida de Pedro Varadi, arzobispo de Kalocsa* (en húngaro). Szazadok, 1883, págs. 489, 510 y 774.

(4) Misiva del legado Pechinoti de 15 de Mayo de 1489; v. Fraknoi: *El legado Angelo Pecchinoti en la corte del rey Matías* (en húngaro), 1898, pág. 51.

po que el arzobispo de Kalocsa, en virtud de falsas denuncias, y no se libró sino por intercesión de la reina (1).

Semejantes incidentes demostraban que desde que se planteó seriamente la cuestión de los derechos de Juan Corvino a la sucesión al trono, y por este hecho, existía una sorda oposición entre las miras de Matías y las de Beatriz. La corte y los grandes del reino estaban divididos en dos campos opuestos: el uno, fiel al rey y a su hijo, no disimulaba siempre la aversión y la desconfianza que sentía por la reina, y la opinión pública estaba con él; el otro servía ciegamente a Beatriz pensando que mediante la protección de ésta se podría obtenerlo todo del rey, y sabiendo por experiencia que «si Matías lleva la delicadeza hasta sus últimos límites respecto a su mujer, Beatriz persigue con odio implacable a cuantos se atraviesan en sus proyectos (2)». Además de los italianos afectos a su persona, los partidarios más notorios de la reina eran Esteban Zapoloyai, Esteban Bathory, Pedro y Matías Gereb, el obispo Urbano Doczi y Tomás Bakocz.

Matías y Beatriz estaban todavía en Viena, su nueva conquista, cuando recibieron de Nápoles la triste noticia de que el cardenal Juan de Aragón había muerto repentinamente en Roma (3). Según la costumbre de la época, la repentina muerte del príncipe, de veintinueve años, fue naturalmente atribuida al veneno; algunos cronistas creen hasta poder afirmar que fue envenenado por haber defendido con tesón el punto de vista napolitano en el conflicto que había estallado entre su padre y la Santa Sede (4).

(1) Bonfin: Dec. IV, lib. VI, págs. 453-454. *Apología de Udis*, ed. cit., página 475.

(2) Fraknoi: *Thomas Bakocz*. Retratos históricos (en húngaro). 1889, páginas 13-15.

(3) Notar Giacomo (pág. 157) y Passero (págs. 45-46) dicen que fue el 17 de Octubre; Fuscolillo (pág. 54) dice que fue el 19.

(4) Notar Giacomo, pág. 143, y Fuscolillo, loc. cit. La hipótesis admitida por Infeszura de que Juan fue envenenado por los barones subleva-

A Beatriz le desconcertó esta pérdida; desde que su hermano Francisco volvió a Italia, no tenía más lazo de unión que el cardenal Juan entre ella y su familia de Nápoles. Era también el único sér, cuyas estancias en Hungría, adonde le llamaban de vez en cuando sus funciones de arzobispo, podían hacer habitable a su hermana un país que, a pesar de los años, le parecía siempre extranjero. Aunque dura de corazón, como los Aragón en general, Beatriz tenía muy desarrollado el sentimiento de la familia. Este sentimiento, después el temor de verse completamente separada de los suyos, hicieron que la reina, al día siguiente de la llegada de la triste nueva (1), se sirviera de sus lágrimas para enternecer el corazón de su esposo y obtener que transmitiese al hijo de su hermana Leonor, a Hipólito de Este, a la sazón de seis años, y consagrado, se afirmaba, desde el seno de su madre al servicio de Dios, la sede arzobispal de Esztergom, vacante por el fallecimiento de Juan (2).

Lo que excusa algo este febril apresuramiento, es que el duque de Milán, fundándose en el matrimonio concertado entre las dos familias, había ya enviado a Matías una carta, en la que, después de darle el pésame, le pedía la más rica diócesis de Hungría para su tío el cardenal Ascanio Sforza, que fue muy amigo del difunto (3).

El mismo Ascanio mandó a toda prisa a Niccolo, abad de Forli, en calidad de mandatario; el abad era también porta-

dos en Salerno, es destruída por Muratori: *Annali*, t. 46, págs. 164-165. Pastor cree tener la prueba de que murió de muerte natural, o. c. III, página 184.

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 63.

(2) Según una carta de Perotto Vesach, de 6 de Diciembre de 1485, que se encuentra en los Archivos de Módena, el mismo Matías, al ver el dolor de Beatriz, la ofreció espontáneamente nombrar para la sede arzobispal de Esztergom a un miembro de su familia que abrazara la carrera eclesiástica. Ciaccomus, o. c. III, pág. 176.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 56.

dor de una carta de recomendación del Papa para Matías y Beatriz (1).

Pero esta demanda no pudo quebrantar la decisión anterior de Matías que, sin oponer resistencia, sin tomarse siquiera el tiempo de reflexionar, había ya prometido a su mujer la realización de un deseo que debe parecer absurdo en nuestros días...

Sin embargo Beatriz tuvo que esperar hasta Marzo del año siguiente antes de poder anunciar con certeza absoluta la gran noticia a su hermana, a la que al mismo tiempo refirió las luchas que había tenido que sostener, no contra su marido, sino contra otros factores con los que tenía que contar. Envioó a Ferrara, con fecha de 8 de Marzo, tres cartas de contenido casi idéntico, y las hizo llevar por diferentes mensajeros, a fin de estar segura de que por lo menos una de aquéllas llegara a su destino (2).

«En medio de la desolación en que nos ha sumido la muerte de nuestro hermano, de grata memoria, escribía ella, nos hemos acordado de los hijos de Vuestra Alteza; los hemos recomendado a la benevolencia de nuestro angusto esposo, rogándole que dé la sede arzobispal, vacante por la muerte de nuestro hermano, a D. Hipólito, que se prepara a abrazar la carrera eclesiástica y tiene ya la categoría de protonotario apostólico. El rey ha accedido a ello gustosísimo; y habiendo asegurado el nombramiento de nuestro sobrino, hemos escrito la noticia a nuestro padre, Su Majestad el rey de Nápoles, que no podría ciertamente recomendar para tal puesto a nadie más digno y a quien más quiera que al hijo de Vuestra Alteza, porque la candidatura de sus hijos legítimos, Sus Altezas don

(1) *Mon. Hung.* (D. E.) III, pág. 81.

(2) Dos de estas cartas han aparecido íntegramente en los *Mon. Hung.* (D. E.), págs. 63 y 67, así como fragmentos de la tercera, IV, pág. 367. Los originales se encuentran en los Archivos de Estado de Módena. Cart. di Princ. Est. Ungh. B.^a 2.

Federico y D. Francisco, no podría presentarse más seriamente que la de los hijos de Su Alteza el príncipe de Calabria, puesto que no son más que dos; en cuanto al nombramiento de uno de los hijos ilegítimos del rey, nuestro padre, jamás lo consentirían los grandes, por vehemente que fuera el deseo del rey nuestro esposo. La cuestión se ha discutido recientemente en la Dieta, y se ha decidido que para agradarnos se dará el arzobispado a nuestro sobrino Hipólito, que deberá, sin embargo, permanecer por ahora en esa, sustituyéndole, hasta que venga, un Vicario general; en cambio, ningún otro italiano, aunque fuese prelado o cardenal, podrá ocupar este puesto, porque Sn Majestad preferiría dárselo en el acto a un hombre del país.»

Esta misiva hábil y llena de tacto deja, sin embargo, entrever que la dificultad que había tenido que vencerse fue el deseo del rey de Nápoles, que querría poner a uno de sus hijos naturales en la sede vacante por la muerte de Juan, deseo al que Beatriz se apresuró a oponer la voluntad de los grandes. Mantúvose igualmente firme con el enviado de Ascanio Sforza, y dió cuenta a su hermana de la conferencia que tuvo con él. Se dijo que una ley húngara prohibía dar un obispado o un arzobispado a un cardenal extranjero, y cuando el mensajero, estupefacto, le habló de los recientísimos ejemplos del obispo de Eger y de Juan de Aragón, le replicó ella que estaban en posesión de un beneficio eclesiástico en Hungría antes de haber sido hechos cardenales; lo que era cierto respecto a Gabriel de Verona, pero no a Juan de Aragón; por esto añadió que, en este último caso, el rey había tenido en consideración el parentesco. Y cuando el enviado de Ascanio llegó a las amenazas, diciendo que el cardenal era lo bastante poderoso para hacer fracasar, si quería, la candidatura de Hipólito, la reina le replicó «que en este reino los beneficios eclesiásticos eran para los que el rey designa y el Papa confirma, y que si se intentase ahora abolir este uso en provecho de algún cardenal, el rey no lo consentiría.» La reina añade que además no cree

que el Papa esté dispuesto a perturbar el país con innovaciones inoportunas.

«Comunicamos todo esto a Vuestra Alteza, dice a manera de conclusión, para que sepa lo mucho que pensamos en Ella y en sus hijos, y porque estamos persuadidos de que Vuestras Altezas aceptarán nuestras proposiciones. Os rogamos, pues, que hágais de manera que al regreso de vuestro mensajero, D. Hipólito, se encuentre dispuesto a marchar a Hungría, a fin de que disfrute cuanto antes de su arzobispado. Le esperamos con impaciencia indecible, y como prueba de que le queremos, no como a un sobrino, sino como a un hijo, deseamos que viva en nuestro castillo, en donde le preparamos habitaciones, a fin de tenerle siempre cerca, porque cada hora que nos separa de él, nos parece que es de mil años de larga. Enviamos nuestros saludos a Vuestra Alteza, y la rogamos que abrace en nuestro nombre a todos sus hijos.

Dado en nuestro castillo de Buda, el 8 de Marzo de 1486.
La obediente hermana de Vuestra Alteza,

LA REINA DE HUNGRÍA.»

La noticia causó grandísima alegría en Ferrara, sobre todo en la corte, porque no se ignoraba la importancia de la dignidad arzobispal de Esztergom, tanto desde el punto de vista eclesiástico como laico, puesto que el titular de la sede era por este hecho privado de Hungría, «legatus natus» apostólico, y gozaba además de inmensas rentas (1)

Y entonces empezó entre los reyes de Hungría y la familia ducal de Ferrara una activa correspondencia que se ha conservado casi por entero, y que arroja viva luz sobre las luchas que hubo que sostener para vencer los obstáculos que encontró la confirmación de Hipólito en su nueva dignidad, sobre las íntimas relaciones que existían entre las dos familias reinantes y, ante todo, sobre los sentimientos de Beatriz, que iba

(1) Muratori: *Antichita Estensi*, pág. 254.

a prodigar a su sobrino, con toda la pasión que constituía el fondo de su naturaleza, el amor maternal que no había podido explayarse con un verdadero hijo.

II

En la correspondencia de los príncipes de esta época no se observa ninguna diferencia notable entre las notas diplomáticas y las cartas particulares. Los asuntos privados y detalles insignificantes concernientes a la familia, alternan a veces con los asuntos de Estado más importantes (1); en cambio, las cartas más íntimas eran escritas por secretarios en esa forma acostumbrada, de suerte, que se encuentra una singular mezcla de fórmulas ceremoniosas y de sencillez patriarcal. Esto era sobre todo cierto tratándose de mujeres; el biógrafo de Segismundo Malatesta, al hablar de Iseo Cegli Atti, la ilustre esposa de éste, pone en duda que supiera escribir (2). La misma Beatriz, que pasaba en su época por poseer una elevada cultura, da pruebas de un estilo bien flojo y de una ortografía bien defectuosa en cuanto toma por sí misma la pluma, aunque no sea sino para escribir unas cuantas líneas. Las numerosas repeticiones que se encuentran en estas cartas se explican por el hecho de que las cosas de importancia tenían que escribirse en varias cartas para que llegasen seguramente a su destino; la mezcolanza de cosas distintas procede de que había de aprovechar la ocasión para escribir todo lo que se tenía que decir, y todavía era preciso dar encargos verbales al mensajero. Las comunicaciones eran difíciles y los caminos poco seguros; el

(1) Ya hemos hablado de las descripciones de cazas y otras diversiones que se encuentran en la correspondencia diplomática del rey Ferrante Luis XI, al solicitar de Lorenzo de Médicis su mediación en el asunto del matrimonio napolitano, le ruega al final de su carta que le envíe un hermoso perro. (Desjardins Canestrini, o. c., I, pág. 163.)

(2) Carlos Iriarte: *Un condottiere en el siglo XV, Rimini*. París, 1882.

envío de una carta costaba caro; el hecho de que frecuentemente cayera en manos extrañas, hacía a menudo necesario el empleo de una escritura convencional, la cual era también preciso cambiar de tiempo en tiempo, lo que a veces originaba confusiones (1). Como los pasajes de estas notas tienen un carácter de correspondencia privada, están escritos en un estilo lacónico y sencillo; refiérense a menudo a cosas excesivamente corrientes, tales como las condiciones materiales de la vida, la salud, los remedios, los menesteres caseros; rara vez figuran en ellas las expansiones del corazón (2).

La estimación y las simpatías sinceras que unían a las dos cortes, dan cierto carácter de vehemencia a la correspondencia cambiada respecto al asunto de Hipólito. Hércules y Leonor no se contentan con enviar, en sus cartas y por sus mensajeros, la expresión casi desmedida de su «eterno reconocimiento que se extiende a toda su familia» (3), y con colmar de presentes a los reyes de Hungría y a sus amigos, sino que se esfuerzan en obtener, para todo lo que hacen, la aprobación de Matías y Beatriz. Leonor subordina solícitamente sus proyectos, sus deseos a los de su hermana menor (4), le da gracias hasta cuando Beatriz les da un consejo opuesto a sus designios. Así fue cómo Matías logró con el concurso de Beatriz disuadir a su cuñado de hacer una peregrinación a Santiago de Compostela en España. Choca el ardor que Matías y Beatriz emplearon para que renunciase a este proyecto. Hércules se puso no obstante en camino; pero cambió de propósito, y, en vez de ir a Compostela, fué a Roma, por invitación del Papa, a lo que parece,

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 67; carta citada de la duquesa Leonor, del 3 de Junio de 1481. Archivos de Estado de Módena, *min.* de cart. a Prínc. Hung.

(2) De Maulde la Clavière: *Las mujeres del Renacimiento*, pág. 415.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 79, 84 y 103. Archivos de Estado de Módena dix. c. El borrador de la carta escrito de mano de Leonor está fechado en 8 de Junio de 1486.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 271, 316 y 439, y IV, pág. 373.

quien le reveló del cumplimiento de su voto (1). Es muy probable que fuese el rey de Nápoles el que hiciera, en esta ocasión, que Matías y Beatriz usaran de su influencia en la corte de Ferrara. Fernando, cuyo trono vacilaba de nuevo, a causa de la revuelta de los barones y de sus contiendas con el Papa, se asustó del proyecto de Hércules: temía que su yerno, una vez en España, llegase a pactar con Fernando el Católico, rey de Castilla y de Aragón, un acuerdo que tuviera por resultado hacer que el reino de Nápoles pasara de la rama bastarda a la rama legítima (2).

La correspondencia tiene, naturalmente, por objeto principal la confirmación de Hipólito y su toma de posesión del arzobispado; se completa con los curiosos informes que el duque envía a este propósito a Hungría, después con los de su mandatario César Valentini, encargado de posesionarse, en nombre de Hipólito, de los dominios pertenecientes al arzobispado.

El temor que se tenía de que el cardenal Ascanio Sforza, desairado por la reina, usara de toda su influencia para hacer que el Papa no confirmase el nombramiento de Hipólito, se vió plenamente confirmado (3). El Papa, en un breve de 6 de Junio de 1486, negó rotundamente la confirmación, fundándose en la oposición que suscitaba en el seno del Sacro Colegio; y tenía ciertamente razón al decir que era absurdo dar a un niño un empleo al que aspiraban tantos sacerdotes de mérito en el país mismo (4). Pero Matías no cedió, y Beatriz declaró terminantemente, en una carta, que a su marido no le importaba la confirmación; que había nombrado a Hipólito, y le pondría en posesión de su arzobispado; que ella había dado orden al in-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 307.

(2) Muratori: *Antichita Est.*, págs. 252 y 253. *Mon. Hung.* (D. E.), III, páginas 241, 253, 260, 273, 292, 293 y 295.

(3) Despachos de los embajadores de Milán relativos a las pretensiones de Ascanio, con fecha de los meses de Abril y Mayo de 1486. Archivos de Estado de Módena. (*Cart. de Emb. Milano*, G. Trotti.)

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 100.

tendente de los dominios de enviar inmediatamente a Ferrara 2.000 ducados, a título de adelanto sobre las rentas de la diócesis. «El rey escribirá al Papa, decía ella, para hacerle comprender que no pide sino lo que la Santa Sede ha concedido muchas veces a otros soberanos» (1). Y en esto Beatriz tenía mucha razón, porque era de uso corriente en Italia y en otros países, en el siglo xv, dar beneficios eclesiásticos a hijos impúberes de príncipes o de familias poderosas (2). En otra carta, la reina escribió también que el rey sabría bien obligar al Papa a confirmar a Hipólito (3).

Esta energía produjo el efecto esperado. A fines de Octubre, estando Beatriz en Retz, población de la Baja Austria, en las cercanías de Zuaime, en donde a la sazón acampaba Matías, hizo venir al enviado de Ferrara, y le dijo que había recibido una copia del breve que contenía la confirmación; le pidió bromeando una propina, y designó los regalos que esperaba de Ferrara (4). La alegría fue grande, pero no hizo olvidar la irritación causada por la primera negativa, y el enfado de Beatriz y de la corte de Ferrara se volvió entonces contra los que, en calidad de enviados de Matías a Roma, hubieran debido desde el principio hacer que triunfara la causa de Hipólito, y de los cuales uno, el cardenal Gabriel de Verona, obispo de Eger, era sospechoso de haber trabajado en secreto contra la confirmación, por despecho de haberse visto preterido al príncipe (5). Pero antes de que el enojo de los príncipes cayese sobre su cabeza, el anciano cardenal fue llamado a comparecer ante el Juez celeste. Cayó gravemente enfermo en Roma, en la que es-

(1) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 167-168.

(2) Véase, por lo que respecta a los beneficios dados en Francia a Juan de Médicis (el futuro León X), Reumont: *Lor. Medici*, II, págs. 484 y sig.

(3) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 175-176.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 199.

(5) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 163, 217. Despacho del embajador de Ferrara en Milán, con fecha del 4 de Abril de 1486. (Archivos de Estado de Módena. Disp. de Oratori.

taba desde hacía algún tiempo, y murió el 27 de Setiembre (1). Una carta, enviada en Noviembre desde Ferrara al embajador Valentini, habla de este fallecimiento y le ruega que dé las gracias, en nombre de los reales consortes, al buen médico por el servicio que les había prestado. El texto de esta carta no está muy claro, pero parece que el médico que prestara tan buen servicio era el del obispo de Eger (2). Inmediatamente después de esta muerte, Matías—como para reparar la injusticia cometida respecto del clero húngaro con el nombramiento de Hipólito,—se apresuró a dar el rico obispado de Eger a un prelado meritísimo, a Urbano Doczi de Nagylucse, obispo de Gyár, su tesorero, para cuya sede nombró a Tomás Bakocz de Erdöd, su secretario. Y he aquí cómo quedaron descartados dos cardenales que aspiraban al obispado de Eger, uno de los cuales era otra vez Ascanio Sforza, y el otro nada menos que el vicescanciller del Sacro Colegio, Rodrigo Borgia, más adelante Papa con el nombre de Alejandro VI (3).

Sin embargo, a pesar de la alegría que causaba por adelantado, el breve de confirmación cuya minuta se poseía, seguía sin publicarse oficialmente por el consistorio, lo que no podía atribuirse más que a Ascanio, descartado dos veces por el rey de Hungría, y el cual había dado a entender con bastante claridad que no depondría las armas hasta no haber recibido una compensación de las cartas de Buda o de Ferrara (4). Al saber esto, Beatriz montó en cólera. Escribió a su hermana que su marido «sabría preguntar al Papa quién era rey de Hungría, si él o Ascanio Sforza», y que después de lo que había pasado, el cardenal no debía ya contar con recibir ni un ochavo de Matías. Además, rogaba encarecidamente a su hermana que

(1) Buchrard: *Diarium* (Thuasne), págs. 211-213.

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 220.

(3) Despacho del embajador Ces. Valentini. *Mon. Hung.* (D. E.), III, página 205.

(4) Carta de Beatriz a Leonor del 2 de Marzo de 1487. *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 266.

no se dejara llevar a conceder a Ascanio la abadía de Pomposa—cuya colación dependía del duque de Ferrara,—porque, en este caso, el rey sería capaz de quitar a Hipólito el arzobispado (1). Pero Matías juzgó las cosas con mayor sangre fría, y consideró preferible dar alguna indemnización a los cardenales despojados, confiriendo a Ascanio Sforza la abadía de Pecsvarad y a Rodrigo Borgia la de Petervarad (2).

Por fin el duque Hércules logró, en un viaje a Roma, sacar a flote el asunto de la confirmación (3); pero entonces surgió una nueva dificultad, causada por la reina misma, que embrolló las cosas con la petición que hizo al Papa de nombrar a Hipólito «legatus a laterere», a fin de realzar su autoridad. Hasta escribió al Papa a este propósito (4).

Todo esto no hubiera impedido a Hipólito hacer el viaje a Hungría; Matías había declarado desde luego que estaba dispuesto a ponerle en posesión de su beneficio sin esperar la confirmación pontificia, y Beatriz acosaba a la familia ducal con sollicitaciones cada vez más apremiantes, para que se apresurase el viaje de Hipólito (5). Pero surgieron otras dificultades. El muchacho estaba algo doliente, y su madre «si bien puede, decía ella, pasear y montar a caballo», no quería exponerle a las fatigas de tan largo viaje (6). Luego, por un enojoso azar, ocurrió que un mensajero que volvía de Ferrara fue desvalijado en el camino que Hipólito tenía que seguir para ir a Hun-

(1) Carta de Beatriz citada antes, así como otra dirigida a Leonor, con fecha del 17 de Abril. *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 266 y 290.

(2) Fraknoi: «Los Hunyadi y los Jagellon (Hist. de Hungría)» IV, página 300 (en húngaro).

(3) Muratari: *Antichita Est.*, pág. 254.

(4) *Mon. Hung.* (D. E.), III, págs. 255, 262, 264, 203 y 295.

(5) Véase, además en las cartas publicadas en los *Mon. Hung.*, la de Beatriz a Leonor, de fecha 25 de Agosto de 1486, en los Archivos de Estado de Módena. (Cart. di princ. Est. Ungh. B.^a 2.)

(6) Carta de Leonor a Beatriz, de fecha del 13 de Abril de 1486, loc. c. (Minuta di lett. a Princ. Est. B.^a 18 Ungh.)

gría (1). En vano afirmó Beatriz que se trataba de un caso excepcional, causado por la imprudencia del mensajero mismo, y que se cuidaría de la seguridad de su sobrino (2). Tratóse también de enviar con Hipólito al hijo mayor del duque, Fernando, de nueve años; decíase que Matías deseaba tener a su lado a un muchacho para educarle militarmente. Hipólito había de permanecer al lado de Beatriz, porque «es conveniente que un sacerdote se habitúe a la compañía de las damas (3).» El rey tenía además vastos proyectos respecto a Fernando: quería casarle con una princesa heredera de una gran fortuna (4). Pero la corte de Ferrara declinó, dando muchas gracias esta halagüeña proposición. Fernando estaba a la sazón con su abuelo, el rey de Nápoles, y se educaba con sus primos, los hijos del duque de Calabria; su abuelo no quería dejarle marchar y, además, hubiera sido difícil traerle a causa de las guerras que asolaban por entonces a Italia (5).

ALBERTO BERZEVICZY

(Continuará.)

(1) El suceso produjo una sensación enorme, como lo prueba el despacho del embajador de Milán, con fecha 25 de Marzo de 1486; según este relato, el atentado se realizó en territorio alemán. (Archivos de Estado de Módena. Cart. de Amb. Milano.)

(2) *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 96.

(3) Carta de Beatriz a Leonor, del 3 de Abril de 1486. *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 77.

(4) «Figliola de uno Duca gran maistro»; carta de Beatriz a Leonor, del 3 de Agosto. *Mon. Hung.* (D. E.), III, pág. 156.

(5) Carta de Leonor a Beatriz, del 7 de Junio. *Mon. Hung.* (D. E.), III, página 105.

LAS FLOTAS DE GUERRA EN 1912

Examinados los tipos de cañones que en la actualidad montan los *Dreadnoughts* y *Super-Dreadnoughts*, se observa que todos los del calibre de 30,5 cm. e inferiores están caracterizados por una longitud de ánima de 50 calibres, mientras que los de 34,3 y 35,6 no exceden de 45.

Ya hemos dicho en la primera parte de este trabajo (1) lo poco que aumentaba la energía del proyectil cuando la longitud del ánima excedía en algunos calibres de los 50, siempre que para los dos recorridos se conservasen iguales las condiciones de carga. En la fabricación de estas piezas, cada nación sigue aferrada a su sistema particular de construcción. Inglaterra y los Estados Unidos, al sunchado de cintas de acero, mediante el cual se pretende tener cañones más fuertes, tangencialmente, que con el sunchado exclusivo de manguitos; Francia, Alemania, Austria-Hungría, construyen, por el antiguo sistema, cañones tanto o más poderosos y resistentes que los de Inglaterra y los Estados Unidos. En las piezas de grueso calibre la cuestión primordial es la de su vida, cuyo término no es debido, ciertamente, a la pérdida de resistencia, sino a la de precisión y velocidad del proyectil, causadas por las erosiones, o sean desgastes, y desaparición total o parcial del rayado en el

(1) Véase el número de Agosto de este año.

comienzo de éste. Las causas de estas erosiones pueden ser varias: la principal, sin duda alguna, es la altísima temperatura desarrollada por la combustión de las pólvoras coloidales modernas, bien diferentes, en este punto, de las antiguas negras y de las pardas. Los fenómenos de las erosiones son más pronunciados en los calibres grandes que en los medianos y pequeños. Nadie asigna hoy una vida superior a 150 disparos a las piezas de 30,5 cm. y 50 calibres de longitud de ánima, y este será, asimismo, el límite de duración de los cañones de 34 y 35 cm. con 45 calibres. Con una vida tan corta, desde luego se impone la parsimonia con que deben emplearse estos cañones en los ejercicios de tiro, si se quieren conservar en excelentes condiciones de precisión y alcance durante las operaciones de la guerra; y para lograr la instrucción completa de los sirvientes y la eficacia de los cañones, se tiene siempre una reserva de piezas en perfecto estado de servicio, que no baja de un 25 por 100. Además, se ha adoptado por los constructores un sistema de fabricación que permite reemplazar el tubo interior, cuando las erosiones le han hecho inservible, por otro construído al mismo tiempo que la pieza. No es fácil el cambio del tubo, pero es infinitamente menos costoso que construir un nuevo cañón. Esta artillería, con trazados interiores excelentes, ha adquirido en los últimos años una eficacia notabilísima, a la que han contribuído los aparatos de puntería, los de medición de distancias y de observación de los disparos y, en grado considerable, la instrucción de las tripulaciones. No hace aún muchos años que en las Marinas de guerra se tenía al cañón como artículo casi de lujo; no se daba a los ejercicios de fuego toda la importancia que tienen, toda vez que, hoy por hoy, el cañón es el arma principal en los combates navales. Cabe la gloria al almirante Sir Perey Scott, de la Marina inglesa, de haber cambiado radicalmente aquella manera de considerar los ejercicios de tiro. Predicando de todos modos, con el ejemplo, con la palabra y con la pluma, desde que comenzó su campaña variaron las ideas de los oficiales ingle-

ses en punto tan capital, y hoy día la eficiencia de la artillería naval británica es notabilísima. El ejemplo fue seguido por todas las demás, no sin dejar de encontrar cierta resistencia al principio en algunas Marinas. Se asegura que hoy día la Armada más instruída en el tiro es la alemana: hasta hace bien poco tiempo, la inglesa ocupaba el primer lugar.

Los constructores de artillería europeos y americanos presentan cañones que, a igualdad de calibre, ofrecen escasísima diferencia en su capacidad de perforación, en la boca de las piezas y a las distancias lejanas del combate; y nada de extraño tiene esto, pues familiarizados como están con los principios que rigen la combustión de las pólvoras modernas en las ánimas de los cañones, y dominando asimismo las leyes de la resistencia de los tubos simples y compuestos a la acción de los gases de la pólvora, no es un problema verdaderamente difícil obtener de un determinado calibre, con la ahora usual longitud de ánima, la presión máxima admitida, y una conveniente elección del peso del proyectil, el mayor rendimiento posible. Hoy en día se manifiesta verdaderamente el ingenio del constructor de artillería en la hábil combinación de aquellos órganos mecánicos que aseguran la mayor rapidez de fuego a las piezas.

Se han logrado resultados sorprendentes. En 1900, en los acorazados del tipo *Formidable*, las piezas de 30,5 cm. hacen un disparo por minuto; en 1905, las del mismo calibre que monta el *Rey Eduardo VII* hacen 1,5 disparos, y las de 24 cm. 3, en la misma unidad de tiempo. En 1908 se da un paso adelante, y los cañones de 30,5 cm. del *Lord Nelson* efectúan dos disparos, y ya, para las piezas de los acorazados que han de comenzar a servir en este año de 1912, se cree que con los cañones de 30,5 se obtendrán 2,4 tiros por minuto. Todos los constructores de artillería, según hemos observado en los cuadros que presentan, han trazado sus piezas de grueso calibre obedeciendo al principio de semejanza; es decir, que las velocidades iniciales de los proyectiles son iguales para una misma longitud de ánima; los pesos de los proyectiles de dos cañones

similares son, entre sí, como los cubos de los calibres, y las energías del proyectil en la boca son, entre sí, como los pesos de los proyectiles.

*
* *

El torpedo es la otra arma principal ofensiva del acorazado. No reviste, hoy por hoy, ciertamente, la importancia del cañón; pero su influencia se ha hecho sentir en la táctica naval y en la adopción de calibres mayores para el armamento de los buques de línea. Ha cambiado la primera, obligando a combatir a los buques a mayores distancias, desde el momento en que su radio de acción crece: éste, que en 1900 no excedía, como ya hemos visto en el artículo anterior, de 800 metros, pasa a ser de 1.000, en 1905; de 2.000, en 1908; de 3.500, en 1909; de 6.450, en el año actual. Y claro es que en vista de semejantes datos, los buques de línea han de combatir a distancias mayores que el alcance eficaz del torpedo. Y para combatir a esas distancias con piezas capaces de perforar las corazas de los buques de línea, o causar destrozos de otros géneros con proyectiles cargados de fuertes explosivos, hace falta acudir a los cañones de grueso calibre. No otro es el motivo por qué se ha pasado del calibre de 30,5 cm. al de 34,3 en unas Marinas, y al de 35,6 en otras. Hasta ahora los torpedos usuales de mayor calibre han sido los de 45 cm. Mas ya los nuevos acorazados ingleses del tipo *Orión* llevarán los de 53 cm., debidos al teniente de Navío de la Marina inglesa *Hardcastle*, del *Vernou*, Escuela de Torpedistas. Merece este torpedo ser descrito con alguna extensión, por su importancia.

Como hemos dicho, tiene 8 cm. más de calibre que los anteriores: su longitud es de 18 pies y 6 pulgadas inglesas, o, en medidas métricas, 5,63 ms. Desde luego, el aumento de diámetro y de longitud le permite llevar una carga que no baja de 250 libras inglesas de algodón pólvora, y en medidas métricas, 112,5 kgs. El rasgo saliente del torpedo *Hardcastle* es su gran alcance: es efectivo y se puede confiar en que marche

rectamente y con fuerza suficiente para que explote su carga de algodón pólvora hasta 6.450 ms., y quizá más, probablemente, a los 7.000 metros. Tan notable resultado se ha conseguido mediante el calentado del aire comprimido, que sirve de agente propulsor al torpedo. Tiene aquél una presión aproximada de 135 kgr. por cm.² al ponerse en movimiento el torpedo, y el calentado del aire se efectúa por una llama automáticamente encendida cuando emprende su curso submarino.

El valor militar de un torpedo descansa en tres muy importantes factores: 1.º, en un mayor alcance para el combate diurno. 2.º, en una mayor carga del explosivo; y 3.º, en una mayor velocidad para el ataque nocturno. Ya hemos dicho hasta qué punto ha subido el alcance con el nuevo torpedo de 53 cm.: constituye el fenómeno más saliente en el campo de acción que forma la esencia del torpedo, y ha contribuido poderosamente, como también hemos apuntado, a modificar el armamento de los buques de línea. El aumento de carga en la cabeza del torpedo ha respondido, en cierto modo, al refuerzo de las obras sumergidas del buque, conseguido mediante los dobles fondos y paredes, las capas de combustibles y ligeros blindajes. Todas estas defensas, que habían reducido considerablemente la eficacia del torpedo, obligaron a aumentar su carga explosiva. Hasta ahora la máxima de los torpedos de 45 cm. no excedía de 93 kgs., mientras que la del de 53 cm. es de 112,5, y hay quien asegura que se llegará a los 130 kgs. Y el explosivo empleado sigue siendo, en la mayor parte de las naciones, el algodón pólvora comprimido, con 20 por 100 de agua. De todos es bien sabido las condiciones de seguridad derivadas de esta humectación del algodón pólvora, sobre todo en los transportes.

El empleo de la picrinita, con el nombre de Schimose, en el Japón, y de Melinita, en Francia, no significa un progreso manifiesto, toda vez que el algodón pólvora y la picrinita tienen valores muy aproximados, como explosivos. No sin motivo ha sido preciso aumentar la velocidad del torpedo a las dis-

tancias cortas: al crecer la de los buques de combate, tanto en las marchas forzadas como en las ordinarias, la de los torpedos se encontró muy rebajada. Esto obligó, para restablecer la armonía, a elevar la velocidad del torpedo. Su empleo, bien en el ataque diurno o bien en el nocturno, requiere particular examen.

En el primer caso, se puede asegurar que sólo tendrá caracteres de verosimilitud cuando se efectúe de acorazados contra acorazados o cruceros acorazados. Y para este ataque encontrarán adecuado empleo los torpedos que sean lanzados por los tubos situados bajo la línea de flotación. Es cierto que hasta ahora los torpedos no habían sido considerados como arma principal de los acorazados y cruceros de la misma clase, pero el aumento de alcance les ha dado este carácter. Claro es que una condición indispensable para el acertado y útil empleo del torpedo en el combate diurno, es que su mayor alcance vaya acompañado de una mayor precisión también en su trayectoria. Hay que añadir que las buenas condiciones del disparo sólo pueden conseguirse con la ayuda precisa de excelentes aparatos visuales. También, quizá, se presentará, para los pequeños cruceros y torpederos, ocasión de lanzar algún torpedo en el combate diurno, a largas distancias. Sin embargo, raras veces se logrará oportunidad de que el adversario se coloque en buenas condiciones para ser alcanzado. Las probabilidades pueden aumentar cuando la trayectoria del torpedo sea larga y la artillería del buque atacado no pueda responder debidamente al torpedero. Díchase está que las probabilidades de éxito en el ataque diurno por los torpederos crecen cuando el número aumenta. El ataque de día por el torpedo de los submarinos es muy cuestionable: sólo cabe admitirlo a distancias bien cortas; porque, de una parte, se hace casi imposible efectuar las operaciones de puntería en buenas condiciones, a largas distancias, y, de otra parte, le es posible al submarino, por virtud de su invisibilidad e invulnerabilidad, aproximarse hasta muy corto espacio de su adversario, y ase-

gurar de esta manera el buen resultado del disparo. El ataque nocturno por el torpedo es el primitivo modo de ataque por el torpedero, en sus diversas manifestaciones. Desde luego, la oscuridad de la noche le permite acercarse, sin ser notado, al barco que desea atacar. De otra parte, es muy difícil al torpedero observar la velocidad, la dirección del curso y las maniobras del buque enemigo, sobre todo si está ofuscado por la luz de los reflectores. De consiguiente, para no exponerse a cometer faltas groseras de apreciación, y errar el tiro, conviene emplear el torpedo de noche, sólo a distancias cortas. Cuanto mayor es la velocidad del torpedo, tanto más fácil es evitar los errores de apreciación, y de aquí la conveniencia del empleo del torpedo en el ataque nocturno, a grandes velocidades y pequeñas distancias. No se debe traspasar la de 1.000 metros, y, según noticias de prensa, en alguna naciones se reduce a algunos cientos de metros.

Después de lo dicho, cabe afirmar que las propiedades que dan valor militar a un torpedo son las tres siguientes: un gran alcance para el combate diurno, una fuerte carga explosiva y, por último, una gran velocidad para el ataque nocturno. Es evidente que los grandes alcances sólo pueden lograrse mejorando los aparatos de conservar su dirección recta, y así se practican por todas las naciones experiencias encaminadas a perfeccionar los aparatos en cuestión, sin que hasta hoy se hayan obtenido resultado satisfactorios; por el contrario, se señalan más bien accidentes desgraciados ocurridos durante las experiencias.

El número de tubos lanza-torpedos de que están dotados los diversos tipos de barcos combatientes es muy variable. Los principales portadores de torpedos son, como es natural, los torpederos y submarinos, toda vez que el torpedo es casi su única arma. Los grandes torpederos alemanes, con notables cualidades ofensivas, no tienen menos de tres a cuatro fuertes tubos. Su artillería es realmente un arma accesoria. Los destructores de Inglaterra, Francia y Estados Unidos, dos tu-

bos. El armamento de los submarinos oscila entre dos y siete tubos.

Ya es bien sabido que la posibilidad de su empleo en grandes empresas ofensivas depende de su capacidad marítima, incluyendo su resistencia en el mar y su velocidad. Los buques de línea sólo llevan en un principio sus tubos lanza-torpedos al costado; mas después que fueron vencidas ciertas dificultades técnicas, se instalaron también a popa. A proa no se ha considerado prudente el colocarlos, por si acaso se llegase al ataque con el espolón. El número de tubos en cada costado es de uno a dos: parece ser que los nuevos acorazados construídos por Inglaterra actualmente, llevarán una pareja de tubos, por debajo de la línea de flotación, a cada costado, y uno a popa. Alemania arma sus barcos de combate, por lo que respecta a los torpedos, de la manera más formidable posible: cuatro en los costados, uno a proa y otro a popa. En Francia, los acorazados del tipo *Danton* sólo llevan un par de tubos en los costados. El Japón sigue las mismas ideas que la Inglaterra. Los grandes cruceros y cruceros acorazados están armados, en general, con dos tubos en costados, bajo la línea de flotación, uno a popa, y en Alemania uno a proa también. En Inglaterra, suponiendo que los cruceros acorazados han de tener las mismas probabilidades que los acorazados de combate, de usar de esta poderosa arma, los dotan con cuatro tubos en los costados, bajo la línea de flotación, y uno a popa. Los pequeños cruceros de las Marinas americanas, alemanas e inglesas llevan los tubos lanza-torpedos por encima de la línea de flotación, y dos por debajo de ella.

Ya hemos hablado de ciertas protecciones que se han introducido en la construcción de los cascos de los buques para aminorar, en lo posible, los efectos del torpedo: a los dobles fondos y dobles costados se ha añadido, por la mayor parte de las Marinas, un blindaje de espesor variable de 34 a 40 mm., vertical e interior, y a una distancia de dos metros de la plancha exterior de los costados. Este blindaje vertical corre por

casi toda la longitud del barco. En los nuevos acorazados españoles, que se construyen en El Ferrol, el espesor de la plancha es de 38 mm., y el espacio entre este blindaje y la pared interior de los costados está destinada a carboneras. Además de esta protección contra el torpedo, algunas Marinas, como la alemana, que hacía más de diez años habían abandonado las redes, las han vuelto a adoptar para sus grandes barcos. La misma senda siguen también Francia, Italia y otros Estados. Inglaterra, Japón y Rusia siempre las habían conservado. Poco llega a conocimiento público de la lucha entre la red y el torpedo; si es que se verifican experiencias sobre el particular, se conservan bien secretas. Se ha hablado en Inglaterra de un aparato llamado «butter», o sea «cortador», empleado por los torpedos para romper o atacar las redes. Si por el nombre sólo se fuera a formar idea del aparato, parece que debería tratarse de algo semejante a unas tijeras; pero no; más bien se compone de una especie de explosivo colocado en la cabeza del torpedo, y que, al chocar con la red, abre en ella una brecha que permite el paso de aquél, para chocar con el buque.

Resumiendo, se puede afirmar que el torpedo crece en importancia de día en día; que su alcance, que se dice llega hoy a 9.000 metros, le constituye en arma temible, y que trata de disputar el primer puesto a la artillería en el combate lejano; su influencia en las batallas navales está asegurada y ha de crecer, seguramente, si se logra mejorar los aparatos de dirección. Hoy, por hoy, su lucha con la artillería, en este sentido, no puede sostenerse.

No han sido tan manifiestos los progresos en la fabricación del arma defensiva, por excelencia, de los buques de combate: la coraza. Después de la serie tan notable de perfeccionamientos que van, desde su aparición, a mediados del siglo anterior, en los costados de la fragata francesa *Gloire*, hasta las planchas Krupp de acero cementado por su procedimiento especial y templadas luego al agua, apenas si se registran ventajas de importancia. Lo mismo para las planchas de blindaje que para la

artillería, se ha querido sacar gran partido de las propiedades que goza el acero al Vanadio: en los cañones, por lo que había de contribuir el elevado punto de fusión de aquel acero a retardar la completa inutilidad de las piezas por el fenómeno de las erosiones; en las corazas, por las notables cualidades mecánicas de esta aleación. Mas lo cierto es que, de los numerosos ensayos hechos con planchas de acero al Vanadio, sólo ha resultado alguna mejora en las placas delgadas; en las más gruesas no se ha notado diferencia sensible entre las Krupp y las de la nueva aleación. En los Estados Unidos es donde se han verificado los ensayos y experiencias.

Se ha hablado mucho por los periódicos ingleses de las placas Simpson. Las gruesas de este sistema parece ser que están formadas por varias más delgadas, soldadas unas a otras por un procedimiento especial, templando luego las superficies de soldadura. Se puede asegurar que los acorazados ingleses botados al agua desde fines de 1810 no han sido dotados de este tipo de planchas. No descubriéndose, por ahora, perfeccionamiento efectivo en la fabricación de las corazas, parece que no queda otro remedio que aumentar su espesor cuando se quiera reforzar la resistencia de los buques de línea.

Claro es que también había de contribuir a este refuerzo el creciente poder de la artillería, debido al aumento de calibre y de la energía de los proyectiles, que permitía atravesar, a las distancias mayores de combate, planchas de respetable espesor. Así se puede notar que el cañón de 35,6 cm. es capaz de perforar, cuando el proyectil hiere normalmente al blanco a la distancia de 10.000 metros, unos 290 mm. de plancha de acero Krupp; si el proyectil choca con un ángulo de 60° , la perforación es sólo de 260 mm. Los espesores perforados por el cañón de 30,5 cm., en las mismas condiciones de ángulo de choque, son, respectivamente, de 250 y de 215 mm. A la distancia de 8.000 metros, los espesores atravesados son: para el cañón de 35,6, 335 y 300 mm., y para el de 30,5, 300 y 265 milímetros, respectivamente.

Si a la acción de la artillería es debido el aumento del espesor de las corazas en los buques de combate, importa, en cambio, señalar la circunstancia de que en Inglaterra, a partir del *Dreadnought* y en los subsiguientes buques del mismo tipo, hasta el *St. Vincent*, por encima de la faja o cintura blindada, con espesor que varía de 279 mm., en el centro, a 102, en proa y popa, no hay ninguna coraza de protección; más lejos aún se ha ido en los Estados Unidos, suprimiendo en los acorazados del tipo del *South Carolina*, el *Delaware* y el *Florida*, toda protección de coraza vertical en la proa. Si, hasta cierto punto, la necesidad de disminuir pesos llevó a los constructores a suprimir la defensa vertical en determinadas partes del buque, en cambio, cada vez se concedió más importancia por aquéllos a la de la parte sumergida del buque, alterándose considerablemente la relación entre la protección horizontal y vertical. Como ya se ha dicho más de una vez, en la lucha de la artillería con la coraza, hoy por hoy el triunfo está de parte de la artillería; por este motivo, y por la creciente posibilidad de que los proyectiles perforantes, después de atravesar la coraza vertical, lleven una cierta cantidad de fuerte explosivo al interior del buque, se da cada vez mayor importancia y se presta toda la atención que merece a la protección horizontal del barco de combate. No ha contribuido poco a esta nueva manera de considerar la protección, la posibilidad de atacar los buques con fuegos verticales, no sólo de los fuertes y baterías terrestres, sino también de piezas que pudieran llevar los barcos con este objeto. A evitar los daños de esta clase de tiro han de contribuir la protección interior, la derivada del combustible, y muy especialmente la coraza horizontal. Se ha derivado la protección debida al combustible, en cierto modo, de la gran anchura de los barcos de combate, iniciada con la adopción del tipo *Dreadnought*. Respecto al aumento de las cubiertas blindadas, todas las noticias son de que en los nuevos tipos de buques se refuerzan en grado sumo. También la anchura de la faja blindada y la de la ciu-

dadela ha sido preciso aumentarla. En Inglaterra se ha llegado hasta 2 ms., y se hace preciso alcanzar esta dimensión y aun aumentarla para proteger todo lo posible cuanto hay debajo de la línea de flotación. En buques como el *Delaware*, de los Estados Unidos, el acorazamiento vertical tiene una altura de 5,436 metros por encima de la línea de flotación y 1,48 por debajo de ella. En este barco, botado al agua en 1909, el valor de la protección vertical se acrecienta con el espesor del combustible en una medida de un cuarto de la anchura total del buque. Los acorazados españoles, construídos actualmente en El Ferrol, llevan su protección vertical desde 1,20 por debajo de la línea de flotación hasta 5,00 por encima de la misma línea, y con espesores variables de 229 a 152, y, por último, a 76 mm. en la parte de la ciudadela, donde va la artillería media. Estos espesores se refieren a la zona central del buque, pues que disminuyen, como es sabido, desde ésta hasta proa y popa, en cuyos extremos los 229 milímetros de aquélla se convierten en 102.

Llevan, además, estos acorazados sobre la línea de flotación, y por debajo del piso de la artillería media, un espesor de combustible de unos 4 ms. No deja de contribuir éste a la defensa; se estima generalmente que un metro de carbón equivale a 21 mm. de coraza Krupp. Con este dato se puede calcular la protección que, en acero Krupp, ofrecen los acorazados españoles. En primer término, los 229 mm. de espesor de coraza; después, los 35 mm. de la parte inclinada de la cubierta, y, por último, los 98 mm. a que equivale la protección de 4 ms. de combustible; el total general es de 362 mm. de coraza Krupp. La plancha vertical de espesor medio y pequeño, como se encuentra en la batería de proa y acorazamiento de popa, ha perdido, en gran parte, mucha de su fuerza defensiva; sólo puede servir para rechazar a grandísima distancia las granadas de la artillería pesada, o las semiperforantes cargadas con explosivos. Se la ve en los buques de combate con diferentes espesores, desde 229 a 102 mm., y es la parte

del acorazamiento vertical que sigue en orden de altura a la faja blindada de gran espesor, principal protección del barco. Esta coraza de espesor medio, en unión de una fuerte cubierta blindada, es la que asegura la principal protección interior del buque. Cuando obra sin la cooperación de la plancha acorazada horizontal, necesita, al menos, un espesor de 180 mm. para resistir las granadas pesadas a las grandes distancias de combate.

*
* *

Por primera vez aparece la turbina de vapor, como elemento de propulsión en los buques de línea, con el *Dreadnought*. Sus propiedades capitales, las que la diferencian de la máquina de movimientos alternativos, son varias, y entre ellas sobresale la posibilidad de lograr grandes velocidades, mayores, quizás, de las que se pueden alcanzar con las de cilindros, y la mayor economía de carbón con altas velocidades de marcha, que no se manifiesta de igual modo en las medias e inferiores. De modo que, si aún se quisiera aumentar la rapidez de los cruceros y torpederos, sería necesario dotar a estos tipos de buques de la turbina de vapor. El caso de los de combate no es el mismo, toda vez que el *Dreadnought*, con su velocidad de 21 millas, la hubiera logrado de igual modo con la máquina de movimientos alternativos. El único inconveniente con que se hubiera tropezado hubiera sido el del mayor espacio requerido por la máquina de cilindros, en sentido vertical, demandando también una protección especial, una especie de cúpula acorazada. Según la Memoria de construcción del *Dreadnought*, las ventajas obtenidas con la adopción de la turbina son las siguientes: economía de peso, sencillez de construcción, mayor seguridad contra las roturas y accidentes, marcha más suave, reducción del local ocupado por las calderas, a causa de la mayor economía de combustible, cuando las turbinas marchan a grandes velocidades. Si a éstas añadimos la ausencia de condensación del aceite, de particular importancia para la conservación de

las calderas; la carencia de las vibraciones, derivadas de la misma máquina, y el escaso consumo de aquellas materias que son necesarias para su marcha, tendremos condensadas todas las ventajas que ofrece la turbina de vapor. Ahora bien, y mientras sus condiciones no mejoren, tiene en su contra el gran consumo de combustible a pequeñas y medias velocidades, que son las corrientes y económicas de los buques de combate en tiempo de paz. En este punto, con efecto, no puede luchar con las máquinas de movimientos alternativos. Hasta tal punto aventaja ésta a la turbina, que, en los Estados Unidos, barcos de recientísima construcción, como el *Delaware*, llevan las antiguas máquinas verticales en lugar de las turbinas. De ensayos verificados se dedujo que mientras el *Delaware*, con la antigua máquina y un consumo de carbón de 2.500 toneladas, recorría, a 12 millas de velocidad, 9.300 millas, el *Dreadnought*, con 2.700 toneladas de consumo, a 13 millas, solo recorrió 6.020 millas.

*
* *

Todas las potencias del mundo, grandes, medianas y pequeñas, desarrollan de manera formidable sus armamentos marítimos. Lo mismo las grandes naciones, con intereses coloniales extensísimos, como Inglaterra, Francia, Alemania y los Estados Unidos, que el Japón, Italia, Austria-Hungría y España, que las Repúblicas Suramericanas, Brasil, Chile y la Argentina, se apresuran, las unas a fortalecer más y más su poder naval, y las otras a iniciar su creación con más o menos alientos, según los recursos financieros con que cuentan. Pero en este excepcional movimiento o tendencia en pro del poder naval, llama y concentra verdaderamente la atención de cuantos con atentísimo interés siguen estas cuestiones, la lucha entablada entre Inglaterra y Alemania por alcanzar la supremacía marítima. Y llama tanto más la atención esta lucha, por los caracteres que reviste. Hasta ahora, toda nación en posesión completa de todos los atributos de la soberanía, era muy

dueña de dar a sus armamentos navales o terrestres toda la extensión que a sus intereses o miras políticas conviniese, sin que ninguna otra potencia tuviera para qué intervenir. Ciertamente que, cuando alguna nación se imaginaba que los armamentos de otra iban dirigidos contra la primera, se apresuraba a pedir explicaciones sobre aquellos armamentos, y si éstas no satisfacían, la guerra era inminente. Mas ahora, el cuadro que ofrecen Inglaterra y Alemania es muy distinto: siempre con la idea de conservar la paz a todo trance, los armamentos se prosiguen con la actividad y en la medida que permiten los recursos financieros de los dos países, y con la particularidad característica de que, al llevar a las Cámaras los presupuestos de Marina, siempre los ministros del ramo, bien de motu proprio, o bien instigados por los miembros del Parlamento, se permiten críticas y observaciones sobre la política naval constructora de la otra potencia. En esta lucha de palabras, indudablemente la nación que se muestra más agresiva es Inglaterra: sus consejos, sus apreciaciones de la política de construcción naval alemana son un tanto impertinentes. El actual ministro de Marina inglés, Mr. Winston Churchill, joven de una acometividad portentosa, ha llegado en su discurso de Glasgow, como ya dijimos en nuestro primer artículo, a la afirmación de que así como una poderosa escuadra era esencialísima para asegurar la vida del pueblo inglés, la alemana era cuestión de puro lujo. Claro es que semejantes afirmaciones causan poca o ninguna impresión en Alemania, que sigue impávida la ejecución de sus leyes de construcción naval, sin disminuir, ni aun siquiera en un simple destructor o submarino, sus programas navales. Y todo cuanto dicen los ministros de Marina ingleses, más que otra cosa, parece poner de manifiesto el temor que a la poderosa y sin rival nación inglesa causa el creciente poder naval de Alemania. Y es verdaderamente para llamar la atención esta lucha: Alemania, sin tradiciones marítimas guerreras, excepto algunos combates navales de la Edad Media, en los tiempos de la Hausa, con no muy dilatadas cos-

tas en el continente europeo, lucha y se afana por conquistar el primer puesto en el mar, arrebatándoselo a la que lo poseía y posee, incontestablemente, desde hace más de un siglo. Los hombres sensatos de ambos países, ante la magnitud de los gastos que entraña esta lucha, han tratado de que las dos potencias se entiendan, que cambien impresiones, que se expliquen sobre las diferencias que puedan separarlas, si es que existen, y se llegue a una inteligencia que ponga un cierto veto a las construcciones navales. A esto obedeció la visita del ministro de la Guerra inglés, Lord Haldane, a Berlín, en el mes de Febrero, y sus conferencias con el Emperador Guillermo y sus ministros. Muchó se habló de esta visita, y aun cuando nada positivo se sepa de lo tratado en las conferencias, sus resultados, al fin y al cabo, han sido nulos o casi nulos. Y decimos esto, porque de nuevo el ministro de Marina, Mr. Winston Churchill, al llevar a la Cámara de los Comunes los presupuestos de su departamento para el ejercicio de 1912-13, en la magistral exposición que de ellos hizo, volvió de nuevo a alardear de sus intenciones provocativas, respecto de Alemania. Una vez más hizo saber que Inglaterra no se quedaría nunca detrás de Alemania, en cuanto se refiere a construcciones navales, y añadiendo que la Gran Bretaña se proponía siempre ser superior en un 60 por 100 a los programas alemanes. Esta declaración categórica parece demostrar, de una manera indudable, que las esperanzas de una inteligencia amistosa han desaparecido, y que la lucha va a seguir, cada vez más ardiente, entre los dos pueblos, con gran contentamiento de las Ligas navales y de los patriotas exaltados.

Bien demostrada parece la actual superioridad naval inglesa, y tranquilos debían quedar los *jingoistas*; pero no faltan espíritus inquietos que entretienen la desconfianza, haciendo circular las noticias más estupendas, respecto de la rapidez de construcción de los astilleros alemanes, y suponiendo que, para una determinada fecha crítica, la Marina alemana, unida desde luego a la de Austria-Hungría y a la de Italia; en una pa-

labra, la Marina de la Triple Alianza será muy superior en *Dreadnoughts* y *Super-Dreadnoughts* a la de la Gran Bretaña.

No es cosa fuera de duda que el Tratado de la Triple Alianza obligue a Italia a luchar con la Gran Bretaña, en el caso de una guerra de ésta con Alemania. Más seguro es contar con la ayuda eficaz de Austria-Hungría: los términos del Tratado; los servicios tan grandes prestados por Alemania a esta última potencia durante la crisis de la anexión de Bosnia y Herzegovina; los intereses comunes de los dos pueblos y la amistad de los dos emperadores, y, sobre todo, la de Guillermo II con el archiduque Francisco Fernando, heredero del Imperio austriaco, no dejan lugar a duda de que, si surgen diferencias y estalla una lucha entre Alemania e Inglaterra, las fuerzas navales austriacas combatirían al lado de las alemanas. La fecha señalada como crítica y propicia para una guerra es el año de 1915. En éste finará la Alianza del Japón con Inglaterra, y quedarán terminados, según todas las probabilidades, los canales del mar del Norte y de Panamá. Pero lo cierto es, que los pesimistas augurios de muchos ingleses que ven surgir los *Dreadnoughts* y *Super-Dreadnoughts* de los arsenales alemanes, como por arte mágico, no se realizarán. Hay muchos motivos para asegurarlo; la mayor rapidez con que los Astilleros oficiales y privados ingleses construyen acorazados y grandes cruceros, y la actual superioridad de Inglaterra, no sólo en *Dreadnoughts*, sino en buques del tipo anterior con menos de veinte años de vida y capaces de desempeñar brillante papel en los combates navales.

Según declaraciones del ministro de Marina en la Cámara de los Comunes, y según también las declaraciones de Sir William White, antiguo e ilustre jefe de construcciones navales en el Almirantazgo inglés, los astilleros británicos son capaces de terminar un acorazado o un crucero de las mayores dimensiones en un plazo de veinticuatro a veintisiete meses, que comprende desde la orden de construir hasta la fecha de entrega del buque, listo para prestar servicio. Es preciso tener

en cuenta que las pruebas de velocidad y las de artillería deben hacerse algunos meses antes de la entrega definitiva, empleándose este intervalo de tiempo en el examen de la maquinaria y en completar detalles de estructura y ajustes.

En Alemania, el tiempo ocupado en la construcción de los buques de línea desde la fecha de la orden hasta la de entrega definitiva, ha sido en estos últimos tiempos, de treinta meses, como mínimo, y de treinta y cinco como término medio; los ensayos estipulados en el contrato, tanto para velocidades como para artillería, han comenzado en fechas que variaban de veintiséis a treinta meses, a partir de la orden de construcción.

Como se ve, la diferencia entre los dos países es de ocho meses a favor de Inglaterra.

Aún no se satisfacen los críticos del Almirantazgo inglés con estas seguridades: aún hablan de aceleraciones secretas en los astilleros alemanes, y aún se les contesta que a estas aceleraciones de construcción debe acompañar el voto de créditos correspondientes, puesto que a toda ley naval acompañan los créditos necesarios para su ejecución, con especificación de lo que ha de ser gastado en cada ejercicio económico. La verdad es que este argumento tendría gran fuerza si los Gobiernos cumpliesen estrictamente las leyes; pero el alemán precisamente, cuando cree segura la mayoría del Parlamento en favor de sus planes, no vacila en ordenar la construcción de un material de guerra que no haya sido aún acordada por la Cámara, o en acelerar la fabricación si así conviniera. Los descontentadizos críticos del Almirantazgo inglés, anhelarían que el Gobierno alemán pusiese de manifiesto ante el inglés todo su pensamiento en la ejecución de un nuevo plan naval, y aun le avisase de toda variación introducida. Algo efectivamente de esto se ha hecho durante algún tiempo por los dos Gobiernos; pero tal línea de conducta tuvo fin cuando el Almirantazgo inglés proyectó el *Dreadnought*. Se creyó que este buque iba a causar una verdadera revolución en la guerra naval, y se observó el

mayor secreto en cuanto se refería a su trazado y armamento, no comunicando a las Cámaras ninguna noticia sobre el particular y, de consiguiente, mucho menos a Alemania. Siguió esta nación el camino que le mostraba su rival, y desde aquella fecha en adelante se dejó de publicar los datos referentes a los buques cuya construcción se comenzaba en los astilleros.

Si se quiere formar una idea de lo que eran en el pasado año las fuerzas navales de la Gran Bretaña y las de la Triple Alianza, en barcos de combate, podemos establecer el siguiente cuadro formado por Sir William White, teniendo presente que la denominación de barcos de combate comprende acorazados y cruceros acorazados.

NACIONES	CLASE DE BUQUES	Número de buques.	Desplazamiento. — Toneladas.	Fuerza en caballos.	ARTILLERÍA	
					Parada.	Secundaria
Gran Bretaña.	Dreadnoughts.	12	222.000	356.000	112	188
	Ante-Dreadnoughts	74	996.000	1.394.000	280	832
	Totales.	86	1.218.000	1.750.000	392	1.020

No se incluyen en el estado ocho buques del tipo *Royal Sovereign*.

Alemania.	Dreadnoughts.	9	180.000	296.000	100	108
	Ante-Dreadnoughts	31	354.000	538.000	98	454
	Totales.	40	534.000	834.000	198	562

En esta nota se incluyen cuatro *Dreadnoughts* que se estaban completando a mediados de 1911, y también dos *Ante-Dreadnoughts* de más edad aún y menos poderosos que el *Royal Sovereign*.

Austria.	Ante-Dreadnoughts	15	133.000	230.000	73	177
		19	187.000	330.000	47	258
Alemania y Austria.	Dreadnoughts.	9	180.000	296.000	100	108
	Ante-Dreadnoughts	46	487.000	768.000	171	631
	Totales.	55	667.000	1.064.000	271	739

Triple alianza.	Dreadnoughts.	9	180.000	296.000	100	108
	Ante-Dreadnoughts	65	674.000	1.098.000	218	889
	Totales.	74	854.000	1.394.000	318	997

Antes de pasar adelante, importa advertir que se denomina en este cuadro artillería pesada a los cañones desde el calibre de 23,4 inclusive en adelante, y secundaria a las piezas desde el de 20,3 inclusive e inferiores.

Desde luego, que, para formarse idea de lo que serán las Marinas de las cuatro potencias de que nos estamos ocupando, en Abril de 1915, será preciso añadir a los cuadros que acabamos de establecer otro que contenga los en construcción de las mismas potencias, y que seguramente han de estar en disposición de prestar servicio en la fecha indicada, y los que de Inglaterra y Alemania se pongan en trabajo durante todo el año de 1912 y los tres primeros meses de 1913, y para Alemania en la primera mitad de 1912, porque según la rapidez de construcción de que antes hemos hablado, característica de cada país, estarán terminados para la primavera de 1915.

En el pasado año de 1911 se construían en los astilleros oficiales y privados de Inglaterra, Alemania, Austria-Hungría e Italia, los buques de combate expresados en el siguiente cuadro, entendiéndose que todos son del tipo *Dreadnought* o más bien *Super-Dreadnought*.

Naciones.	Barcos.	Desplazamiento.	Energía en caballos.	ARTILLERÍA	
				Pesada.	Se- cundaria
Gran Bretaña y Australia	15	340.000	600.000	140	300
Alemania.	8	200.000	300.000	90	100
Austria.	4	80.000	100.000	48	48
Italia.	4	85.000	110.000	51	74

Según los datos estampados en el *Libro de bolsillo de la Marina alemana para 1912*, se observa que, al comenzar el año de 1915, Inglaterra tendrá treinta y dos buques de combate, acorazados, y cruceros acorazados de los tipos *Dreadnought* y *Super-Dreadnought*. De éstos, los cuatro acorazados del presupuesto de 1911-12, con un desplazamiento de 27.000 toneladas,

montarán 10 cañones de 34,3 cm. y 10 de 19,2; y su longitud o eslora de 176,8 metros. Las otras características de los buques se desconocen. Los cruceros acorazados del mismo presupuesto tendrán desplazamiento de 26.800 a 30.000 toneladas, con velocidad de 28 millas, montando 8 cañones de 34,3 cm. y 16 de 10,2, con cinco tubos lanzatorpedos de 53 cm. de diámetro, cuatro de costado y uno a popa. La máquina propulsora será del tipo de turbina con una energía de 70.000 caballos; la eslora alcanzará 205,9 metros, 26,4 la manga y 8,2 la parte sumergida. Además de los barcos enumerados, Inglaterra contará, como ya hemos dicho, para la primavera de 1915, con todos los buques empezados a construir en este año de 1912 y en los tres primeros meses de 1913, cifra que podrá ser mayor o menor, según la Marina alemana coloque más o menos quillas en el actual ejercicio.

Alemania dispondrá en la misma fecha de veintitrés *Dreadnoughts* listos para el servicio, incluyendo ya en este número los dos que, según la ley naval de 1908, han de empezarse en 1912. De estos buques, el *Libro de bolsillo de la Flota alemana*, no indica característica alguna. Austria-Hungría e Italia poseerán cuatro cada una de ellas; de modo que, sumados a los 23 alemanes, se obtendrá un total de *Dreadnoughts* para la Triple Alianza, en la primavera de 1915, de 31. Como se echa de ver, desde luego, si Inglaterra no empezase la construcción de ningún acorazado en este año, la diferencia entre sus fuerzas marítimas y las de la Triple Alianza sería bien pequeña: de dos *Dreadnoughts* solamente, y casi casi la alarma de los pesimistas ingleses estaría justificada, si no se tuvieran presentes ciertas consideraciones. En primer término, que este año, como el anterior, se han de colocar las quillas a tres o cuatro acorazados que se terminarán antes de Abril de 1915. En segundo lugar, no es absolutamente seguro, como ya se ha dicho, que Italia ayude a Alemania con su flota en una lucha con Inglaterra. Tomando en cuenta estas dos consideraciones, la superioridad de Inglaterra sobre Alemania y Austria-Hun-

gría reunidas, sería, por lo menos, de 10 *Dreadnoughts* en 1915. Mas no es en este punto solo donde aparece la superioridad británica: en los *Ante-Dreadnoughts*, se manifiesta con mayor realce. Si se descartan todos los buques que en 1915 hayan cumplido veinticinco años, edad máxima adoptada por el Almirantazgo alemán, el cuadro siguiente nos dará el número de *Ante-Dreadnoughts* de que dispondrán Inglaterra y las potencias de la Triple Alianza en la primavera de 1915.

Potencias.	Buques.	Desplazamiento. — Toneladas.	Energía. — Caballos.	ARTILLERÍA	
				Pesada.	Media.
Gran Bretaña.....	65	860.000	1.300.000	244	724
Alemania.....	29	335.000	520.000	86	446
Austria-Hungría.....	11	112.000	190.000	61	149
Italia.....	15	156.000	275.000	43	192

Como vemos, aparece una diferencia de 10 buques y 90 cañones de grueso calibre en favor de Inglaterra, y de 63 de mediano calibre a favor de la Triple Alianza. Si descartamos a Italia, la diferencia a favor de Inglaterra será de 25 buques con 97 piezas de grueso calibre y 129 de mediano. Desde luego, es bien evidente la superioridad británica, y, por lo menos en la fecha indicada de 1915, nada tendrá que temer. Donde realmente no aparece la superioridad es en la clase de pequeños cruceros, destinada, como es sabido, a servir de avisos y exploradores a las flotas de guerra y a proteger el comercio y las comunicaciones. Que su papel en las guerras marítimas es importantísimo, no cabe dudarlo, y la Historia está a su lado para demostrarlo. ¡Cuántas veces no se quejó Nelson durante las luchas napoleónicas, de la falta de fragatas que le impedía conocer, como hubiera deseado, los movimientos de sus adversarios! Ciertamente que los modernos desarrollos de las máquinas propulsoras, la telegrafía sin hilos y algunos otros detalles de la dotación del buque de guerra, a pesar de su importancia, han dejado intacto el principio funda-

mental de que son necesarios tipos especiales de cruceros, y más aún que para asegurar el éxito de las operaciones navales, es condición esencial disponer de un gran número de semejantes buques.

Durante los años 1903-1909 abandonó el Almirantazgo inglés la construcción de cruceros protegidos: algunos buques de este tipo fueron borrados de las listas oficiales, disminuyendo, por tanto, el número considerablemente. En el ejercicio de 1908-1909 volvió de nuevo a emprenderse la construcción de estos barcos, y en la actualidad, la Marina inglesa dispone de 17 cruceros que no exceden de diez años de vida. Alemania, en cambio, tiene hoy 23 y 6 en construcción: en este último estado cuenta Inglaterra 9, incluyendo 6 repartidos en dos grupos de a tres para el Canadá y la Australia.

Lo que demuestra que nada se ha adelantado con la visita de Lord Haldane a Berlín, es lo ocurrido con el destino dado al superávit inglés del ejercicio pasado. Por vez primera se vanagloriaba el ministro de Hacienda al llevar a la Cámara de los Comunes el presupuesto del año actual, de un superávit de 162 millones de pesetas oro, y en el curso de su exposición dijo que, lejos de emplearlos en amortizar deuda pública, quedaban a disposición del ministro de Marina, para acudir a los presupuestos extraordinarios que en el curso de este ejercicio o de los subsiguientes pudieran ocurrir. Ventaja, y bien grande, a favor de Inglaterra, es la empeñadísima lucha actual con Alemania, para sostener y conservar el señorío de los mares, mientras que ésta, para realizar sus proyectos de elevar en un 50 por 100 sus escuadras de combate en las aguas de la Metrópoli, se verá obligada a establecer nuevos impuestos, cuya votación por el Reichstag no es muy segura. Cierto es que Inglaterra demandará a los contribuyentes, en los años sucesivos, créditos mayores que los pedidos con destino a la Marina en el actual ejercicio. Cierto también que el ministro de Hacienda no anunciará, dentro de un año, a la Cámara una tan brillante liquidación del ejercicio económico: la gigantesca

huelga de los mineros, y sus perturbaciones consiguientes en las demás industrias, que son casi todas las restantes inglesas, y los demás conflictos entre el capital y el trabajo, que ya se anuncian por los agitadores socialistas como muy probables en todo este año, son otros tantos indicios de que la recaudación en el actual año económico, no alcanzará las elevadas cifras del pasado. Mas, hoy por hoy, las ventajas financieras están de parte de Inglaterra. Y a fe que bien lo necesitará la Gran Bretaña. Porque su rival, como consecuencia del mayor número de barcos que va a construir en estos años próximos, intenta reforzar la Escuadra verdaderamente de alta mar, estacionada en aguas de la Metrópoli, y que consta de dos divisiones o escuadras de ocho acorazados cada una, formando un total de 17, incluyendo el buque insignia del jefe de las dos escuadras, con otra división de ocho más. Y si a esto se añade que la escuadra de cruceros será de 10 acorazados del tipo *Dreadnought*, la suma total de buques de combate, en brevísimos años sera de 35 de la clase mencionada.

Para tripular los nuevos barcos necesario es que los alemanes eleven sus actuales efectivos de oficiales y tripulantes, y provean a todas las demás necesidades derivadas de este aumento.

Fácil es comprender que el Almirantazgo inglés no se habrá dormido en presencia de estos planes, con que parece contestarse por Alemania a las rotundas afirmaciones de Mr. Winston Churchill; ya se anuncia públicamente, y se detallan las unidades con que será preciso aumentar las flotas de la Metrópoli para responder al programa alemán. Los aumentos serán los siguientes: Un acorazado, como buque insignia, del comandante en jefe de la Escuadra de la Metrópoli; dos acorazados para la Escuadra del Atlántico, la cual será traída desde Gibraltar a Inglaterra para reforzar las de la Metrópoli; una nueva de ocho acorazados para reforzar eventualmente la primera Escuadra; una nueva de cruceros acorazados, que debe ser también añadida a la flota anterior; dos acorazados más,

para aumentar la Escuadra del Mediterráneo, y a la que se agregará una división de cruceros acorazados. Y, por último, se pondrán en activo servicio un gran número de torpederos y submarinos.

Fácil es darse cuenta, en efecto, del gravamen sobre los presupuestos que estos aumentos implican, especialmente en lo que se refiere al personal; porque, como hace muy bien notar el *Daily Telegraph*, mientras que Alemania obtiene sus hombres mediante la ley de servicio obligatorio, Inglaterra nutre las tripulaciones de sus barcos, lo mismo que las filas de su ejército con voluntarios, y como se requieren seis años para formar un marinero, preciso será que comience desde luego a preparar e instruir estos futuros tripulantes. Y lo mismo ha de hacerse con los oficiales. Es realmente colosal el esfuerzo ineludible si Inglaterra, como parece decidida, quiere mantener la supremacía sobre Alemania en la medida tantas veces indicada. ¿Cómo terminará esta lucha titánica? No es fácil preverlo: se provocará la guerra por la Gran Bretaña, como algunos patriotas ingleses han aconsejado, antes de que Alemania y Austria acaben de prepararse y sea más sencillo vencerlas? Muy problemático es que esto suceda con Gobiernos tan prudentes y de buen sentido como son los alemanes; no es fácil se dejen llevar por la prensa y los *jingoistas* de su país, y no habían de ofrecer el más mínimo pretexto para llegar a cuestiones cuya única solución honrosa fuera la guerra.

Inglaterra, indudablemente, si Alemania no llevase sus armamentos navales en la medida actual, si consintiere en reconocer la supremacía naval de la primera, no pondría dificultad en vivir cordialmente con el Imperio teutónico. Tienen en general los ingleses mayores simpatías por los alemanes que por los franceses. No se borran fácilmente los recuerdos de tantas luchas en la Edad Media y en la Moderna, y la inteligencia cordial no parece tener muy hondas raíces en los dos pueblos. Y, sin embargo, hay síntomas de que esa inteligencia cordial trata de convertirse en alianza, a consecuencia del fracaso de las

negociaciones de Lord Haldane. Cuando se negoció el actual *modus vivendi*, algunos políticos ingleses hubieran deseado convertirla en alianza; más en Francia por aquel entonces, se pensó que siendo lo más interesante para ella disponer de grandes fuerzas militares que oponer a los ejércitos del Kaiser, en ese punto especial la ayuda de Inglaterra no sería de gran valor, toda vez que, a lo sumo, podría llevar al Continente 150 ó 160.000 hombres, y tratándose de los ejércitos de Alemania y Francia, movilizadas con todas sus reservas, esas cifras representaban bien poco, aun cuando, como se había pensado, desembarcaran en el mar del Norte y atacaran por la espalda a los alemanes. Se perciben síntomas, en la actualidad, de que se desea, por parte de Inglaterra, no sólo conservar la inteligencia, sino estrecharla por lo menos, ya que había quedado un tanto quebrantada al terminar la crisis del verano de 1911. Los síntomas observados probarían, al fin y a la postre, que Inglaterra no quisiera encontrarse sola en la futura lucha naval, o por lo menos contribuir a evitarla, aliándose a Francia. Esta nación, que había descuidado un tanto su Marina, sobre todo después de la inteligencia cordial con la Gran Bretaña, ha encontrado en Mr. Delcassé, el hombre inteligente y de gran carácter que hacía falta a la Marina francesa para levantarla del estado en que se encontraba. Lo mismo en su energía para corregir faltas en la administración de los arsenales, en sus talleres, en los servicios de las pólvoras, que en sus planes de desarrollo de la Escuadra, ha mostrado de lo que es capaz un hombre alentado por el patriotismo y con la mente siempre fija en la revancha. Este Ministro ha llevado a las Cámaras un proyecto de construcciones navales que implica un gasto de 1.400 millones de francos. Su aprobación no ha sido difícil: se encuentra ahora la nación francesa en un período de fiebre patriótica, mantenida hábilmente desde el Ministerio, y sobre todo, por la mayor parte de la Prensa, y en este ambiente, claro es que ha de prosperar sin dificultad cuanto tienda a aumentar el poder marítimo de la Francia.

Si la alianza ofensiva y defensiva entre Inglaterra y Francia se realizase, sería, indudablemente, una grandísima contrariedad para Alemania; pero, ¿es que ésta y Austria-Hungría han dicho ya su última palabra?

LEANDRO CUBILLO.

LA AMÉRICA MODERNA

El militarismo y el imperialismo. Su carácter en Europa. El ejemplo de Alemania. Economistas e historiadores alemanes. El poder naval alemán según Adolfo Wagner. El imperialismo en Suramérica. El A B C suramericano; su desenvolvimiento. Fundamentos y posición internacional de la Argentina, Brasil y Chile.—La cuestión del Putumayo y Pío X.—La región amasónica del Perú. Estado de la población.—El socialismo argentino y la legislación obrera.—Desarrollo económico de la Argentina, 1911 y 1912. Riqueza vitivinícola. Distribución geográfica.—El Ecuador y el Canal de Panamá.

El pacifismo antimilitarista es un producto de la mezcla de vagos sentimentalismos y de visiones utópicas que se funden en concepciones abstractas que no tienen punto de contacto alguno con la realidad. El Zola de trabajo escribe como un visionario lleno de hinchazones líricas; sus capítulos son de vuelo aerostático; pretende caminar soñando y avanzar en la vida lanzándose por campos imaginarios; toda la actividad industrial la convierte en artes de la paz; sus fábricas producen rieles, no granadas. En una novela de sus tiempos de vigor, en la *Débacle*, describe el ejército francés como una manada de leones dirigida por asnos; los generales no saben Geografía, las granadas de los cañones franceses estallan a mitad de la trayectoria, la administración militar suministra cartuchos malos, los médicos son insuficientes; todo lo contrario ocurre en las filas alemanas. En aquella novela, el lector ter-

mina empalagado por la literatura de infantil optimismo; en ésta, la primera deducción que se hace es la de condenar la ausencia total de previsión francesa. Una obra significa experiencia; la otra, delirio imaginativo; después de la lectura de ambas, la convicción que prevalece es la de la necesidad de precaverse mediante todas las artes racionales contra los peligros que amagan a una nación. Al final de todo género de reflexiones, como pensador imparcial, repito la sentencia clásica, *si vis pacem para bellum*.

La paz armada trae consigo grandes gastos que son inevitables, pero que pueden considerarse como precio de un seguro nacional, y éste como condición indispensable del desarrollo del país. No es la busca de la gesta guerrera, de la aventura legendaria, lo que empuja a muchos países por el camino del imperialismo, que en definitiva no es más que la realización de un desenvolvimiento. Las opiniones emitidas por los más eminentes economistas e historiadores alemanes en el último quinquenio del siglo XIX, a propósito de los planes de construcción de la escuadra imperial, dan a conocer hasta la saciedad la significación nacional de las orientaciones imperialistas. Los economistas se llaman Gustav Schmoller, Max Sering, Adolph Wagner, v. Halle, Hermann Schumacher, K. Lamprecht, Richard Ehrenberg, Ernest Francke, Paul Voigt. Todos sus trabajos, compilados y publicados en Alemania, sirvieron de base científica para la defensa de los planes de desenvolvimiento del poder naval del Imperio (1).

Es Wagner el que escribe. Tenemos fuerza suficiente en el ejército, pero no en el mar; nos parecemos a un hombre que solo puede utilizar para su defensa un brazo libre, no los dos. Contra un bloqueo no podríamos hacer nada, defender nuestros puertos del Norte, asegurar nuestra exportación, la importación de alimentos, el trabajo de nuestra población; como miembro de la economía mundial, la economía nacional ale-

(1) *Handels und Machtpolitik*, Stuttgart, 1900.

mana es completamente precaria. Los fundamentos de este desenvolvimiento son políticos y económicos. Los gastos de ejército y marina, dentro de las relaciones totales de la vida del Estado y de la vida económica, son los supuestos necesarios de otros gastos y de otros fines. *Primeramente seguridad, protección y el poder necesario para ello; después el Fomento del bienestar y de la cultura, que sin aquella seguridad no pueden tener consistencia alguna.* El olvido secular que nosotros los alemanes hemos tenido para estas sencillas reglas de vida política y económica, nos ha acarreado daños políticos, económicos y culturales. Alguna vez hemos de aprender la Historia. Los gastos necesarios para el ejército y la armada pertenecen precisamente a los gastos necesarios de la economía alemana, son la consecuencia necesaria de relaciones dadas.

El insigne profesor Adolfo Wagner afirma terminantemente que es una locura lamentar tales gastos, como lo sería igualmente el que en un país expuesto a las inundaciones del mar y de los ríos, como Holanda, se clamase contra los gastos de defensa en construcción de diques, y se pretendiese ahorrar cada vez más. En tal caso, no solamente se sepultaría su florecimiento, sino también su existencia. Lo mismo puede decirse de los gastos relativos al poder en tierra y en mar.

No solamente se hace la impugnación de la cuantía de los gastos militares, sino también la de su improductividad. No pueden considerarse como gastos improductivos, si bien no caen en la categoría de rentables, como son los ferrocarriles, por ejemplo. «Directa e indirectamente reproducen económicamente su valor en el efecto total para nuestra economía y para la vida total del pueblo y del Estado», escribe Wagner. La improductividad del trabajo inmaterial y de los servicios del Estado es una falsa doctrina. Todo lo que reclama el empleo de medios económicos para asegurar las condiciones de vida de una nación, de su Estado, de su economía, y para crear y mantener capaces las instituciones necesarias, es productivo. Esto puede decirse en la cuestión de los gastos militares.

Después de tratar los fundamentos generales del desarrollo militar de grandes Estados, como Alemania, el resto de los grandes escritores, antes mencionados, acomete la empresa de examinar la pluralidad de cuestiones conexas al tema. De todo ello se deduce que el llamado militarismo europeo, sobre todo cuando se hace referencia a Alemania, es una denominación impropia, porque no es la magnitud militar lo que determina la aparición del militarismo, sino la suplantación de los poderes civiles por los elementos militares en la gobernación de un Estado; el militarismo es la oligarquía de las espadas, no la abundancia de las mismas. En este sentido puede decirse que en Nicaragua hay militarismo, y en Alemania, no. El llamado militarismo europeo y el imperialismo, no es una tendencia guerrera, propia de pueblos invasores, sino una exigencia nacional, ya buscando la expansión por plétora de vida, ya la seguridad del país dentro del sistema político internacional en que está comprendido. Esto ocurre en el imperialismo europeo.

En la América hispánica, la orientación imperialista va acentuándose, si bien ofrece particularidades que le diferencian del imperialismo europeo. Ahí está el ejemplo del A B C suramericano.

El A B C suramericano significa la unión de las repúblicas suramericanas Argentina, Brasil y Chile. Algunos han señalado como origen de tal idea de alianza, la reacción de los países americanos del Sur, ante la actitud de las grandes potencias europeas en los conflictos provocados por la falta de cancelación de deudas de Estado; la reacción ante el imperialismo norteamericano señalan otros como causa... En el fondo no es más que el instinto de conservación lo que impele a las repúblicas suramericanas a intentar su unión, y aumentar los respectivos armamentos. La cuestión de las Orcadas, entre la Argentina y la Gran Bretaña; la reclamación Alsop, entre los Estados Unidos y Chile; la cuestión sanitaria, entre Italia y la Argentina, son demostraciones de la suerte a que pueden estar

abocadas las repúblicas suramericanas. La menor falta cometida, se dice en América, voluntaria o involuntaria, contra los súbditos o los intereses de los grandes Estados, ha determinado inmediatamente el envío de un *ultimátum*, y no pocas veces la humillación del país americano. Las repúblicas del Centro, sobre todo, ofrecen muchos ejemplos de esto. He aquí la serie de hechos sobre los cuales se desenvuelve la idea de la unión o alianza del A B C suramericano, que en realidad no es sino el principio de un imperialismo suramericano.

La muerte del ex-canciller brasileño, barón del Río Branco, escribe P. A. Monjas, en *España y América* (Setiembre de 1912), debe considerarse como punto de partida de los nuevos derroteros en que ha entrado la política suramericana, y que ha motivado el que se haya reproducido con entusiasmo sin igual el famoso proyecto del A B C. Está fuera de toda duda que el ex-ministro de Estado del Brasil fue enemigo declarado de la Argentina. Su política no tuvo otro móvil que aislar a ésta, vencerla y humillarla. Si este político, nefasto para la unión de los pueblos latinos del Sur, no se hubiera entregado en brazos del Gobierno de Wáshington, y no hubiera soñado con una hegemonía imposible, haría ya algunos lustros que la confederación de las tres grandes repúblicas sería un hecho. Fue un astro que llegó a deslumbrar a la opinión de su país haciéndola creer en peligros imaginarios por parte de su vecina la Argentina, y momentos antes de eclipsarse para siempre, pudo ver que sus destellos no habían llegado hasta las altas esferas. Faltaba, pues, para que pudiese hablarse con fundamento del A B C suramericano, que desapareciese la animosidad entre estos dos países hermanos, rivales y vecinos; unirlos con vínculos estrechos, obligarlos a ir de común acuerdo, en bien de sus mutuos y valiosos intereses. De esto se encargó el actual presidente, Sr. Hermes da Fonseca, nombrando canciller al ingeniero Sr. Lauro Müller, y designando al Dr. Campos Selles en calidad de ministro plenipotenciario del Brasil ante el Gobierno de la Casa Rosada. Dos nombramientos acer-

tados que han venido a disipar brumas internacionales y a iniciar una era de paz y de acercamiento en pro de la unión de las tres naciones principales de la América latina.

Comprendió el nuevo ministro de Relaciones, brasileño, la necesidad de suavizar asperezas y echar por tierra los sueños fantásticos de su antecesor, ante la imposibilidad de sobreponerse a la Argentina por carecer de dinero, armamento, y por falta de uniformidad y carácter en la raza; vió el ambiente de desconfianza que engendraba en el exterior la política de Río Branco, provocadora y ambiciosa, y, con muy buen acuerdo, sin importarle un ardite los gritos de la prensa vocinglera y de la minoría partidaria de las ilusiones del barón, y secundando admirablemente los planes del mariscal da Fonseca, mandó a Buenos Aires, como representante del Gobierno, al citado doctor Campos Salles, ex-presidente de la República, persona grata al Gobierno del Plata, de grandes méritos en la vida diplomática, muy estimada en los círculos sociales y políticos bonaerenses, que vieron en esta designación una prueba de amistad y confianza por parte del Brasil, deseoso de concluir con la propaganda alarmista y las odiosidades explotadas sin fundamento, durante largos años, con perjuicio evidente de los dos países limítrofes.

La Argentina no se quedó atrás en corresponder a este proceder amistoso e hidalgo de la cancillería de Itamaraty, y escogió para plenipotenciario uno de sus hombres más prestigiosos, político de altos merecimientos, ex-presidente de la República repetidas veces, el general D. Julio A. Roca, persona que goza de grandes simpatías en la alta sociedad, en el pueblo y en el Gobierno brasileño. Esta cordialidad de relaciones ha dado lugar a que la recepción oficial del ministro de Río haya revestido caracteres extraordinarios, en medio de las aclamaciones de la multitud, descollando en los discursos cambiados con tal motivo la nota pacifista, en que se ponderó con gran patriotismo la mutua amistad que debe reinar siempre entre las dos hermanas gemelas por la comunidad de intereses e

ideales. Después de este fausto acontecimiento, puede afirmarse que ya no existen fronteras entre los dos países: los argentinos pueden considerar su suelo como una prolongación hasta Panamá, y los brasileños, como otra prolongación de su territorio hasta el Estrecho de Magallanes.

Chile, la otra nación que entra en esta tríplice suramericana, ha celebrado este acercamiento de los dos pueblos hermanos, con los cuales mantiene las mejores relaciones. La amistad chileno-brasileña data ya de muchos años, y no se ha visto interrumpida por cuestiones de ningún género. Por lo que hace a la Argentina, desde los memorables pactos de Mayo, cada día se han ido afianzando más y más los afectos hacia su antigua rival Chile, y hoy, ¡quién lo dijera!, son los dos pueblos que, atentos al bienestar común, dan ejemplo a las demás repúblicas de verdadera confraternidad suramericana.

La Argentina tiene en construcción dos *dreadnoughts* poderosísimos, la última palabra en el arte naval, que surcarán muy pronto los mares, y trata de obtener de las Cámaras la aprobación para un tercero. Tiene en servicio tres acorazados de combate, cuatro cruceros blindados, dos cañoneros, dos fragatas, cuarenta torpederos, seis *destroyers* más a punto de terminarse en astilleros yanquis y un submarino. La armada chilena se compone: de un acorazado de combate, un buque guardacostas, siete cruceros y setenta torpederos.

En astilleros ingleses está terminándose el *dreadnought Valparaíso*, y muy pronto se pondrá la quilla del *Santiago*, con un desplazamiento de 28.000 toneladas cada uno, y además se activa la construcción de cuatro *destroyers* y dos submarinos. El Brasil no va en zaga a sus competidores, y cuenta ya en servicio con tres *dreadnoughts* formidables, siete cruceros, quince torpederos, *destroyers*, submarinos, etc.»

En 1904, el barón de Río Branco mandó construir para el Brasil veintisiete unidades de combate, inaugurando en Sur-América la paz armada. Desde entonces, roto el equilibrio financiero, aumentados sin tasa los armamentos, esas naciones

realizan un sacrificio enorme y un esfuerzo superior a sus energías, atentatorio a su bienestar económico...

Los enemigos de la tríplice suramericana objetan que no se vislumbran peligros, y huelga, por lo tanto, esta federación. Como si la prudencia no fuera una gran virtud ante los hechos que registra la Historia; como si debiéramos dejar la puerta abierta porque el ladrón no entró un día en ella, dispuesto como está siempre a hacerlo en la primera ocasión.

Otros atacan el A B C suramericano, porque amenguaría las buenas relaciones con la poderosa República del Norte. Estos son los panamericanistas, los que prefieren ir uncidos al carro de Wáshington, aunque por ello hayan de sufrir vejaciones; los que no se reconocen mayores de edad y viven a gusto con la tutoría yanqui.

*
* *

Los crímenes cometidos con los indios del Putumayo (Perú) por la *Peruvián Amazón Company*, han tenido una resonancia inmensa. Merced a ésta, se han hecho estudios sobre tal estirpe indígena; se han recordado las informaciones de tiempo realizadas sobre la antropología y psicología de tales restos de la raza incásica y, por último, el Pontífice Pío X ha publicado su encíclica titulada *De conditione indorum*.

La denuncia de tales crímenes la hizo el Gobierno inglés en un *Libro Azul*, remitido a Cancillerías y Parlamentos, en donde consta la Memoria del Cónsul inglés en Lima, Mr. Roger Casement, sobre las crueldades y crímenes cometidos con los indios del Putumayo.

Hace dos años, Mr. Hardenberg denunció en las columnas del periódico *Truth* los abusos de la *Peruvián Amazón Company*. Este artículo causó gran sensación en Inglaterra, y sir Edward Grey comisionó a sir Roger Casement, entonces Cónsul general inglés en Río Janeiro, para que investigase la verdad e informase al Gobierno británico. Las informaciones ofi-

ciales de sir Casement coincidieron en un todo con las denuncias de Mr. Hardenberg. De ellas resulta que las 4.000 toneladas de aljofifa, que dicha compañía ha importado a Inglaterra en doce años, han costado a Putumayo más de treinta mil vidas. Sus bárbaros agentes organizan partidas de caza de indígenas, en las cuales mueren gran número de indefensos indios, y toman como inocente pasatiempo el atormentarlos cruelmente, sometiéndolos a las más espantosas torturas y amputándoles los miembros horriblemente. Hombres y mujeres, niños y ancianos, llevan, según la información oficial, señales indelebles de la inhumana crueldad de estos salvajes. El Gobierno inglés y el de los Estados Unidos han pasado una nota al Gobierno peruano, pidiéndole que ponga pronto y eficaz remedio a tanta barbarie y crueldad. El *Times* propone, como el medio más eficaz para remediar el mal y evitarlo en lo sucesivo, el establecimiento en Putumayo de una misión católica, «pues — como dice el gran rotativo anglicano—el espíritu de Fr. Bartolomé de las Casas sobrevive en los frailes católicos». El Gobierno del Perú ha prometido su apoyo a la misión, y en Inglaterra se ha abierto una suscripción para reunir 15.000 libras esterlinas, con cuyo capital se cree asegurado su porvenir.

Relacionada con tan desagradables sucesos, circula actualmente en la prensa londinense la siguiente carta, dirigida a Mr. Asquith, Presidente del Consejo de Ministros de Inglaterra:

«Señor: Los abajo firmados, en vista de las horribles atrocidades perpetradas en el distrito del Amazonas, merced a las cuales, en un espacio de cinco años, la población india ha sido reducida, de 50.000 individuos que antes eran, a 8.000; y considerando que ésta es una marcha nefanda sobre la civilización de este siglo, y que cae en cierto grado sobre la Gran Bretaña, ya que la compañía, bajo cuya acción estas atrocidades han tenido lugar, tiene su centro general en Londres, y que el caucho obtenido por este sistema sanguinario, encuentra su mercado principal en Londres, nos permitimos llamar la atención

de usted, para manifestarle que es un deber de la Gran Bretaña, obrando de acuerdo con los Estados Unidos, tomar medidas inmediatas para poner fin a este estado de barbarie. La doctrina proclamada en 1823 por el presidente Monroe, manifiesta que los Estados Unidos verían «toda intervención de potencias europeas con el objeto de dirigir los destinos de los Gobiernos independientes del continente americano con una manifestación de disposición poco amigable hacia los Estados Unidos».

«Consideramos, por tanto, que el Gobierno británico debe pedir la cooperación de los Estados Unidos para poner fin inmediato a estas atrocidades, y para que sean castigados los culpables.»

Pío X recoge el clamor que el sentimiento de simpatía humana ha elevado ante hechos tan inauditos, y dedica a la cuestión una encíclica: *De conditione indorum*. Sus párrafos más interesantes dicen así:

«Conmovido profundamente por el estado lamentable de los indios de la América del Sur, nuestro ilustre predecesor Benedicto XIV hizo suya, como sabéis, la defensa de la causa de ellos en las Letras apostólicas *Inmensa Pastorum*, expedidas a 22 de Diciembre de 1741; y porque los males que él entonces deploraba son los mismos que Nos ahora tenemos que deplorar en muchas partes, parece oportuno recordar sus palabras. Lamenta allí, entre otras cosas, Benedicto, que aunque por largo tiempo y con solícita insistencia venía la Sede Apostólica procurando mejorar la triste suerte de los indios, aún había, sin embargo, «hombres de fe ortodoxa que, como olvidados enteramente de la caridad difundida por el Espíritu Santo en nuestros corazones, o reducen a esclavitud, o venden o despojan de sus bienes a estos pobres indios, no sólo a los privados de la luz de la fe, sino también a los regenerados por el agua del bautismo, tratándolos con tanta inhumanidad, que los alejan de la fe de Cristo y a odiarla los incitan»... Ciertamente, algo se ha hecho en favor de los indios; pero es mucho más lo que hay

que hacer. Y cuando consideramos los daños y crímenes de que son víctimas, horrorízase el ánimo y nos entristece la más profunda compasión por aquella raza infortunada. Porque ¿hay nada tan cruel y bárbaro como quitar la vida a seres humanos, a golpes de vara o con láminas candentes, casi siempre por causas levísimas y no rara vez por mera complacencia en atormentar, o caer sobre ellos con repentina violencia para hacerlos perecer a centenares, a miles, en horrible matanza, o asolar sus pagos y aldeas para acabar con los indígenas, de quienes por cierto sabemos que algunas tribus han sido en los últimos años totalmente exterminadas?»

«...Y ahora, para que Nuestra autoridad añada la mayor eficacia posible a cuanto hagáis en favor de los indios por vuestra iniciativa o por exhortación Nuestra, siguiendo el ejemplo de Nuestro citado predecesor, condenamos y declaramos reos de inhumano delito a los que, como él dice, «osen o presuman reducir a esclavitud, vender, comprar, conmutar o donar, separar de sus esposas y de sus hijos, despojar de sus cosas y bienes, conducir o transportar a otros lugares, o de cualquiera modo privar de la libertad, retenerlos esclavos o prestar a los que esto hagan consejo, ayuda, favor, bajo cualquiera color o pretexto, o enseñar y proclamar que todo esto es lícito, o de cualquiera otra manera cooperar a lo dicho». Y por tanto, queremos que se reserve a los ordinarios de los lugares la facultad de absolver de estos delitos en el fuero sacramental.

Esto hemos creído oportuno escribiros, venerables hermanos, en bien de los indios, así para obedecer a los impulsos de nuestro corazón paternal, como para seguir las huellas de muchos de nuestros predecesores, entre los cuales mencionaremos nominalmente a León XIII, de feliz memoria.»

Los terribles hechos de inconcebible barbarie, cometidos por comerciantes del siglo xx en tierras de indios, y la protesta del Pontífice romano, hacen volver el pensamiento a los tiempos de la colonización americana, cuando sólo por evitar los

horrores de la guerra, los misioneros españoles exaltaban la caridad cristiana y aparecían las apostólicas figuras del P. las Casas, el abnegado; del P. Acosta, el científico generoso.

*
* *

El aislamiento en que vive la población del Perú oriental, por la situación geográfica que la convierte en Hinterland casi inaccesible, es causa del atraso que se nota en todos los órdenes de la vida. Una expedición hecha por el P. Laurentino Alvarez, por la región amazónica, y recogida con profusión de datos por el mismo, revela bien claramente el estado social de aquellos grupos de población peruana.

Llevado por una misión evangelizadora, el P. Alvarez salió de Iquitos, capitalidad de región, y navegando en una canoa, comenzó a visitar los escasos poblados de la ribera. De seis niños que le fueron presentados en el primer poblado, sólo uno era legítimo; no se presentaron los padres, pero sí los padrinos. He aquí unos exámenes interesantes que indican el grado de formación religiosa de aquellas gentes:

«—¿Cuáles son las obligaciones del padrino?, pregunté a uno de los que comparecían como tales.—No sé, mi Padre, me contestó.—¿Y sabe usted las obligaciones de cristiano, caballero?—¿Cómo no?—¿Sabe usted rezar?—¿Cómo no?—Tenga la bondad de enseñarnos el Padrenuestro.—Con mucho gusto, mi Padre: «Padre nuestro, dánosle hasta la muerte, fruto bendito, amén Jesús de nuestros enemigos.»—¡Bravo!, exclamé; es usted un chapado cristiano.

No sé si comprendió la burla o se creyó compadecido; lo cierto es que el pobre hombre empezó a llorar, y, con una compunción que me enterneció, me dijo: «Mi Padre, yo no tengo quien me enseñe; he pagado para que me enseñaran y enseñaran también a mis hijos, y me han enseñado lo que han querido.»—Ten confianza, hijo mío, le dije; tu buena fe te

salvará.» Y di principio a enseñarle la oración dominical, la que fué repitiendo conmigo entre suspiro y sollozo.

Terminada mi tarea con éste, se presenta otro, a quien pregunto: ¿Tiene usted alma?—¿Cómo no, Padre?—¿Dónde la trae?—No sé.—¿Usted va a ser padrino?—Sí, mi Padre.—¿Dónde está el padre de esta criatura?—En el monte.—Y por qué no viene al bautizo?—Porque está podrido, mi Padre.—¿Usted lo ha visto?—Sí, señor.—¿Luego ha muerto?—Sí, Padre.—¿Y su alma dónde está ahora?—Quedó en el monte.—¿También se ha podrido?, repuse.—No, Padre; está en el cuerpo de un pájaro; y cuando ese pájaro muera, se acabó.

No dejó de sorprenderme la respuesta, y seguí preguntando: ¿Cuánto tiempo asistió usted, caballero, a la escuela de Pitágoras?—No sé leer, mi Padre.—¿Y rezar, tampoco?—¿Como no?—¿Y mentir, sabe usted?—Nunca he pecado, Padre.—¡Bienaventurados los limpios de corazón!—¿Cómo, Padre!—Que nunca esperé encontrar tanta fe en Israel.

Tomé asiento, mandéle hacer lo mismo, y con él a todos los curiosos, y di principio a la instrucción más elemental sobre el alma, sobre el pecado, acerca de Dios, de la gloria y del infierno. Procedí inmediatamente a la ceremonia del bautismo, porque el tiempo apremiaba.—¿Cómo se han de llamar las criaturas?—Natividad, me contestó uno; Abelardo, me responde otro.—Rechacé el segundo por profano, y pregunté si el primero era de varón o hembra; y al oír que me decían ser de varón, rechacé los dos. Aquí fueron sus apuros: el padrino preguntaba a la madrina, y ésta se encogía de hombros, mientras que los niños gritaban con toda la fuerza de sus pequeños pulmones e iban buscando pechos que no los habían de amamantar. La situación se iba agravando: todos pedían parecer a todos, y nadie acertaba a dar nombre a aquellos angelitos. Retíranse un momento para deliberar, y vuelven muy ufanos, creyendo haber encontrado la piedra filosofal. Y como quien pide una cosa que se les debe, dicen con voz muy hueca: «Este Alcibiades, y este otro Ovidio.» Cayéronseles las alas

cuando vieron que hice un movimiento de cabeza de esos que en todas las partes del mundo quieren decir «no». Tomaron entonces el partido de consultarme, y a duras penas pude lograr, después de muchos nombres de todos los santos de que me acordé por el momento que se conformaran con San Antonio y San Arturo.»

En otra ocasión, el P. Alvarez cuenta la siguiente aventura en un pueblo amazónico:

«Empezó por acercárase un caballero, muy bien portado, el cual me saludó con toda cortesía, ofreciéndome sus servicios, oferta que le devolví con el mismo *afecto e intención* de que cumpliría lo que él manifestaba.

—Yo soy D. M. del R.

—Muy señor mío...

—Soy...

—Siento verdadero gusto en conocerle.

—He desempeñado...

—Me congratulo de tener un amigo de tan alta distinción.

Quedó suspenso unos instantes, y replicó:

—Me parece, Padre, que usted se burla de mí, y yo soy católico, apostólico, romano, o peruano, judío, masón y protestante.

—Amigo, no amalgama usted pocos géneros en un costal.

—Créalo Vuestra Paternidad, que se lo digo con el corazón.

—O más bien inspirado por los vapores deslizados de algún recipiente espirituoso.

—Después hablaremos, Padre.

—Como usted guste, caballero; hablaremos y nos entenderemos, siempre que usted procure *calmar los nervios*.

Despidióse de mí con igual cortesía con que me había saludado, y cogí el breviario para cumplir con el *onus diei*, aprovechando aquellos instantes en que logré verme solo. Apenas había entonado el *Deus in adjutorium*, entra el marido cuya esposa acabábamos de sacar del poder de su raptor, y me dice

entre convulso y temeroso: «Padre, ahí está ese hombre.» Fácil era de comprender a quién aludía; «ese hombre» era el raptor de su esposa, y tal vez uno de aquellos bultos que yo había visto lanzarse al río la noche pasada.

—¿Dónde está?—le pregunté entre curioso y emocionado.

—Acaba de atracar en el puerto con cuatro peones — me respondió.

—Pues observe—le dije—qué rumbo toma. Y seguí rezando el *Deus in nomine tuo salvum me fac.*»

El P. Alvarez va camino de Pevas, y anota en su diario estas escenas:

«Media hora después llegamos a un tambito, situado a la margen derecha de uno de los brazos del Amazonas, y, sin decirme oste ni moste, aquel hombre, que debía tener ya la boca seca de tanto hablar, me cogió de un brazo, invitándome a salir de la embarcación. «Vamos, Padre, a mi casa—me dijo,— porque necesito almorzar; le presentaré mi familia y luego emprenderemos la *surcada* hasta Pevas.» Accedí a sus instancias y salté a tierra con él; pero como su esposa no le esperaba a aquellas horas, nada le tenía prevenido. De modo que hubo que resignarse a esperar, tiempo que aproveché para proseguir mi rezo suspendido. Empezó aquel hombre a dar órdenes a un cholito (1) que allí tenía, órdenes todas referentes a mí. «Baja el Oporto —le dijo,— para dar una botella al Padre, y escoge cien mazorcas de maíz para pagar las primicias a la Iglesia.» Híceme el desentendido a todo y seguí rezando.

Nuevamente tuve que interrumpir el oficio divino para atender a aquellas instancias tan repetidas y hasta importunas. Hízome el presente de la botella para que me acordase de él y de su familia en el altar, y tuve que hacer también, contra toda mi voluntad, los honores al almuerzo, durante el cual, ya completamente *embombado*, me dijo aquel hombre generoso: «Paparito, ya no marchamos hoy. Saldremos a la una

(1) Mestizo de europeo e india.

de la mañana y llegaremos a Pevas tempranito.» Y acompañando la acción a la palabra, me cogió del brazo, obligándome a sentarme y a esperar hasta el día siguiente.

Como yo debía estar el martes en Pevas, y de detenerme allí me exponía a no llegar el miércoles, decidí darle mi despedida como única contestación a sus ruegos. Trató de imponerse para detenerme, aunque no pudo levantarse de donde estaba. «Voy con usted, paparito», tartamudeó dirigiéndose a mí; y volviéndose a un peón, le dió orden de que le preparase el rifle con treinta balas y el revólver con cuatro cajas. Temiendo cualquier percance, traté de disuadirle de su empeño, pero fue todo inútil; quise cortarle las vueltas y salir sin que me viera, pero, sin darme tiempo a ello, se me colgó del hombro, dió algunas órdenes a su mujer y me dijo al oído: «En marcha, papá.»

El compromiso era un poco fuerte, porque ¿qué haría aquel hombre, una vez en la frágil embarcación? Dejarle en tierra era imposible; quedarme, no podía...; y, para colmo de males, los *bogas* se me negaron a seguir el viaje. Resolví al fin jugar el todo por el todo, y cogiendo por el brazo al *simpático* acompañante, le coloqué en la cama y le di una orden a puño cerrado, diciéndole: «A dormir ahí y sin moverse»; ofrecí después una cajetilla de cigarros a los *bogas*, y con esto y la garantía de mi palabra, que debía ser para ellos tanta garantía como no decirles nada, reanudamos nuestra caminata río arriba y en el silencio más sepulcral. Tres horas después, y entrada ya la noche, empezó aquel sér inanimado a darse cuenta de su vida; lanzó un fuerte resoplido, luego se estiró a su sabor y, restregándose los ojos, empezó a incorporarse; echó una rápida mirada en derredor, y, clavando luego los ojos en mí, dijo con mucha pausa: «Papá, perdone la *bomba* que he cogido.»

La población amazónico-peruana ofrece vestigios animistas y está harto comida por el alcoholismo. Puede aplicarse a ello lo que en algunas páginas escribió Alcides Arguedas, de Bo-

livia, en la obra titulada *Pueblo enfermo*. Sólo una transformación en las comunicaciones puede levantar el nivel social de aquellos grupos de poblaciones enclavadas en el *Hinterland* peruano.

*
* *

El Dr. Lucas Ayarragaray ha publicado en la Argentina un estudio sobre «Socialismo argentino y legislación obrera». Su reputación como sociólogo y legislador argentino, hacen interesante el conocimiento de tal obra, que es una buena contribución a la literatura argentina sobre política social. Sus trabajos han sido la base de la llamada «ley social», discutida en la Cámara de Diputados de la República.

Después de la redacción de ese proyecto de ley, la atención del Dr. Ayarragaray fue preferentemente solicitada por este asunto: en qué consiste el problema social argentino, y cuál ha de ser la legislación al respecto; y como fruto de esa dedicación, nos da ahora compendiadas sus observaciones en un opúsculo breve y sintético.

La primera parte del trabajo está destinada a probar, por el análisis de los caracteres de la sociedad argentina, «que en nuestra gran democracia pacífica en formación, la cuestión obrera argentina no tiene las adhesiones y los conflictos sociales y de clases, que le dan en Europa trágicos contornos». Y agrega el distinguido publicista: «Aquí son simples cuestiones, en su mayor parte de orden material y de carácter ordinario y limitado, que con simples medidas de higiene pública y de protección social y un cuerpo de leyes prácticas, se pueden con tranquilidad solucionar.»

Esboza a continuación, sumariamente, la corta historia de la legislación obrera argentina, y entra, por último, a tratar de las medidas legislativas que convendrían al país en este campo, limitándose a la conveniencia de una acción previa que levantara el nivel material, moral e intelectual del trabajador, higienizando su vida, combatiendo en él la ignorancia y

creándole aptitudes por medio de una adecuada educación técnica.

Rechaza, sin embargo, por considerarla perjudicial, la intervención exagerada del legislador en las cuestiones obreras, y aun creyendo en la eficacia de ciertas leyes en la materia, que rápidamente indica, se muestra escéptico con respecto al ideal de suprimir la miseria, que el partido socialista lleva en su bandera. Acerca del cual escribe: «Entre nosotros el socialismo, pues, encarna una tendencia política simple; es, en definitiva, un partido liberal avanzado, no un partido *social*, en el concepto europeo.»

*
* *

El desarrollo económico de la Argentina ofrece constantemente un campo de observación de gran valor para todo aquel que quiera estudiar el influjo combinado del incremento de la población en sus distintas clases con el de los capitales y su efecto en la marcha general económica.

Las estadísticas relativas al desenvolvimiento comercial y agrícola, ferroviario y marítimo del puerto de Buenos Aires, en 1911, muestran bien claramente la importancia y significación de la Argentina.

He aquí los datos:

Importación en 1911, 1.996.930.391 pesetas.

Exportación en 1911, 1.776.384.933 pesetas.

Hectáreas cultivadas durante el año 1911, 24.000.000, siendo el valor aproximado de la cosecha de 4.280.000.000 de pesetas.

Ganado vacuno, 30.000.000 de cabezas, de valor de pesetas 2.467.000.000.

Idem ovejuno, 70.000.000 íd. de ídem 685.000.000 íd.

Idem caballar, 8.000.000 íd. de ídem 535.000.000 íd.

Idem mular, 8.000.000 íd. de ídem 63.000.000 íd.

Idem caprino, 4.000.000 íd. de ídem 21.400.000 íd.

Idem porcino, 1.500.000 íd. de ídem 38.450.000 íd.

Exportación de carnes congeladas:

Bovina.—Año 1910: 253.000 toneladas, cuyo importe suma 127.000.000 de pesetas.

Ovina.—Año de 1910: 75.000 toneladas, cuyo importe suma 31.000.000 de pesetas.

Durante este año, la exportación de carne ha superado en 220.000 toneladas a la cantidad exportada por los Estados Unidos de Norte América.

El movimiento del puerto de Buenos Aires con relación al comercio internacional, es el siguiente:

Vapores entrados de Ultramar: 4.670, cuyo tonelaje suma 10.640.699 toneladas.

Idem salidos para Ultramar: 4.150, cuyo tonelaje suma 10.274.487 toneladas.

Vapores de cabotaje y fluviales entrados: 27.634, cuyo tonelaje suma 10.286.682 toneladas.

Idem salidos: 23.401, cuyo tonelaje suma 9.695.704 toneladas.

Veleros entrados de Ultramar: 278, con desplazamiento de 290.654 toneladas.

Idem salidos: 276, con desplazamiento de 276.780 toneladas.

Veleros fluviales entrados: 30,590, con 1.915.860 toneladas.

Idem salidos: 30.915, con 1.908.832 toneladas.

El puerto de Buenos Aires es, por su importancia comercial, el que ocupa el segundo lugar en América, habiendo sido su movimiento durante el año 1910 el siguiente:

Importación: 1.477.237.991 pesetas.

Exportación: 851.429.258 pesetas.

Las rentas de aduana han producido durante el año 1910 la suma de 437.658.170 pesetas.

Las rentas nacionales han producido durante el año 1910, la cantidad de pesetas 707.889.631.

Industrias:

Número de fábricas existentes, 32.000.

Capital de las mismas, 1.712.000.000 de pesetas.

Producción anual de las mismas, 2.889.000.000 pesetas.

Poder en caballos indicados, 250.000 H. P.

Número de personas empleadas en las mismas, 350.000.

Producción vinícola:

Capital de los establecimientos vinícolas, sin contar el valor del vino depositado: 187.000.000 de pesetas.

Producción de vino durante el año 1910, 400.000.000 de litros.

Producción de alcohol durante el año 1910, 2.000.000 de litros.

Siendo el valor de ambas producciones el de 149.000.000 de pesetas.

Ferrocarriles:

A fines de 1911 había en explotación 30.000 kilómetros de vías férreas, sin contar los trenes eléctricos que hacen el servicio urbano, ni tampoco las líneas que no están aún entregadas al servicio público.

Estos datos necesitan ser completados y comparados con los relativos a algunos extremos de 1912.

Si se hace la comparación con los datos referentes al primer semestre de 1912, se ve que la ligera depresión de 1911 queda corregida por los aumentos de 1912. Esta reacción viene afirmándose en el segundo semestre del corriente año.

He aquí los datos del primer semestre de 1912:

Las importaciones hechas a la República, durante al mencionado período, representan un valor de 183.364.916 pesos oro (metálico excluido), y las exportaciones 244.708.503 pesos oro (metálico excluido), arrojando, por consiguiente, la balanza de comercio un saldo a favor del país de 61.343.587 pesos oro.

La importación de mercaderías sujetas a derechos alcanzó un valor de 142.060.458 pesos oro, o sea 12.636.406 pesos oro más que en el mismo período del año anterior, y la de mercaderías libres de derechos 40.304.458 pesos oro, o sea 8.134.083 pesos oro menos que en los seis primeros meses de 1911; la exportación de productos nacionales suma 244.708.503 pesos oro,

acusando, con respecto a la del primer semestre de 1911, un aumento de 47.171.174 pesos oro; el metálico importado lo ha sido por 28.837.530 pesos oro, suma que supera a la de 1911 en 18.716.536 pesos oro, y la exportación del mismo artículo fue de 140.259 pesos oro, o sea 680.842 pesos oro menos que en 1911.

La importación de mercaderías libres de derechos sumaron 40.304.458 pesos oro, representando esta clase de importaciones, en el semestre a que nos referimos, el 21,9 por 100 de las importaciones totales.

Como se ve, el aumento de las importaciones se ha inclinado sobre el grupo de las mercaderías que pagan derechos de aduana, mientras que los artículos librados de esos gravámenes fiscales han sufrido en el período de referencia una seria disminución.

Las cifras correspondientes a las importaciones y exportaciones, en los seis primeros meses del último decenio, demuestran que en las primeras se ha producido un aumento de 196,2 por 100 y en las segundas 89,9 por 100. El total del intercambio en los primeros semestres del mismo período acusa un aumento de 124,3 por 100.

Los saldos de la balanza comercial han sido, en los primeros semestres del último decenio, todos favorables; el saldo mayor de la balanza comercial lo denuncia el año 1909 con 110.535.379 pesos oro, y el menor el año 1911 con 18.674.736 pesos oro.

En las cifras que siguen se consignan los datos relativos a cada uno de los años de dicho período:

En el año 1903, 66.917.529 pesos oro; en 1904, 22.690.331; en 1905, 80.198.706; en 1906, 74.257.729; en 1907, 54.872.768; en 1908, 81.802.906; en 1909, 110.535.379; en 1910, 23.277.739; en 1911, 18.674.737; en 1912, 61.343.587.

La importación de metálico ha dado un total de 28.857.530 pesos oro, es decir, una cantidad mucho mayor que la ingresada el año pasado (primer semestre), determinando, por consiguiente, un aumento de 18.716.536 pesos.

La Razón, de Buenos Aires, dice en un artículo lo siguiente, refiriéndose a la agricultura nacional:

«Están de tal manera vinculadas las industrias agro-pecuarias a los progresos de la nación argentina, e influyen tanto sus productos en el organismo económico del país, que no es posible dejar pasar un solo día sin recordar a los poderes públicos el deber en que se encuentran de proyectar y sancionar leyes que amparen en toda forma a aquéllas.

La legislación en vigor resulta embrionaria y no obedece, ni remotamente, a los maravillosos progresos alcanzados, y que hoy comienzan a resentirse justamente por la falta de disposiciones adecuadas al medio ambiente en que se desarrollan las industrias de la tierra. Es indispensable reconcentrar toda la acción del Gobierno y del Parlamento, en el anhelo común de amparar las fuerzas vitales del país, si no se quiere que éstas desfallezcan y hagan mermar el poder económico del Estado y la fortuna privada.

Nos han sido sugeridas estas consideraciones en presencia de las cifras que arroja el balance comercial correspondiente al primer semestre de este año. En el capítulo de la exportación vemos algo que, si no fuera conocido, causaría sorpresa a todos, y es que sobre el total de pesos oro 244.708.503 de aquélla, más de doscientos treinta y ocho millones corresponden a la agricultura y ganadería, de manera que sólo quedan seis millones para todos los demás productos que enviamos al exterior.

He aquí las cifras respectivas:

Productos de la ganadería, 100.714.916; idem de la agricultura, 138.168.603; ídem forestales, 3.365.137; ídem de la minería, 185.912; ídem de la caza y pesca, 1.211.550, y artículos varios, 1.062.385, siendo los totales 244.708.503 pesos oro.

¿Vale o no vale la pena de proteger en toda forma tan colossal fuente de producción y recursos para el país?

Sobre el total de pesos oro 244.708.503, más de la mitad, o

sea pesos oro 138.168.603, corresponde a los productos de la agricultura.

Huelga todo comentario que pueda hacerse ante la elocuencia de las cifras apuntadas, respecto de la necesidad perentoria de dictar leyes protectoras para esta fuente colosal de riqueza pública.»

Una de las principales fuentes de riqueza argentina es la industria vitivinícola. La distribución geográfica del viñedo enseña la importancia de esta rama de la producción nacional que está destinada a dar aún enormes rendimientos.

Mendoza cuenta con diez y seis departamentos vitícolas, los cuales cuentan con 37.586 hectáreas de viñedos y 1.580 bodegas de diversas capacidades, por un valor de pesos 39.500.000, moneda nacional, siendo su producción en hectolitros de 2.900, más que menos.

Los departamentos más productores de la región son nueve, a saber:

Maipú con 9.459 hectáreas de viña; Guaymallén, 5.605; Luján, 5.225; San Martín, 3.425; San Rafael, 3.368; Rivadavia, 2.867; Godoy Cruz, 2.110, Junin, 1.830, y Las Heras, 1.524 hectáreas de viña.

Los menos productores, y que se dedican al cultivo de otra clase de fruta y legumbres, son:

Mendoza (ciudad), con 650 hectáreas de viñedo; Santa Rosa, 489; San Carlos, 323; Tunuyán, 23; Lavalle, 195; La Paz, 186; Tupungato, 44. Total, 37.586 hectáreas.

Si el riego alcanzara a varios lugares de los departamentos últimos nombrados, podía agregarse a las 37.586 hectáreas de viña 5.000 más; pero eso pronto se obtendría, vista la rapidez con que se construyen los canales.

San Juan cuenta con diez y siete departamentos vitícolas, cinco de ellos cercanos a la ciudad, los cuales poseen 15.158 hectáreas de viñedos, a saber:

Desamparados, 2.747 hectáreas de viñedos; Concepción, 2.625; Santa Lucía, 1.978; Caucete, 1.658; Pocito, 1.543; Tri-

nidad, 1.280; Albardón, 923; Angaco Norte, 632; Angaco Sur, 566; Marquesado, 385; Jáchal, 394; Valle Fértil, 78; Guanacache, 28; Iglesias, 18; Cochagual, 10,3; Pedernal, 12; total, 14.496 hectáreas de viñedos.

Los siete últimos departamentos cuentan con poca agua, y se dedican con preferencia al cultivo de alfalfa, trigo y otros oleaginosos, dedicándose también al cultivo de árboles frutales, como son duraznos, membrillos, peras, manzanas y otros, para la exportación de conservas.

La provincia de San Juan cuenta con 326 bodegas, con un capital de 9.200.000 pesos, moneda nacional, y con una producción de 700.000 hectolitros de vino. Anexa a las bodegas cuenta con 351 destilerías vinícolas.

La viticultura se extiende también a las provincias de La Rioja, Entre Ríos, Salta, Catamarca, Córdoba, Buenos Aires, Jujuy, y en pequeña escala a Tucumán, Corrientes, Santiago del Estero y territorio del Río Negro, desarrollándose ésta con buenos resultados en las márgenes del Río Negro.

Para darse una idea de la importancia de la industria que nos ocupa en las provincias arriba indicadas, basta señalar que La Rioja cuenta con 2.700 hectáreas de viñedos y 519 bodegas, por un valor de 1.330.000 pesos moneda nacional, y una producción de 69.000 hectolitros de vino; Entre Ríos, 3.800 hectáreas de viña y 278 bodegas, la mayoría en el departamento de Concordia, representando un capital de 1.100.000 pesos moneda nacional, y cuya producción se eleva a la cifra de 48.000 hectolitros; Salta, 1.250 hectáreas de viña y 77 bodegas la mayoría se encuentran ubicadas en Cafayate; el valor de ellas alcanza a la suma de 1.200.000 pesos moneda nacional, con una producción de 600.000 hectolitros; Catamarca, 1.469 hectáreas de viña y 147 bodegas, por valor de 458.000 pesos moneda nacional, siendo su producción de 35.000 hectolitros; Córdoba, 1.200 hectáreas y 414 bodegas, por un valor de pesos moneda nacional, 950.000, elevándose su producción a 38.000 hectolitros; Buenos Aires, 1.550 hectáreas y 407 bo-

degas, por un valor de 875.000 pesos moneda nacional, y cuya producción asciende a 35.000 hectolitros; Jujuy, 200 hectáreas y cuatro bodegas, representando un valor de 12.000 pesos moneda nacional, y cuya producción alcanza a 3.000 hectolitros; San Luis, 336 hectáreas de viña; Corrientes, Tucumán y Santiago del Estero, 400 hectáreas de viñedos.

El número de destilerías en ambas provincias alcanzan a 736, distribuídas del siguiente modo: Buenos Aires, 163; Catamarca, 164; Entre Ríos, 142; Rioja, 141; Córdoba, 74; Salta, 49; Jujuy, 3. Se entiende destilerías vinícolas.

*
*
*

Varias veces se ha hecho resaltar que el problema fundamental de los países hispano-americanos es el de proporcionarse una población suficiente a sus necesidades de extensión territorial. Una prueba más de este aserto la da el Ecuador.

Este país, que cuenta una población de un millón quinientos mil habitantes, diseminada en un territorio de seiscientos mil kilómetros cuadrados, es apto para el cultivo del café, del cacao, del azúcar, tabaco, y sus selvas contienen el codiciado caucho y maderas finas para ser elaboradas.

Pero no tiene para la explotación de sus riquezas naturales sino malos caminos, y una vía férrea de Guayaquil a Quito, en una extensión de 464 kilómetros, y otra en construcción, de aquel punto a Bahía.

Los establecimientos de crédito son pocos y su capital reducido. El Banco de Pichincha tiene un millón de pesos de capital; quinientos mil, el de Préstamos y Construcciones, e igualmente la Compañía de Crédito Agrícola e Industrial. El tipo de interés varía siempre entre el 7 y el 9, y el comercial es de 12 por 100 anual.

En la actualidad se está tramitando un empréstito, con cuyo producto se atenderá al puerto de Guayaquil, que ofrece grandes perspectivas cuando se inaugure el Canal de Panamá.

VICENTE GAY,

Profesor en la Universidad de Valladolid.

CANALEJAS

Más resonancia universal ha dado a este nombre el brutal sacrificio de su vida, que todos los esfuerzos tenaces de ella por conquistar el prestigio para la alta posición en que se encontraba, y que todos los que en el palenque laborioso de la misma empleó para acreditarse, más que como hombre de Estado, como hombre de Gobierno, y más que como hombre de Gobierno, como adalid de un partido que en vano quiso modelar a la disciplina de sus ideas personales y a su propia semejanza. A pesar del puesto que logró adquirir, a pesar de los tres años transcurridos en su posesión, a pesar de los auxilios evidentes que para consagrarlo en él le prestó la misma Corona, y con la Corona los hombres y partidos aptos para el Gobierno constitucional de la Monarquía representativa, Canalejas, al morir trágica e inicuaamente, todavía no era un hombre hecho ni de Estado, ni de Gobierno. Su autoridad no era compacta y absoluta sobre el mismo partido en cuya jefatura se esforzaba en ser del todo consagrado. Sus ideas personales no eran aceptadas por todos los que habían de formar su disciplina, y hasta en la elección de sus colaboradores en la alta Administración del Estado, ni había procedido con el acierto que sólo sabe servirse de los hombres verdaderamente capaces para cada una de las múltiples ramas de la Administración, ni había tenido el de elegir bien para acallar las impacencias inmoderadas y las ambiciones concupiscentes. Había tenido iniciativas siempre agitadoras, había afrontado problemas di-

fíciles y abstrusos sobre los que, de cualquier modo que fuese, había logrado superar y vencer; había sabido aplazar otros que le hubieran acarreado mayor número de dificultades que las que por sí mismo ofrece el estado irregular en que en España aún se mueven hombres e ideas, intereses e instituciones; había creído que su persona y sus procedimientos habían sido un fuerte muro de contención a elementos siempre amenazadores, y que siempre están en la brecha; pero, en substancia, ninguna fuerza efectiva de agresión había logrado desarmar, y siendo el secreto de su acción consentirlo y perdonarlo todo para obligar por la gratitud a los que sin cesar pronuncian sus retos y trabajan para prepararse para el combate, queda cuando menos en duda, pues no alcanzó en nada éxito definitivo, si hubiese podido llegar a una victoria segura, o si, por el contrario, el régimen de sus contemplaciones no habría servido más que para centuplicar los medios efectivos de fortaleza y acción de los elementos perturbadores que enflaquecen cada día más la autoridad, la seguridad y el respeto, no ya de la Monarquía, fiada a su política, sino del cuerpo entero de la nación. En este sentido puede decirse que Canalejas, al sucumbir bajo la mano de un criminal execrable, pero ciertamente relacionado, en sus propósitos y en sus fines, con los elementos que todo poder público está obligado a vigilar, a contener y a extirpar desde la jefatura del Gobierno y del partido que al parecer acaudillaba, no era más que *un ensayo*, y todo lo más, si los resultados de su gestión política hubieran sido eficaces, *una esperanza*.

Para que esta esperanza sólidamente se nutriera, era necesario conocer bien cómo esta figura de la Historia contemporánea de España se fue formando hasta constituirse en un carácter con fuerza de proyección suficiente para llegar a los elevados destinos, cuyo hilo cortó súbitamente la cobarde emboscada de su muerte. Se hallaba en la cumbre de la edad en que la fiebre del genio debe empezar a dar paso a las enseñanzas de la experiencia. Por una circunstancia puramen-

te accidental, pues sus padres sólo residieron cuarenta días en el Ferrol, nació D. José en esta ciudad, el 30 de Junio de 1854, pocos días antes de que en el Campo de Guardias de Madrid, en las lomas de Vicálvaro, y ante las tapias de Manzanares, se pronunciase el movimiento revolucionario de Julio de aquel año, movimiento en el cual iniciaron también su carrera política con sus ideas, ya exaltadas, los miembros todos de la familia en cuyo seno Canalejas abrió los ojos a la luz de la vida. Era hasta por herencia la de Canalejas una familia de intelectuales de rancio abolengo. Su abuelo, D. José María, hasta mucho después de mediado el siglo XIX, fue con Murube y Montesinos de los reformadores del régimen penitenciario en España. En 1860 publicó en Barcelona sus teorías sobre el *Presidio-escuela*, y en 1.º de Noviembre de 1864 fundó y dirigió una interesante *Revista de Prisiones, Beneficencia e Higiene* que contribuyó a la reforma de nuestras cárceles. Las aulas universitarias, las sociedades patrióticas y hasta la intimidad, y aun los vínculos de la sangre, habían fundido desde mucho antes de la revolución de Julio, en un todo común de ideas y de pensamientos en su propio hogar, academia de sus hijos, a todos los varones de aquellas familias de apellido Castelar, Canalejas, Morayta, Pascual y Casas, y otras a la sazón entre sí muy unidas, y entre las cuales descollaban, por sus precoces, sobrenaturales talentos, el rayo de la elocuencia tribunicia Castelar, y el genio de las creaciones metafísicas de la erudición y la crítica, D. Francisco de Paula Canalejas. Hermano de éste era el padre del recién muerto estadista, y de nombre José, como él, y su madre, dama andaluza de Sevilla, D.^a Amparo Méndez, simplemente una señora cuyas ideas todas se concentraban únicamente en la alegría del hogar y en los cuidados de la maternidad.

Aunque el carácter de D. José Canalejas y Casas, ingeniero industrial, le inclinaba a otros horizontes más especulativos de la vida que los de sus hermanos y deudos referidos, el nuevo vástago de su feliz matrimonio empezó a desenvolverse desde

los primeros años de su niñez bajo los auspicios de su tío, ya catedrático, polemista doctísimo del Ateneo, y aun más docto publicista, y puede decirse que toda la educación intelectual del sobrino fue dirigida con provechosísimos resultados, a causa de su natural precocidad, por su sabio tío D. Francisco, bajo la inspección inmediata del sabio abuelo. De la precocidad del sobrino y alumno, D. José Canalejas y Méndez, ninguna ponderación mayor puede hacerse que el testimonio vivo de su primer libro impreso, de que consta un buen ejemplar en la Biblioteca Nacional de Madrid. No es original, sino traducido del francés, cuyo idioma, el niño Canalejas, a la sazón aprendía. Titúlase *Luis o el joven emigrado*. Se imprimió en el establecimiento tipográfico de D. Tomás Fortanet, el año de 1866, es decir, cuando el traductor contaba sólo doce años de edad. Forma un volumen en 8.º de 126 páginas, y está ilustrado con dos láminas.

El traductor lo dedicó a su madre, y el amor materno, unido al de los intelectuales de su familia, de quienes se ha hablado, fueron la palanca de aquella temprana publicación, como un premio y un estímulo a la creciente aplicación literaria del estudioso niño.

Si durante los estudios universitarios en la Central de Madrid, después de haber pasado por los primarios del Colegio Pantoja y los preparatorios del Instituto de San Isidro, escribió y publicó versos y artículos varios, y hasta parece que fue fundador, director y redactor único de un periódico que, con el título de *El Estudiante*, circuló, sobre todo en los claustros de la Universidad y entre los compañeros de sus estudios, desde Noviembre de 1868 a Julio del 69, y con sentido democrático, exaltado y reflejo del calenturiento curso de la opinión pública después de la Revolución de Setiembre, este hecho solo demuestra una inclinación prematura hacia la política y su palanca, el periodismo, que aunque ninguna influencia ejerciese en la corriente general de aquel tiempo, debe ser apreciada como un dato imperativo en la formación de las ideas y en la

aspiración para la conducta del porvenir del que aquellas empresas ya intentaba.

Nótase, lo mismo en esta edad juvenil de Canalejas, que posteriormente durante la mayor parte del curso de su vida, cierta indecisión de fin y de objeto, que en la edad madura se pronunció en hondas contradicciones. La ambición sin límites también se dibujó en él desde la primera edad. Había de emprender una carrera literaria, y hubiera deseado emprender a la vez la de todas las facultades universitarias. Conformóse con estudiar simultáneamente dos de ellas, la llamada de Filosofía y Letras y la de Derecho. La intensidad de su inteligencia le habían dispuesto para dominarlas bien, y a los diez y siete años de edad, en el de 1871, se licenciaba en la primera, en la que al año siguiente tomaba el grado de doctor. Entonces se propuso, a semejanza de su tío y maestro D. Francisco de Paula, seguir la carrera del profesorado, logrando obtener, por nombramiento unánime del claustro de la Universidad Central, la plaza de catedrático auxiliar, con cuyo título explicó durante tres cursos continuados la asignatura de *Principios generales de Literatura e Historia de la Literatura española*. El primer fruto, de esta nueva dirección fue la publicación de sus *Apuntes para un curso de Literatura latina*, impresos en dos volúmenes en 4.º en la imprenta de M. Martínez, de Madrid, obra esencialmente pedagógica, y destinada a que sirviera de texto en la cátedra que regentaba. En realidad, la obra en sí no encierra los pronósticos de ninguna gran revelación: estaba en proporción con la edad de los veinte años que el autor entonces contaba, y con la aplicación con que se había desempeñado. Pero ya en aquel tiempo, Canalejas aparecía terriblemente luchador en otros dos palenques, que aunque después de la Revolución de Setiembre y de haber dado al nuevo régimen que ésta implantó la más brillante pléyade de sus grandes intelectuales, habían caído en cierta necesaria decadencia; estos dos palenques, siempre altamente científicos, eran el Ateneo de Madrid y la Academia de Jurisprudencia, por aquel tiempo, uno y otro

instituto situados en la misma casa de la calle de la Montera, en que residieron prolongados años, los años sin duda más eficaces y brillantes de su actividad germinadora.

Dadas las ideas heredadas de familia, cuando menos en sus tres últimas generaciones; dados los que dentro de ella misma se erigieron en maestros y directores de su progreso intelectual, nada más lógico que la influencia que tantos elementos reunidos deberían ejercer en su mente para formar la base fundamental de sus ideas religiosas, filosóficas, políticas y sociales; de modo, que cuando Canalejas se presentó a tomar parte en las discusiones apasionadas del Ateneo y de la Academia de Jurisprudencia, no sólo se iniciaba como un demócrata radical, más republicano que monárquico, y más revolucionario que evolucionista templado, sino profundamente imbuido en las ideas filosóficas de la escuela del Krausismo, en España hasta entonces, y aun mucho después predominante, desde que, venido de Alemania, Sanz del Río lo fundó en nuestras escuelas y en nuestros libros, habiendo educado con ellas una multitud de discípulos y prosélitos que le seguían con entero y ciego fanatismo. Todos los nombres familiares y propincuos de Canalejas entonces estaban inoculados en estas doctrinas, y, aun más que inoculados, constituían la palanca de su vulgarización. Con ellas por base de crítica y de conceptos, Canalejas se presentaba en el Ateneo a discutir con Moreno Nieto, con el P. Miguel Sánchez, con Cos-Gayón, con Pérez de Guzmán, teniendo a la sazón allí como auxiliares a Revilla, Vidart y Giner de los Ríos (D. José), así como en la Academia de Jurisprudencia a Emilio Reus, a Gonzalo Calvo Asensio, a Enrique García Alonso y a otros, compañeros aúlicos de sus estudios, o que ya se identificaban en él al calor de las ideas que propagaba en las lecciones universitarias de su cátedra, pues desde entonces puede decirse Canalejas comenzó a tener secuaces.

Otro campo intelectual de acción le proporcionaban simultáneamente las publicaciones periódicas profesionales y li-

terarias del periodismo, pues todavía en aquel tiempo aún no le había tomado sabor a la dialéctica práctica de la política. Su inclinación entonces le estimulaba más a la gimnasia de la palabra oral y a la esgrima acelerada del pensamiento, así en la cátedra, como en aquellos palenques de discusión, y aunque con su nombre, con sus iniciales, con sus seudónimos o simplemente anónimos, publicaba con frecuencia algunos de sus trabajos escritos, no era ésta la arma preferente de sus luchas. Entonces, únicamente pretendía afirmarse en la cátedra, y a este fin entró en espléndidas oposiciones con Menéndez y Pelayo y Sánchez Moguel, que aparecieron en aquella lid como Titanes de saber y elocuencia. No logró el lauro del empeñado combate. Si Menéndez y Pelayo no hubiera llevado a aquellas oposiciones más que la precocidad monstruosa de su saber, su condición y su genio, dada la manera como en España se sustancian todavía las más altas adjudicaciones que se deben al mérito y la capacidad, indudablemente se habría quedado sin cátedra bajo cualquier pretexto, y en aquel caso bajo el de la insuficiencia de su edad; pero al lado de Menéndez y Pelayo litigaban en aquellas oposiciones dos grandes influencias protectoras: la de una dama muy ilustre y muy considerada en todos los ámbitos de la sociedad, la Duquesa de Rivas, y la del hombre que en aquel tiempo era el árbitro absoluto de todos los destinos de la pública Administración, el Presidente del Consejo de Ministros del Rey Don Alfonso XII, D. Antonio Cánovas del Castillo. El peso de estas influencias se sumó completamente a los indisputables méritos del agraciado. Andando el tiempo, también Canalejas había de cometer arbitrariedades semejantes; porque las corruptelas de que está invadida toda la Administración en España, ni se extirpan ni se extirparán jamás. Para que Menéndez y Pelayo pudiese entrar al disfrute de la cátedra que había obtenido, fue necesario hacer hasta una ley especial en Cortes, dispensándole la edad. No hay duda que todos estos tributos se debían a su genio, que ya de mil modos distintos se revelaba como realidad asombrosa y como

promesa de brillantes eficacias. Pero esto, por el momento, no consoló, no pudo consolar a los derrotados de aquella prueba, y Canalejas, sintiéndose herido, renunció la cátedra que como auxiliar desempeñaba, para dirigir su rumbo por otro norte.

En la vida de las grandes figuras, todo accidente de los que forman su engranaje encuentra siempre rompientes de oportunidad, y para Canalejas lo fue entonces la Dirección de la Empresa constructora del ferrocarril de Madrid a Ciudad Real, que estaba desempeñada por su mismo padre, y cuyo Consejo de Administración *ipso facto* le nombró Secretario de la misma. En esta transformación de destino encarnó inmediatamente otra transformación no menos fundamental, primero en sus ocupaciones, después en la amplitud de sus ideas y a poco en la de sus mismas ambiciones. Desde este momento, la literatura, hasta entonces cultivada por él con tanto tesón y empeño, quedó relegada a las distracciones amenas de su espíritu, para integrar las facultades todas de su mente en el mar sin fondo de las cuestiones jurídicas de aplicación positiva.

Débase tener en cuenta que cuando el joven Canalejas entraba a ejercer estos cargos, apenas frisaba en los veinticinco años: de modo que así las prácticas académicas de la cátedra, como las burocráticas de las oficinas de la Empresa constructora del ferrocarril de Madrid a Ciudad Real, pueden para su espíritu conceptuarse como escuelas ampliatorias de sus bien adquiridos conocimientos, al menos para la avaricia de su intelectualidad, siempre anhelante de ensanchar más y más los horizontes de su saber. La Secretaría de la Dirección de la Empresa referida, en breve le empujó a las disciplinas del bufete y del foro. En efecto, la Empresa naciente sostenía en los Tribunales vivas competencias contra las ferroviarias de las líneas del Norte y de la de Madrid, Zaragoza y Alicante. Canalejas fue encargado de la defensa de todos estos asuntos, y los éxitos que obtuvo, no sólo le dieron la familiaridad en la práctica de ellos, juntamente con el estudio profundo que de los mismos

tuvo que hacer, sino el estímulo para los trabajos de la abogacía, afirmados, tanto con la satisfacción interior que nutre todo triunfo, como con el acicate no menos poderoso de las legítimas recompensas.

No sería justo cometer aquí una omisión respecto a la mano amiga que le apoyó en estos ensayos. En la cuna de aquella íntima familiaridad que cuando él nació existía entre las familias que quedaron mencionadas, hallábanse también comprendidos, desde el compañerismo de las aulas, y las aventuras y las esperanzas de la juventud, Cánovas del Castillo, Martos y otros que en el curso de los sucesos políticos habían llegado a ocupar, sobre todo después de la Revolución de Setiembre, las primeras posiciones del Gobierno y del Parlamento, lo mismo bajo el régimen de la Revolución que bajo la Restauración del Rey Alfonso XII. Todos entre sí se tuteaban, y aunque divididos en los diversos campos políticos militantes, en los asuntos privados y particulares todos entre sí se protegían mutuamente: por manera que los familiares ya de la Presidencia del Consejo de Ministros, ya de la casa y biblioteca de la calle de Fuencarral, estaban habituados a ver a diario en aquellas estancias, así al Director de la Empresa del ferrocarril a Ciudad Real, como a su ilustrado hijo. Puede afirmarse que en aquella empresa nada se hacía sin la precisa consulta a Cánovas, y éste la protegía, no sólo por los impulsos afectuosos de su antigua amistad, sino por el interés que su patriotismo ponía en el desarrollo y multiplicación de todas las obras públicas que podían favorecer el bienestar general. Así, pues, aunque conocidas por los que frecuentaban aquellos lugares las opiniones que no disimulaban los dos Canalejas, padre e hijo, nadie extrañaba, ni la frecuencia de sus visitas, ni el objeto que las motivaba, ni la predilección con que el jefe los distinguía.

Durante el régimen de la Revolución, el joven Canalejas había hecho ostensibles sus opiniones republicanas. Era en él un estado de conciencia que consigo mismo hasta entonces no

había razonado jamás. Republicanos eran su padre y su hermano; republicano su tío carnal Pascual y Casas; republicanos Castelar y Morayta, los íntimos de su casa; y él era republicano porque los demás lo eran (1); y como en el seno de su familia la admiración a Castelar era un culto idolátrico, él, por la misma inconsciente simpatía, era republicano de Castelar. Después de la Restauración, Castelar, antes patriota que republicano, sin abjurar jamás del ideal de toda su vida, adquirió el profundo convencimiento de que en España el régimen republicano equivaldría a la total disolución del cuerpo político de la nación. Con perfecta clarividencia comprendió, además, la amenaza, siempre viva, que para esta disolución fluctuaba incesantemente sobre nuestras cabezas, y su espíritu, contristado por el peso de sus propias responsabilidades, se cercioró con compungida seguridad de que lo único que podía salvar, después de tantas desmembraciones de dominios como España había sufrido al calor de sus revoluciones políticas, lo que quedaba del antiguo espléndido edificio de nuestra histórica unidad nacional era la Monarquía, la cual, en la unidad del

(1) Como los hombres políticos en España, sin previsión ninguna del porvenir, todo lo vacian por la palabra, si se atendiese a ciertos actos de Canalejas cuando se hallaba en oposición violenta lo mismo con Sagasta, que con los conservadores, parecería que estas indicaciones republicanas le acompañaron hasta el momento en que se vió elevado a la Presidencia del Gobierno del rey Don Alfonso XIII. En cierto discurso pronunciado en Alicante, no sólo manifestó que «Martos le llevó a la Monarquía y entró en ella con disgusto y a regañadientes», sino que añadió a continuación: «No es lícito pensar bien de los hombres que nos han gobernado. Tenéis derecho a maldecirlos. Ellos llevaron la Patria querida a la ruina y al deshonor.

»Yo también he pecado, menos que muchos, que todos tal vez, y he pecado por debilidad, por transigencia, por consideraciones a la amistad y a la disciplina; he pecado por omisión.»

.....

.....

»He sido, soy y seré siempre republicano. Esta es la forma querida y soñada en los anhelos de mi corazón; pero las pasiones, las envidias, los odios, me hicieron comprender que era irrealizable mi aspiración, y creí que la Providencia me imponía como castigo el tener que *soportar* un Rey, ya que no podíamos ser reyes de nosotros mismos.»

etro, garantizaba la integridad de nuestra existencia en la vida internacional. Con heroica resolución licenció la hueste de sus fieles amigos; los indujo a su incorporación al pedestal de la Monarquía, aunque conservando en sus avanzadas la bandera de lo que él conceptuaba las conquistas del derecho moderno, basada en la exaltación de las democracias emancipadas, y abrazado a la mortaja de sus viejas ilusiones, aislóse en la soledad de sus trabajos literarios para poder vivir, renunciando a aquellas propagandas ardientes y a aquellas luchas apasionadas, con que reconocía haber infligido daños irremediabiles a la patria.

No con el mismo espíritu desinteresado, sino para hacer por sí, ya otros elementos democráticos que después de la proclamación de Sagunto se habían conservado *a honesta distancia* de la Monarquía restaurada, por sucesivas adhesiones se habían adelantado a convivir con ésta; y cuando a Martos le tocó su turno, no pensando, como Castelar, en el porvenir de España, sino para seguir tomando parte con su influencia y sus ventajas personales en la dirección de los intereses públicos, el joven Canalejas, que desde que tuvo bufete halagó las ambiciones del Parlamento, desligado de Castelar, se adhirió al antiguo jefe de los cimbrios, en cuyo geométrico verbo sostenía aún el vigor de su elocuencia la democracia.

Sin embargo, su unión a Martos no argüía una perfecta coincidencia de ideas y de propósitos. Se ha escrito en el extranjero que Canalejas vino de la República a la Monarquía con una concepción de esta forma de gobierno: «qui lui était personnelle et que l'on pourrait appeler *la Monarchie chretienne*». Este concepto, sin duda, lo han formado los que llegaron a entender que cuando en las elecciones del año 1891 su nombre figuró en la candidatura de Madrid, en que a la vez entraban D. Segismundo Moret, D. Santiago Angulo y el Conde de Xiquena, Canalejas logró salir electo en el segundo lugar, gracias a la protección que para este triunfo le prestaron el entonces Obispo de Madrid-Alcalá, D. Ciriaco de Sancha, des-

pués Cardenal-Arzobispo de Toledo, el candidato conservador Marqués de Cubas, y otros influyentes personajes del partido católico no tradicionalista. Pero el juicio que sobre sus tendencias políticas entonces se divulgó sólo equivalía a las duras críticas de que fue objeto por los prohombres del partido histórico liberal, a quienes les había amargado aquella jugarrera. Otros biógrafos de su muerte, hablando de su primera filiación en el partido liberal-monárquico en 1881, se han limitado a decir que a la sazón sólo propendía a la obra común de los que se proponían «armonizar los principios democráticos con la tradición monárquica», y otros, por último, sólo le describen en aquel tiempo animado de las mismas tendencias, «de toda aquella falange de jóvenes que pedían lo que hoy ya se encuentra realizado; esto es, la libertad del pensamiento, de palabra, de imprenta, el sufragio universal y el Jurado, o lo que es lo mismo, la democracia en acción».

Sería insensato reconocerle en 1881, cuando por vez primera se le ofrecía un distrito por Agreda, en la provincia de Soria, que no era un llamamiento de sus electores, sino una designación de la máquina gubernamental, porque aún de este modo se hacen las elecciones en España, una ambición ya directiva, a la que equivaldría la profesión de un programa de ideas propias. Claro es que en su mente bullía todo ese arsenal confuso de principios secundarios, que es lo que hasta aquí viene constituyendo el ideal, no sólo de la democracia española en todos sus matices, sino de los demás partidos llamados de gobierno; porque en España todavía no ha surgido grupo político alguno como en Alemania bajo Bismarck, en Inglaterra bajo Disraeli, en Italia bajo Cavour, como en los nacientes Estados balcánicos bajo todos sus estadistas, de ficticia filosofía, se conduzca la conciencia nacional hacia un ideal común, poderoso y firme de engrandecimiento de la patria; en el cual, por encima de todo principio, pero dentro de su nueva Iglesia, Canalejas no podía aparecer sino como un *adepto*, y en realidad a esto por mucho tiempo tuvo

que limitarse su papel, si bien, dentro de él, hiciera cuanto le fuera dado para ensanchar los horizontes de su ambición, en la que le sirvió de poderoso instrumento su cultura positiva, siempre creciente, puesto que con la gran base teórica y práctica que ya traía de sus antiguos estudios y puestos, los nuevos estudios y los nuevos problemas que se le impusieron para la activa alternativa de las discusiones parlamentarias en que tomó parte desde que se sentó en los escaños del Congreso, ofrecieronle elementos bastantes con que formar en su mente la nueva proyección de los destinos a que pudiese aspirar.

¿Hubo en ella unidad desde un principio? Hay que reconocer que no, y en demostración de esto, no hay más que fijarse en su conducta con todos los que fueron jefes de las agrupaciones a que se filió. Cuando separado de Castelar, quiso volver a él, Castelar le dijo con entera franqueza: «Conmigo, no; puedes, Pepito, irte con quien quieras; pero conmigo, no.» Se unió a Martos, y su influencia sólo sirvió para divorciar a Sagasta de Martos, en cuyo punto abandonó a éste para estrecharse con aquél. Las diferencias con Sagasta forman parte de las dimisiones de los puestos que éste le dió en los últimos Ministerios que presidiera, y muerto Sagasta y unido a Moret, no dejó vivir en la Presidencia de sus respectivos Gabinetes al Marqués de la Vega de Armijo, ni al General López Domínguez, que contaba con su apoyo, como después puso la zancadilla a Moret, que en la última situación de que fue jefe le había enaltecido con la Presidencia del Congreso de los Diputados. Es verdad que, en medio de todas estas volubilidades de norte y de conducta, se fue realizando el progreso de su carrera pública; que en 1884, bajo el Ministerio de Posada Herrera, en el penúltimo año de la vida del Rey Alfonso XII, fue subsecretario de la Presidencia del Consejo de Ministros; que, bajo la Regencia de la Reina María Cristina y la Presidencia de Sagasta, en 1887, fue Ministro de Fomento; en 1889, de Gracia y Justicia, y en 1894, de Hacienda, y que declarada la ma-

por edad del Rey Don Alfonso XIII, en 1902 se vió elevado a la Presidencia del Congreso de los Diputados, y en 1910 a la del Consejo de Ministros. Es verdad también, que en todos los puestos ministeriales que desempeñó desplegó las dotes reconocidas de su actividad e ilustración para superar con brillantez las exigencias ordinarias de las obligaciones que encarnan; pero en ninguno tuvo la fortuna de asociar su nombre a alguna de esas grandes iniciativas, que siendo realmente provechosas y trascendentales, dejan una perenne estela luminosa de perpetua recordación, como en otros tiempos dejó Moyano en la Instrucción pública, Mon en la implantación del sistema tributario, Bravo Murillo en el arreglo de las deudas y en las obras engrandecedoras de Madrid, Villaverde en la nivelación de los presupuestos, Dato en las reformas sociales, y muchos otros Ministros de todos los partidos que dentro de la Monarquía representativa desde 1834 han funcionado, en el progreso sucesivo y evidente de todos los ramos de nuestra pública Administración. Pero todo esto, ya lo acompañen esas iniciativas fecundas, ya lo limite el mero cumplimiento del oficio aceptado, ¿es administrar simplemente o es gobernar y dirigir, y mucho menos prevenir, los problemas del tiempo y preparar su pacífica evolución sin trastornos civiles ni lesión de intereses, que es lo que significa gobernar? Además, ¿es administrar o gobernar bien, lo único que incumbe al que aspira a la suprema dirección de los destinos de un pueblo, en cuyas facultades reside la eminencia verdadera de lo que se llama ser un hombre de Estado? Porque en España están desconocidas todas estas definiciones en la esfera de los hechos, damos por grandes estadistas a meros administradores, y llamamos gobernantes a los que carecen hasta de la menor noción de lo que significa la palabra Gobierno.

En toda esta actuación, que comprende desde el año 1883 en que Canalejas por vez primera fue Ministro de la Corona, hasta 1912, en que como Presidente del Poder ejecutivo ha dejado inopinada y trágicamente de existir, las condiciones

eminentes de su personalidad, que sin disputa han quedado demostradas, han sido la elocuencia de su palabra, no siempre representando ideas persistentes de pensamientos sólidamente constituídos, su no menor cultura de libros principalmente extranjeros sobre los problemas que agitan a la humanidad, pero sin la relación analítica y la definición sintética de lo que toca, según nuestro carácter, nuestro estado social y nuestros intereses generales, a los intereses nacionales, su espíritu audaz e irreflexivo para acometer reformas no bien preparadas y sin prevención alguna de sus naturales consecuencias con terquedad invencible para sostener sus proyectos arbitrarios, una actividad vertiginosa para estar en todo, para influir en la resolución de todo, sin dejar la libertad que demanda la propia responsabilidad a sus mismos colaboradores, y una laxitud absoluta de voluntad y de medios para que en su cumplimiento las leyes fuesen leyes, los tribunales, tribunales, las penas, penas, y los merecimientos, merecimientos: es decir, su sistema de la última hora, su sistema desde que contribuyó a derribar el conato de poder ordenado que el partido adversario en el Gobierno representaba, fue en realidad, arriba y abajo, en los poderes representativos y en las plebes, una tolerada anarquía.

¿Nació este sistema del último extremo a que se dirigió la reconocida cultura que hizo reflejar en 1902, en el prólogo al libro de *El Instituto del Trabajo*, de los Sres. Builla, Posada y Morote, y en el *Discurso leído ante S. M. el Rey Don Alfonso XIII, en la sesión de apertura de la Real Academia de Jurisprudencia y Legislación, el día 28 de Mayo de 1905*? Los progresos de la cultura teórica y práctica, científica y literaria de Canalejas se han ido bosquejando en el curso de este estudio, guardando estrechamente el orden de su progresión; pero el cuadro no está completo y hay que completarlo. Esta progresión, desde que se inició en el Parlamento en la vida política, hay que marcarla en sus obras, en sus discursos y en los puestos académicos para que fue elegido, principalmente en las Aca-

demias Española, de Ciencias Morales y Políticas y de Jurisprudencia y Legislación. La bibliografía de las producciones literarias de Canalejas no nos ofrece ninguna obra fundamental. Alguno de los biógrafos de la muerte ha citado entre las obras que se le atribuyen un libro titulado *Derecho parlamentario comparado*. Si existe, no conozco ese libro; si existe, se carece de ejemplares de él en las Bibliotecas Nacional, Universitaria, de los dos Cuerpos Colegisladores Senado y Congreso, de las Academias Española, de la Historia, de Ciencias Morales y Políticas y de Jurisprudencia, del Ateneo de Madrid y de Palacio, donde lo he buscado sin encontrarle. La única de este aliento que al parecer tenía en el taller, pero la que nunca acometió, ni hizo más que juntar elementos para llevarla a cabo, fue la que debía llamarse *La obra social*, y de ésta tenemos conocimiento por lo que el mismo Canalejas escribió en cabeza de las anotaciones que puso a su *Discurso de apertura de la Academia de Jurisprudencia* en 1905 ya citado, y donde dijo:— «Este discurso es la condensación de notas recogidas en una labor asidua de tres años, preparatoria de un libro muy extenso acerca de *La obra social*. Aun limitándonos a un *sumario*, casi pudiéramos decir a un *índice*, de los asuntos que con todo detenimiento estamos estudiando, y con toda amplitud desarrollaremos en su día, nos pareció excesivo el número de páginas de esta disertación académica, y acudimos al procedimiento de relegar a *notas*, que permiten mayor concisión de formas expositivas, la bibliografía y ciertas consideraciones secundarias, no desprovistas de interés.»

Después de esta no realizada tentativa, las obras publicadas por Canalejas se reducen a algunos *Discursos* sobre asuntos varios y a algunos *Prólogos* para libros ajenos. El primero de estos discursos, cuyo tema fue *La generación, vida y transformación de las leyes*, fue leído en la sesión inaugural del curso de 1893 a 94 de la Academia de Jurisprudencia, e impreso el primero de estos años en Madrid, en la imprenta de los Hijos de M. G. Hernández. Es un folleto en 4.º, de 83 páginas. Al

año siguiente, en la propia Academia y en acto de igual naturaleza, leyó otro, cuyo tema era *Aspecto jurídico del problema social*. Se imprimió en la misma forma que el anterior y en el propio establecimiento tipográfico, y contiene 98 páginas de impresión. Otros dos discursos de condición idéntica leyó en la misma Academia, en la sesión inaugural del curso de 1903 a 1904, y en la del curso de 1904 a 1905; este último en sesión solemne que presidió S. M. el Rey Don Alfonso XIII. Fuera, además, de algún discurso parlamentario, de que por causas políticas diversas se hizo tirada aparte de la del *Diario de las Sesiones* del Congreso, entra en la categoría de los de carácter oficial, el leído el 16 de Setiembre de 1889, siendo Ministro de Gracia y Justicia, en la apertura de los Tribunales, y tuvieron carácter vario, el de su Conferencia en el Círculo de la Unión Mercantil, sobre *La propiedad mercantil e industrial*, y la que dió en el Ateneo en el tercer centenario de la publicación del *Quijote*. Por último, constituye trabajo suyo esencialmente profesional su *Dictamen sobre límites entre las Repúblicas del Ecuador y el Perú*, que se imprimió en 1905 en la imprenta de los Sucesores de Rivadeneyra, y que contiene 73 páginas en 4.º

De los prólogos que escribió para libros ajenos, el más importante es el que lleva al frente la obra titulada *El Instituto del Trabajo*, de los Sres. D. Adolfo Builla, D. Adolfo Posada y D. Luis Morote. Llevan prólogo, también suyo, *La jornada de ocho horas*, de D. Ricardo Revenga; *La pena de muerte*, del Sign. Pietro Ellero; *El nuevo liberalismo*, de D. Melchor Almagro San Martín; *Procedimientos médicos legales para evitar la tuberculosis en el Ejército*, de D. Dionisio Fernández de Alcalde; *El problema político al inaugurarse el siglo XX, y el régimen parlamentario*, de D. José Cascales y Muñoz; *Estudio sobre las regalías de la Corona de España*, de D. Juan del Nido y Segalerva, y *La propiedad industrial: marcas de fábrica y de comercio*, de D. Enrique Pérez Dindurra. Respecto al de los *Apuntes para la Historia del tiempo en que ocupó los destinos*

de aya de S. M. y A. y Camarera Mayor de Palacio, su autora la EXCMA. SRA. D.^a JUANA VEGA DE MINA, CONDESA DE ESPOZ Y MINA, el mismo libro indica bien claramente quién le escribió, mas para rectificar esas ideas que ligeramente se divulgan para aumentar prestigios a los que no los necesitan y disminuirlos a los que pueden ser pródigos de lo que hacen, porque siempre les queda un gran remanente de honor que para los suyos les basta, se harán aquí breves indicaciones y se confirmarán con un par de documentos entre una cartera repleta de ellos. Desde que, ocupando la Presidencia del Congreso de los Diputados el Sr. Canalejas, se propuso dar a la estampa el manuscrito legado por la Condesa de Espoz y Mina a dicho Cuerpo, lo primero que hizo fue entregarlo a las cajas, y proponiéndose documentarlo bien y consagrarle un extenso prólogo con su pluma, puso a contribución para las necesarias y difíciles investigaciones a todos sus amigos políticos y particulares. El que estas líneas escribe le mereció desde 1906 esta confianza, y toda la documentación con que el prólogo al cabo se escribió y toda la que en los apéndices contiene la investigada en el Archivo de la Real Casa, así como las biografías de las personas que tuvieron parte en los sucesos de Octubre de 1841, toda la relativa a los Embajadores de España en París durante la Regencia del General Espartero, toda la íntima de familia de la que fue teniente de aya D.^a Inés Blake de Román, y otra gran parte de la que no hay que hacer prolija referencia, fue el producto de mi obsequiosa labor de cuatro años para prestar este afectuoso auxilio a la labor que se había comprometido a desempeñar por sí el Sr. Canalejas. En cuatro años de constantes estímulos, no le fue dado al que estas líneas escribe sacarle de los constantes aplazamientos que al Sr. Canalejas le imponían sus febriles atenciones respecto a las cosas políticas. Llegó, el que esto escribe, hasta bosquejarle en nueve párrafos el cuadro en que el prólogo se había de encerrar, para que el Sr. Canalejas no tuviera que hacer más que hilvanarle. No fue posible conseguirlo, hasta que, ascendiendo a la Presidencia del Con-

sejo de Ministros, terminó por declararse inválido para aquella producción, y devolviéndome mis notas y papeles, me rogó que yo cumpliera por él el compromiso contraído, tanto más urgente de satisfacer, cuanto que la mayor parte del libro impreso ya hacía cuatro años, sufría los menoscabos que es fácil concebir. Permítaseme aquí la transcripción de algunas cartas:

«Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.

»Mi querido amigo: Mil gracias por su amable carta. Antes de que termine Abril estará concluido todo lo que con el valioso concurso de V. tenemos en marcha. No lo dude; V. me inspira la más absoluta confianza, y aparte ello, sincera gratitud por tantas deferencias. Siempre suyo apasionado amigo,

José Canalejas.

»11 Abril 1907.»

«Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.

»Mi muy querido amigo: Absolutamente de acuerdo con su carta, y desde luego que la influencia, por lo común contradictoria de Francia y de Inglaterra en los negocios de España, ha de ponerse de relieve como V. indica. De Avinareta no tengo noticia ninguna. ¿Las tiene V.? ¿Las hay en Madrid? Si no, yo las pediré en seguida.

»Refiriéndome concretamente a nuestra Condesa, hay un extremo del que creo que no hablé a V. en mi carta anterior y que es interesante: sus relaciones con Concepción Arenal. Creo que debería encarecerse el relieve de estas dos figuras, estableciendo conexiones y parangón entre ellas. Desgraciadamente, D.^a Concepción, de cuyo archivo quería yo haber recabado una colección de cartas mediadas entre ella y la Condesa, las quemó todas poco antes de morir, según me escribe su hijo.

»Espero el trabajo de V., cuanto más cumplido mejor, y de antemano le agradezco y aplaudo. Suyo cariñoso amigo,

José Canalejas.

»San Sebastián, 22 de Agosto de 1909.»

«Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.

»Mi muy querido amigo: Muchas gracias por el interesantísimo bosquejo que me envía. He recibido además todos los otros datos muy importantes. En día próximo se permitirá llamarle a V. para charlar sobre esto su cariñoso amigo,

José Canalejas.

»15 Noviembre 1900.»

.....

 «Sr. D. Juan Pérez de Guzmán.

»Mi muy querido amigo: Su carta, aunque no me parece justa, acredita una vez más la rectitud de su proceder, la elevación de sus sentimientos y una amistad que nunca le estimaré bastante. Mañana terminan estos días de forzosas vacaciones, impuestas por la costumbre, y me ocuparé en cuanto con V. se relaciona. Por hoy sólo quiero decirle que S. M. el Rey y la Augusta Real Familia, que han leído su interesante trabajo en las *Memorias de la Condesa*, escucharon de mí merecidas frases de elogio, a que los Augustos Señores correspondieron, y que todos cuantos me hablan del libro se expresan en términos análogos.

»Hasta muy pronto, y siempre muy suyo y siempre amigo y obligado servidor, q. s. m. b.,

Jose Canalejas.

»28 de Febrero de 1911.»

Fuera de sus *Discursos* y de sus *Prólogos*, la labor intelectual de Canalejas quedó reducida a la elocuencia de su fervoroso verbo en los debates del Parlamento. Esto no obstante, dos Academias fuera de la de Jurisprudencia, la Española o de la Lengua y la de Ciencias Morales y Políticas, resolvieron llamarle a su seno por premio a su brillante intelectualidad. A la muerte de D. Vicente Romero Girón, la de Ciencias Morales le eligió en su vacante el 13 de Marzo de 1900; pero como en 28 de Junio de 1910 aún no había tomado posesión de su silla, la Academia volvió a declararla desierta, eligiendo para sustituirle a D. Manuel García Prieto. Lo mismo casi ocurrió en la Española, donde la elección fue hecha con grande entusiasmo. Por fallecimiento de D. Angel María Dacarrete, fue elegido Canalejas para su silla a fines de 1904, y *El Imparcial* y *El Liberal* publicaron los detalles de la elección. Asistieron a la junta y tomaron parte en la votación los académicos señores Silvela, Fernández Villaverde, Echegaray, Marqués de Pidal, Valera, Pérez Galdós, Benot, P. Mir, Fernández y González, Catalina, Menéndez Pidal, Hinojosa, Conde de Reparaz, Conde de Casa Valencia, Comelerán, Cavestany, Cor-

tázar, Saavedra, Conde de Liniers, Cotarelo, Palacio, Sellés, Picón y Ortega Munilla. Don Alejandro Pidal, enfermo, y el Conde de la Viñaza y Menéndez y Pelayo, ausentes, le escribieron amables y cariñosas cartas; faltando además, por impedidos de la edad, el Director de la Academia, Conde de Cheste, y el Duque de Rivas, Maura, por ocupaciones, y Pereda, por residir en Santander. El complemento de esta elección se resumía en los elogios que le prodigó la Prensa. *El Imparcial* decía: «La entrada en la Academia Española de D. José Canalejas es gloria nueva para aquella casa. Canalejas, orador perfecto, entendimiento cultísimo, literato y pensador, lleva al salón clásico del idioma todos los resplandores de su talento y todas las preeminencias del arte literario.» A lo que *El Liberal* añadía: «Con Canalejas volverá a entrar en la Academia una ráfaga de intelectualidad vigorosa, batida en las grandes luchas del saber, de la discusión y de la propaganda. Aparte de su significación política, su personalidad se destaca con relieve propio en la oratoria, en la disertación, en el estudio, en la difusión de ideas, en la defensa de la mentalidad progresiva y fecunda por todos los medios de la vida moderna.» La contradicción con estos juicios se halla en el hecho de que el elegido tampoco hizo nunca nada para ocupar la silla de la Academia Española, en la cual su nombre sólo queda como Académico electo. Y a pesar de que haya habido quien hablando de su cultura y de su representación, ha escrito que Canalejas «sabía de la filosofía lo que queda, de la jurisprudencia lo que establece, de las religiones lo que ha pasado, de la política lo que vendrá, de la legislación lo que subsiste, de los caminos de la vida, todo, y del aparato y de las apariencias del mundo nada», todo esto no es más que la mera palabrería de los que escriben con el ingenio y desconocen la crítica y la razón.

La última etapa de la vida intelectual de Canalejas, inseparablemente unida a su vida política, se caracteriza por su resuelta inclinación a los estudios sociales, de que fueron sucesivas, etapas en el año 1894, su *Discurso*, ya mencionado, en la

apertura del curso siguiente de la Academia de Jurisprudencia sobre el *Aspecto jurídico del problema social*; en el año 1902, el prólogo del libro de los Sres. Builla, Posada y Morote, sobre *El Instituto del Trabajo*, y en el año 1905, en su último discurso de la referida Academia, en presencia del Rey Don Alfonso XIII, lo que él consideró indudablemente como el esquema crítico y erudito del libro que meditaba sobre *La obra social*, en el cual declaraba que todos los principios que allí sostenía eran fruto de la meditación más profunda, «*como quien espera que acaso algún día se le pidan hechos acordes con sus pensamientos.*» Esta esperanza, en efecto, es la que se propuso realizar cuando el 10 de Febrero de 1910, derrocado de la jefatura del Gobierno el Sr. Moret, y aún vivo el humo de los incendios de la semana trágica de Barcelona, en curso los procesos que fueron su consecuencia ante la moral y las leyes, y apenas sepultado el cadáver de Ferrer, vino a erigirse en la cumbre del poder para empezar a desarrollar el *ensayo* del programa político-social que, con la apelación a todo el movimiento abstracto de los libros publicados por los filósofos de todas las lenguas en todo el siglo antecedente, tenía formado en su mente para una nueva y total transformación, que no era menos la que en realidad meditaba. A esto se ha llamado bajo su Gobierno «el desarme de los partidos revolucionarios y la pacificación moral de los espíritus», como si los hechos que le crearon todas las dificultades con que conllevó su poder no ofrecieran hasta con el testimonio de su propia inicua muerte el mentís más soberano a la ligereza de tales opiniones. La consagración perenne de su nombre no tiene más que una base firme e imperecedera: la crueldad y la gloria de su martirio en la alta posición que ocupaba.

No era un programa ni de gobierno, ni de transformación, lo que, después de tantos estudios, Canalejas trajo a las iniciativas de su poder durante los tres años que le ha ejercido, sino un haz de utopías que al tratar de convertirlas en hechos legislativos han tenido que resultar un haz de consecuencias contra-

producentes y otros tantos fracasos. No son los Gobiernos los llamados a ponerse al frente de todas las reformas que, por lo menos, perturban si no están convenientemente preparadas, cuando no perjudican intereses legítimamente creados a los que la acción del Estado desampara sin ninguna suerte de indemnización. En una sola nota del *Discurso* de 1905, la que lleva el número 129 en la página 148, al hacer una somera enumeración de los jalones que marcan el desarrollo de las principales instituciones de carácter social que en el siglo XIX se han fundado, se ve que no han sido de los Gobiernos, sino de las iniciativas particulares, de las que dichas instituciones han emanado, de donde sin crear conflictos han ido extendiendo su acción y compenetrando en las costumbres sociales. Las *Casas-cunas* de París en 1801, las *Cajas de Ahorro* en Inglaterra en 1804, las *Colonias de asistencia agrícola* de Holanda en 1818, las *Casas obreras* de Fidadelfia, y las *Asociaciones cooperativas agrícolas* de Irlanda en 1831, la *Lucha contra el alcoholismo* en Inglaterra en 1832, el *Ahorro escolar* en Francia en 1834, la *Participación en los beneficios* en Francia, también en 1842, las *Sociedades cooperativas de consumos* en Inglaterra en 1844, las *Cajas rurales* en Prusia en 1849, los *Comedores populares* en Suíza en 1851, los *Bancos populares* en Alemania en 1852, la *Jornada de ocho horas* en Melbourne en 1856, el *Descanso dominical* en Suíza en 1861, los *Círculos obreros* en Inglaterra en 1862, los *Hornos económicos* de Berlín en 1866, las *Medidas preventivas contra los accidentes del trabajo* de Mulhouse en 1867, la primera *Exposición de la Economía social* en París en 1868, el *Consejo de arbitraje y de conciliación para las industrias* de Londres en 1869, la *Lucha contra la reglamentación de la prostitución* en Inglaterra en 1870, los *Delegados obreros para las minas de hulla*, los *Asilos de noche* de Marsella, y el *Palacio o la casa del pueblo* en Mulhouse en 1872, la *Escala móvil de los salarios* en el Stalfordshire en Inglaterra en 1875, los *Consejos de fábrica* en Bélgica en 1877, la *Asistencia para el trabajo y el Ahorro por la mutualidad* en París en 1878,

las *Federaciones regionales de sindicatos agrícolas* de Lyon en 1893, los *Arbitrajes obligatorios de la industria* de Nueva Zelanda en 1894, los *Museos sociales* en 1895, la *Asociación internacional para la protección legal de los trabajadores*, todas son instituciones nacidas por sí mismas sin la tutela de los gobiernos, y con cuyos efectos por sí mismos también, cada día más dilatados, la clase obrera se ha levantado más que con las mercedes equívocas de los Gobiernos.

En el *ensayo* del programa de Canalejas, ni aun a la difusión de estos adelantos se ha atendido: su política, limitada a enervar la eficacia de las leyes, la autoridad de los tribunales, la respetabilidad intangible de los jueces; a consagrar a fuerza de debilidades utópicas la libertad más absoluta a costa de la impunidad más manifiesta; ¿qué le ha traído al fin? ¿el desarme de la revolución? Ningún grito de la rebeldía con sus contempORIZACIONES se ha apagado: en cambio, contra él mismo, a espaldas de la gratitud, tanta impunidad ha permitido armarse en la sombra el brazo del asesino para sorprenderle con el rigor de la muerte a la luz del día y en el paraje más público de Madrid. ¿Ha sido ésta toda la eficacia de sus estudios sociales? El *ensayo* del programa ha sido luctuoso y, sin embargo, Canalejas podía ser considerado en esta triste España, tan exhausta de hombres verdaderamente de Estado, como una *esperanza*, pues aunque todavía no estaba bien formado para la suprema dirección política que se le había conferido, no puede en razón aplicársele a él la teoría de que él hablaba en la página 73 de su *Discurso* de 1905, como exageraciones de Gabineau, Lapouge, Ammon y Serk, cuando consideraban como causa de la gran decadencia por que se atraviesa en todas partes, en esta hora realmente crítica de la Historia, *la inclinación de las modernas sociedades a exaltar las medianías*.

JUAN PÉREZ DE GUZMÁN Y GALLO,

De la Real Academia de la Historia.

REVISTA DE REVISTAS

SUMARIO.—CRÍTICA: Gazapos y planchas de novelistas.—CUESTIONES ECONÓMICO-SOCIALES: Así habló Jeroboam.—COSTUMBRES: De Bruselas a Londres.—LITERATURA: El Decamerón del Sudán.—IMPRESIONES Y NOTAS: Anecdótica: Maindrou y Mitty.—Las escuelas poéticas contemporáneas.—Kant y Leconte de Lisle.—La mujer y el retratista.

CRÍTICA

GAZAPOS Y PLANCHAS DE NOVELISTAS.—Es un curioso trabajo, dedicado en *La Revue* por Alberto Cim a los lapsus y singularidades literarias de los novelistas contemporáneos. Algunas de estas singularidades nos parecen poco bien citadas, pues en verdad que no acertamos a encontrar lapsus ni error ninguno en las frases siguientes: «Salvador depositó sobre la frente de la joven un beso tan casto como el rayo de luna que le iluminaba» (*Los Mohicanos de París*); «lanzó sobre ella una mirada de serpiente forzada a huir» (ídem, ídem). Hasta la cita de ¡«Ah! ¡ah! dijo Don Manoel en portugués», que parece un desliz, no lo es tanto si se fija la atención en que por sencilla que parezca la exclamación de «¡ah! ¡ah!», jamás se confunde la que hace un francés con la que hace un portugués. Prescindiremos, pues, de todas las citas más o menos discutibles, y recogeremos únicamente los gazapos de fondo o de forma citados por Cim.

En *El caballero de Harmental*, cuya acción pasa en 1718,

uno de los personajes, Buvat, dice al cardenal Dubois que su pupila pinta como Greuze, que nació en 1725, siete años más tarde; y desde su cuarto, el mismo Buvat ve la iluminación de las galerías del jardín de Palais-Royal, que no se construyeron sino sesenta o setenta años después.

Balzac, en *El primo Pons*, habla de un abanico admirable, «divina obra maestra que Luis XV encargó seguramente para la señora de Pompadour; ¡Watteau se ha exterminado para componer aquello!» Ahora bien; Watteau murió en 1721, el mismo año en que venía al mundo la bella marquesa. En *La musa de la provincia*, Balzac pone en escena una doncella que con ayuda de un pañuelo, venda sólidamente los ojos a uno de los personajes, de modo que no puede ver dónde le conduce, y le hace esta extraña recomendación: «¡Velad bien sobre vos mismo, no perdáis de vista ninguno de mis signos!»

Semejante a este descuido, fácilmente explicable, es el de Lemoinne al decir que «el rey de Hannover *ciego* y sufriendo *al ver* su reino incorporado a Prusia». Más grave, aunque del mismo género, es el de Emilio Puvillón, al decir *Pecaïre* que «Ginibre, un honrado ciego, envía una *mirada melancólica* a una botella vacía». En lugar de un ciego que ve claro, se tropieza a veces con un mudo que toma la palabra: «El gran rabino de Francia, Isidoro, al que un reciente ataque de parálisis conduce al *mutismo*, ha querido en esta ocasión *mezclar su voz* a las oraciones dirigidas a Dios por Moisés Montefiore.» En *La prima Bette*, un comisario de policía «responde silenciosamente: no está loca».

Stendhal, en *El filtro*, da este tropezón de contabilidad: «tengo treinta años más que vos, mi querida Leonor; no tenéis más que diez y nueve y yo cincuenta y nueve». De diez y nueve a cincuenta y nueve, no van treinta, sino cuarenta. Jorge Sand, en un prefacio para el tomo de poesías *La Canteras*, del albañil Poney, toma a Herodes por Pilatos: «y lo mismo que Herodes, no saben más que lavarse las manos con todas las iniquidades sociales».

El parrafito de Eugenio Sue en *El Orgullo*, es de los más curiosos que pueden citarse: «Voy a poner las tenacillas al fuego, dice uno de los personajes, para sacar los gusanos de la nariz a la señora de Barbançon, a fin de ver lo que tiene en el vientre.»

No deja de ser chocante, aunque no puede tacharse de impropio, el modo de decir de Champfleury: «La pipa del descontento no iba a tardar en brotar en su corazón.» En el mismo caso se encuentra otra frase del mismo autor al decir: «Las damas cuchichearon mirándose, con bocas sonrientes y arrullos de ojos que hubiera envidiado una actriz para representar papeles de Marivaux.» El mismo Champfleury dice en otro lugar: «Una mano fría, larga y enflaquecida, se apoderó de su cráneo... Aquellos terribles dedos sacaban su fuerza de que los pulgares de las dos manos, enganchándose en los marcos de las orejas de fauno del señor Perdrizet, los otros se juntaban sobre la cima del cráneo, que, a pesar de su pulimento, estaba cogido como por ocho gatillos alargados.»

Alfredo Assollant indica un medio singular de hacer competencia a las trompetillas acústicas: habiendo puesto en escena jugadores de billar (nos los representa acercándose) y «teniendo su taco en la mano para oír mejor». Julio Verne, en *Veinte mil leguas bajo los mares*, dice: «Los dedos del capitán Nemo se habían vuelto a colocar sobre el teclado del órgano; yo noté que no golpeaba más que las teclas negras, lo que daba a aquellas melodías un color esencialmente escocés.» Los lapsus del famoso Flaubert, tan mirado y remirado en la elección de términos propios y en la puntual exactitud de todas sus expresiones, cien veces retocadas antes de darlas a la imprenta, son verdaderamente increíbles. En *Madame Bovary*, dice que «el padre Ronault fué a llevar a Carlos el pago de su pierna arreglada, setenta y cinco francos en piezas de cuarenta sueldos»; problema insoluble, pues con monedas de dos francos no se pueden pagar setenta y cinco. En la misma novela se lee: «Recibió por su santo una hermosa cabeza frenológica toda marcada

con cifras, hasta el tórax, y pintada de azul.» En *Buward y Pecuchet*, nos deja sin saber cuál era el color de una casulla: «de color verde manzana su casulla, que flores de lis adornaban, era azul celeste». En la misma obra, hace celebrar la misa de media noche el 26 de Diciembre, es decir, al día siguiente de Navidad, en lugar de la víspera.

Alfonso Daudet, en *Tartarín de Tarascón*, atribuye a los árabes mandíbulas fenomenales: «Cuatro mil árabes corrían detrás con los pies desnudos, gesticulando, riendo como locos y haciendo resplandecer al sol seiscientos mil dientes blancos», los que hacen justos cincuenta dientes por cada árabe. En *El Evangelista* pinta un maestro «de ojos ardientes de un azul globuloso y fanático».

Emilio Zola habla de que «ella enjugaba con sus dedos las lágrimas que corrían de sus ojos». Los Goncourt dicen en *Madame Gervaisais* que «lo que le faltaba y de lo que carecía era una ausencia de alimento de apetitos nuevos». Pintan una muchacha difícil de representar: «Observo una muchachita con un par de botas de amazona enganchada por una cuerda al hombro y llevando con la otra mano un viejo barómetro dorado.» Fernando Fabre, en *Bernabé*, dice: «La tela, demasiado vivamente recogida, lanzó un grito.» A Francisco Coppée se le ha escapado decir: «Ella acababa de sentarse entre sus dos hijas, dos gemelas, de edad *una y otra* de ocho años.»

Hasta Anatolio France ha dado un tropezón, haciendo nadar a las pintadas como si fueran patos. «Veo, dice, a la República nadar entre las potencias como una pintada en una bandada de goelands.»

La Venus de Milo ha dado origen a increíbles planchas. Merouvel ha tomado la isla de Milo por un hombre: «La verdadera maravilla, dice en *Millones, Amor y Compañía*, era ella misma, con su cuello firme y sólido, su soberbio pecho, sus fuertes caderas y su prestancia, con la cual Milo, el artista cuya fama ha atravesado los siglos, hubiera dado una pareja a su inmortal estatua.» Amadeo de Bast nos presenta a uno

de sus héroes, José Plumard, poniendo una rodilla en tierra y depositando «sobre aquella mano blanca y modelada como la de la Venus de Milo el más respetuoso de los besos». En la misma gazapera ha caído Julio Gastyne, diciendo en *Carne de placer*: «Su brazo blanco, modelado como el brazo de la Venus de Milo, resplandeciente como Carrara.» En el mismo folletín se le ha escapado el lapsus de presentar a un comisario de policía que esperaba ver *palidecer* a un preso negro.

Carlos Merouvel, en *Jenny Fayelle*, nos presenta también una mujer que tenía «un talle esbelto y flexible que una mano de hombre hubiera aprisionado en sus diez dedos».

Ponson du Terrail, habiendo escrito tanto, no podía menos de incurrir en algún descuido. He aquí varios: «Ella tenía la mano fría de una serpiente.» «Melchor no había dejado de beber en todo el camino y no había despegado los dientes.» En *Los escolares de París*, cuya acción pasa en tiempos de Francisco II (mediados del siglo XVI), hay un monje que se sabe de memoria a Molière, que no vivió hasta el siglo siguiente. En *La juventud del rey Enrique*, cierto Godolfín, extraviado una noche sombría, es capaz de reconocer la columnata del Louvre, construída dos siglos después.

El escritor belga Lemonnier es aficionado a giros rebuscados y altisonantes, como éste, por ejemplo: «Cada golpe del martillo la terebraba con las lentas y continuas perforaciones de una infinidad de agujitas musicales atrozmente lancinantes.»

Alberto Blanquet, en *El Parque de los ciervos*, dice: «Pocos instantes después, un carruaje se los llevaba al trote de dos buenos caballos lanzados al galope.»

Jorge Duval toma la palabra *refinería* por *refinamiento* hablando de una *refinería de crueldad*.

CUESTIONES ECONÓMICO-SOCIALES

ASÍ HABLABA JEROBOAM.—En el *Mercure de France* publica Bottoni un original artículo, del que sin comentarios extractamos lo más interesante.

«¿Decís que los negocios se dividen en comerciales, industriales, mineros y agrícolas? No creáis nada de eso: los negocios no tienen nada que ver con el comercio, la industria ni la agricultura. El que se estableciese de agricultor sin conocer el arte de la tierra, arriesgaría el arruinarse; en negocios, un violinista, un sportman, un clown, pueden hacerse ricos en un momento. Los italianos tienen la palabra *affarista*, que designa lo que no es una profesión ni apenas una ocupación. De modo que hacer negocios ¿es no hacer nada? No, pues a veces es también trabajar mucho. Los negocios son la metafísica de la actividad humana, y un hombre de negocios es siempre un ex-algo, generalmente un fracasado de algo, cuando no es un especialista en aventuras.

Vistos al modo de los hacendistas, los negocios son una fuente poderosa de poesía, de imaginación, de pintoresco. ¿Qué es una historia de amor o un relato de batalla, al lado del romancero de un rey del chocolate? Los financieros son poetas ignorantes. Un idiota pobre es un idiota; rico, es un rico.

«Los negocios son los negocios.» Este aforismo macarrónico es erróneo. Los negocios no son los negocios. ¿Cómo lo habían de ser, cuando tienen una moda y en una estación se llevan las minas de oro, como puede llevarse el armiño o la falda de campana, y se abandonan los petróleos como puede abandonarse la crinolina? Los negocios no son los negocios; los negocios son el *boom*, es decir, el desboque, la fiebre mística, el fetiquismo, la fe en el grigrí. Cuando el caucho está de moda, se ve hacer diariamente en Londres, en Nueva York o en París una sociedad nueva para la plantación de heveas. En tal estado de exaltación, se ponen en sociedad cien mil árboles

de caucho; se ponen también tierras incultas, en las que acaso puedan criarse esos árboles; se pone todavía menos: esperanzas de tierras o ideas de cultivos; pero pasada la exaltación, no se encuentran mil francos para esas mil plantaciones, aunque se trate de heveas positivas rebosantes de jugo.

Para ver lo que son los negocios, basta evocar dos cuadros: el primero, el tropel, los gritos, las disputas, una mina de oro cuya cotización sube y sube en la Bolsa, creando el deseo, la locura; el segundo, a mil leguas del primero, un paisaje senegalés mostrando, bajo el sol tropical, una gran llanura árida, con dos o tres agujeros superficiales, en los que trabajan veinte negros. El primer cuadro es el valor en papel de una mina, el segundo la mina verdadera. Como se ve, los negocios son el sentimiento, la imaginación, la esperanza, lo vago, lo irreal.

La frase de Dumas «los negocios son el dinero de los demás», es una fórmula que no deja de tener su parte de verdad, y que refleja la mentalidad de una época. «¡La brutalidad de las cifras!» ¿Qué tonto ha dicho eso? Nada más envolvente ni más acariciador que la cifra. La cifra no es hombre, es mujer: tiene de la mujer la seducción, la aparente sinceridad, el arte de engañar; sabe mentir con encanto. La cifra es la gran llave de los sueños, la fuente de las más grandes ilusiones, la puerta de los sueños más emocionantes.

Un banquero es un hombre que se sienta delante de una gran mesa, en la que no hay nada, y se pregunta por qué medios podría hacer caer en su caja el dinero de los curas. Porque el tipo de presa fácil, de víctima resignada, es el cura.

En las tertulias de las familias artesanas, en que el juego toma fácilmente aire vicioso por el dinero que se puede perder, es de buen tono jugar con judías. Para la mayor parte de los capitalistas franceses, las partes de fundador son el juego de las judías. ¿Una idea, una concepción feliz, descubrimientos de sabios, investigaciones de ingenieros? Todo eso, judías.

¿No conocéis el experimento clásico del barbo? En un acuario, dividido en dos compartimientos por un tabique de cristal,

se echan a un lado un barbo y al otro un gobio; a la vista del gobio, el barbo se precipita sobre él, y viene a dar con su nariz contra el tabique de cristal; apenas repuesto del violento choque, el barbo vuelve a la carga, y se aplasta la nariz por segunda vez; entonces ya se puede quitar el tabique de cristal; el barbo no tocará al gobio aunque le tenga encima; para él, el gobio es tabú; desearlo, es recibir en la nariz una formidable conmoción. Pues este barbo es el capitalista: si ha caído brutalmente sobre el cebo de una mina de oro, dejando algunas escamas en la aventura, no echa la culpa a su ligereza ni a su ignorancia; condenará todas las minas de oro y se abstendrá de tocar una pepita. De ahí estos aforismos de barbo: «no toquéis nunca a los negocios industriales», «nada es tan peligroso como las minas», «desconfiad de las explotaciones coloniales», etc.

El difunto Farry, el padre de Ubu, inspirándose sin duda en que la poesía tiene su Pegaso, había creado el Caballo de Hacienda, moderna encarnación del Vellochino de oro, pero en símbolo mágico, flexible y variado: es el Rocinante de los Don Quijote, fundadores de sociedades, y el asno de los Sancho Panza, de la prensa financiera; el alazán, encaparazonado, que se hace caracolear ante los accionistas, y el rocino que arrastra en cabalgata la carreta de las emisiones; el percherón empenachado que guía el cortejo de los dineros difuntos; el garañón atrevido que guía soberbiamente la parada de los fondos del Estado, y el caballo de los obligacionistas; el pura-sangre presentado a la alta escuela por el señor Economista Distinguido. En el tablero político es la pieza de madera con cabeza de caballo, simbolizando la Hacienda, que se hace evolucionar en macarrónicas combinaciones entre el Rey, símbolo del Gobierno; la Reina, símbolo de las influencias femeninas; la Torre, símbolo de la fuerza armada, y los Peones, símbolo de las influencias electorales.

¿El mecanismo de la Bolsa? ¿Os acordáis del juego «Encendida te la doy»? Los jugadores, formando círculo, se transmi-

ten, de mano en mano, una cerilla encendida; aquel entre cuyas manos se apaga, pierde. Pues ese juego es toda la Bolsa: un valor sube, sube hasta el momento en que, dejando de estar sostenido por nuevas compras, cae bruscamente; el que lo tiene en aquel momento, pierde. Así se comprende que el único cuidado de los bolsistas sea el de reclutar nuevos jugadores, porque en cuanto uno de ellos se ha quemado la punta de los dedos, se queja, y a todo trance quiere pasar la cerilla a otro.

Se reúne un capital destinado a crear una atmósfera de entusiasmo, y eso se llama un *sindicato de emisión*; se reúne un capital destinado a crear una atmósfera de desaliento, y eso se llama un *sindicato de rescate*. Para la mayor parte de las gentes, fundar una sociedad es obtener de algunas personas llamadas accionistas lo que no se ha podido conseguir del Estado: una hermosa oficina bien caldeada y bien iluminada con un buen sillón y un gran sueldo.

Un Consejo de Administración es la reunión en un mismo local de gentes que llegan con una hora de retraso, con otras que necesitan marcharse una hora antes; unos y otros se encuentran generalmente en la escalera. Hay, sin embargo, miembros del Consejo que llegan a la hora fija, y no se van sino cuando se ha agotado el orden del día; esos precisamente son los que harían mejor en no venir. Un administrador administra; tres administradores buscan el mejor medio de administrar; cinco administradores disputan sobre programas opuestos; siete administradores pierden el tiempo charlando. En el momento en que vayas a firmar la papeleta de suscripción, haz al fundador esta simple pregunta: «¿Cuántos administradores habrá?» Si te responde que siete, arriesga 100 francos; si dice que tres, puedes llegar hasta 1.000; si es sólo uno, firma atrevidamente por 10.000.

Majestuoso por su barba y por su nombre, grave por el peso de sus años, el señor Economista Distinguido presenta a la Alta Escuela las teorías económicas financieras, e inspi-

rándose en el astuto autor que escribió «El arte de criar conejos y de hacerse con 6.000 francos de renta», el señor Economista Distinguido ha escrito «El arte de colocar y dirigir su fortuna», nuevo libro digno de figurar en la Biblioteca de los Gazapos de su ilustre antecesor. Uno de los preceptos más sabrosos de este volumen es el siguiente:

«Hay tres categorías de empresas y valores: 1.^a, las que tienen un germen de desarrollo; 2.^a, las que, habiendo llegado a plena madurez, son y deben seguir siendo más o menos tiempo estacionarios; 3.^a, las que tienen un germen de muerte. Es preciso aplicarse siempre a discernir las primeras y las últimas.»

Estoy oyendo que alguien desea que aplicando su método a sociedades nuevas, el señor Economista Distinguido se digne señalar los valores recientes que tienen un germen de desarrollo. ¿Qué impertinente se atreve a formular semejante pregunta, o por quién toman al señor Economista Distinguido? ¿Lo toman acaso por la señora de Tebes? El señor Economista Distinguido responderá dentro de veinte años.

COSTUMBRES

DE BRUSELAS A LONDRES.—Benedicto Cirmeni narra en la *Nueva Antología* sus impresiones de viaje entre Bruselas y Londres. En Bélgica pasó ocho días verdaderamente felices, y en esta primera etapa del viaje por el extranjero apenas tuvo más espinas que lo precocísimo del invierno; pues a fines de Agosto estaban encendidas las estufas en los comedores, y la pertinacia de una lluvia molesta hacía echar de menos el claro sol de la lejana patria. Al salir de Italia, consecuente con la máxima «adonde fueres haz lo que vieres», prescindía de bebidas, comidas, usos, costumbres, periódicos y libros, en una palabra, de la vida italiana, para seguir la vida del país en que se hallaba, guardándose mucho de hacer lo que muchos

de sus compatriotas, que buscan fondas italianas donde poder continuar la vida de su país. Aun sin conocer la lengua de la localidad, descendía a las posadas y frecuentaba los figones con cocina vulgar, para estudiar de cerca, aun a costa de no pocos sacrificios y rabietas, la vida del país. Así, por ejemplo, en Noruega comía el pan con pasta de azúcar, y se despertaba a media noche tocado por los rayos del sol.

La primera vez que se llega a Londres, le habían repetido muchas veces, es cosa muy distinta que llegar a París, a Viena, a Budapest, a Berlín, a Varsovia y hasta a San Petersburgo. En todos los países del mundo, especialmente en las capitales, se las arreglan con el francés o el alemán; pero no en Londres; en Londres no se habla más que inglés; pero no el inglés aprendido fuera de Inglaterra; podrás comprender bien los periódicos y los libros ingleses, y no lograrás que comprendan tu más sencilla pregunta, ni menos entender la más sencilla respuesta a lo que preguntes, escrito en un pedazo de papel. La pronunciación constituye un obstáculo insuperable, y si consigues hacerte comprender, no conseguirás que te contesten como no te dirijas a un policía; en Londres no responde nadie a las preguntas que le hacen en la calle; nadie hace caso del extranjero que necesita una indicación. Tendrás siempre que dirigirte al *policeman*; pero ni aun éste tiene tiempo que perder: le preguntas por una calle, y te agarrará por el brazo y te mete en el ómnibus que pasa sin detenerse. Por eso conviene ir a una fonda conocida, y no salir la primera semana, por lo menos, sin un guía intérprete. Cirmeni, sin embargo, quería seguir en Londres el mismo procedimiento que en las demás poblaciones; acudió al Baedeker, y hasta en él se encontró con la nota siguiente: «Para viajar en Inglaterra es indispensable saber inglés; la pronunciación es difícilísima; escribid en una tarjeta los nombres de los sitios que queréis visitar y entregadla al cochero. Proporcionaos un intérprete, que os cuesta 15 francos diarios, y desconfiad de las personas que os ofrecen servicios en la calle; si necesitáis algu-

na indicación, dirigíos siempre a un *policeman*, y a falta de él, preguntad en una tienda. Tened cuidado de no responder jamás a ninguna pregunta de ningún transeúnte, porque suele ser el preliminar de un hurto o de un engaño; el extranjero debería estar continuamente en guardia y prestar especialmente atención a su bolsa y a su reloj...» Al llegar aquí en la lectura, Cirmeni se detuvo: entraba en Amberes.

La vía más frecuentada para ir de Bruselas a Londres es la de Ostende: en tres horas y media se hace la travesía, y hay tres vapores diarios; pero siempre se llega de noche. En Bruselas el fondista había convencido a Cirmeni de que era preferible la vía de Amberes con su travesía de diez horas; él iba a Londres todos los años, y siempre iba por Amberes por ser mucho más práctico.—¿Por qué?, preguntaba Cirmeni.—Porque se hace una buena comida en las tranquilísimas aguas del Escalda; se llega a Londres en las primeras horas de la mañana, y se gasta menos.—¿Se gasta menos viajando más?—Ciertamente: por la vía Ostende-Dover cuesta el billete de ida y vuelta, valedero por un mes, 76,10 francos en primera clase y 55,90 en segunda; por la vía Amberes-Harwich sólo cuesta 60,60 en primera y 38,60 en segunda. ¿Tengo razón?

En el barco, donde entraban los viajeros a empellones para conquistar los mejores camarotes, la servidumbre era escasa y poco servicial; si no me hubiera acompañado el mozo belga hasta el mío, me habría visto en el primer apuro. En el salón había un grupo de alemanes jóvenes y alegres que hablaban en voz muy alta, y del otro lado unas cuantas personas que conversaban en voz baja. Cirmeni se sentó entre ambos grupos. El camarero, un hombre alto, flaquísimo, huesudo y rapado, le preguntó si quería comer; encantado de haberlo comprendido trató de hacer la primera prueba de su inglés preguntándole a su vez: «¿Qué más tendremos?» El movió los hombros murmurando con la boca cerrada una palabra alarmante.—¿*Bad?*, repitió.—*Very bad! It is better to ead.* (Es mejor comer.) Y se marchó.

Cirmeni se volvió hacia la camarera; pero aquella muchacha rubia, esbelta, simpática, no lograba comprenderle ni menos hacerse comprender. Le miraba con sus ojos cerúleos; sonreía y repetía con el mismo tono, con las mismas palabras, sin el menor gesto, algo que le parecía comprender, pero que en realidad no comprendía, teniendo que recurrir a un señor alemán que se dignó servirle de intérprete. ¡Cómo se acordaba de lo que tantas veces le habían dicho! «En Inglaterra no se habla más que inglés, y no sirve el inglés aprendido fuera de Inglaterra.»

Cansado de mirar y escuchar sin comprender, descubrió un alemán en la persona que tenía a la derecha, y le preguntó para tantear si era o no alemán:—¿Me permite usted hacerle una pregunta?—*Bitte sehr*, le respondió.—¿Podría usted explicarme por qué el camarero nos ha condenado a comer sin servilleta?—¿La ha pedido usted?—No; pero siempre me la han puesto sin pedirla, hasta en países que en punto a progreso y civilización no pueden competir con Inglaterra; aquí el camarero se la da a quien la pide y se paga aparte.—¿Como una bebida?—*Ja wohl*; pero ninguno la pide.—Permítame otra pregunta: ¿No le parece extraño que el camarero lleve a cada uno su porción, en lugar de que cada cual se sirva a discreción?—¡Extraño! ¿Por qué? Si no le basta una porción pide otra, como he hecho yo; se paga lo mismo.—¿Bastar? Me parece que me va a ser muy difícil atravesar la cocina inglesa.—¿Pero usted no ha estado nunca en Inglaterra?—Nunca.

El viajero miró a Cirmeni con aire de compasión, y después de un momento de desdeñoso silencio, exclamó con acento inspirado:—¡Londres, Londres, ciudad maravillosa! Es mi patria predilecta.—Pero ¿no es usted alemán? — ¿Yo? He nacido en Alemania; pero ¿qué importa donde se nace? Lo que importa es donde se vive, y donde se vive bien.—Perdone que le interrumpa; pero necesito hacerle una pregunta confidencial: ¿Cuánto se acostumbra a dar de propina?—¿Qué propina? ¿A quién?—Al camarero que está pasando el plato para el cobro.

—Nada.—¿Nada? ¡Es extraño!—Usted encuentra todo extraño porque no conoce las costumbres inglesas; y a propósito: ¿a qué fonda va usted a ir?—No sé; quisiera ir a una pensión inglesa.—El alemán le miró nuevamente con aire de compasión, y le dijo con tono amistoso, dándole una palmadita en la espalda:—«No puedo aconsejárselo; reventaría usted como un perro y nadie se cuidaría de usted; yo tengo lo que usted necesita. Y sacando de la cartera una tarjeta, añadió: Tome usted estas señas, y llegado a la estación, déselas al cochero.—¿Es la dirección de una fonda alemana?—*Ja wohl*. Usted encontrará fonda alemana, patrones alemanes, camareros alemanes, cerveza de Munich y de Pilsen, nuestra mejor cerveza, y periódicos alemanes. En la vecindad hallará almacenes alemanes con todo género de mercancías alemanas, iglesia luterana alemana, farmacia alemana, escuela alemana.—En suma: ¿es un pedazo de Alemania?—*Ja wohl*; se encontrará usted también que ni siquiera se acordará usted de Inglaterra.—¿Y ese consejo me lo da usted, que adora a Londres? Yo quiero conocer Londres; quiero aprender la lengua, los usos y costumbres ingleses; si quisiera revivir la vida alemana, me volverería a Alemania.—*¡Ganz recht!* Tiene usted razón.

Tras este ratito de conversación, Cirmeni se retiró a su camarote, y al poco rato quedó dormido. El profundo sueño fue roto por dos brazos poderosos que agitaban brutalmente al durmiente y por una voz ronca que le atronaba con palabras incomprensibles. Habían llegado a Harwich. En el muelle había varios mozos. A una seña de Cirmeni, entró uno en el barco y tomando la valija, pasó a la Aduana. La visita fue rápida.—¿Tabaco?—No.—Y nada más. La Aduana inglesa y la rusa son el alfa y la omega. En la primera sólo se pregunta por el tabaco y el alcohol; en la segunda está uno sujeto largas horas a vejaciones imposibles de prever.

En la plazoleta el mozo me preguntó dónde iba.—*To London*, respondió, orgulloso de haberlo comprendido.—¿A qué estación?—*To Liverpool*—*Street-Station*.—Pasó al tren a un

departamento donde estaba prohibido fumar, pagó al mozo y se sentó. ¿Estaba en Inglaterra? ¿Eran así los trenes de los ferrocarriles ingleses? El compartimiento era bajo, estrecho, apenas decente, sin elegancia ni comodidad; los divanes estrechos y más bien duros; las ventanillas bajas y estrechas, y las redes tan bajas y estrechas, que no era posible colocar encima maletas que no fueran pequeñísimas; en las paredes avisos lacónicos, pero eficaces, como éste, por ejemplo: «Do not spit.» (No se escupe); y debajo la penalidad: por primera vez, dos libras; las veces siguientes, cinco libras. En todo el tren no había retretes ni comedor; sólo se distinguía por la limpieza, obtenida, como se ve, a fuerza de multas.

Mientras admiraba la campiña verde iluminada por el sol, entró un empleado ferroviario que, echando una mirada en torno, preguntó:—El señor, ¿es extranjero?—Sí.—El empleado cogió la pequeña valija que Cirmeni había colocado en la red, y la puso en el diván, junto a la grande. Entonces recordó que las maletas grandes o chicas deben ir facturadas, pues cada pasajero tiene derecho a facturar gratis hasta 50 kilos de equipaje, y que en las redes sólo pueden colocarse las bolsitas y cabás, que suelen llevar consigo los ingleses.

Puesto el tren en movimiento, Cirmeni se reconcilió con las ferrovías inglesas. Los compartimientos no eran elegantes ni muy cómodos; pero el tren corría de un modo delicioso sin la menor sacudida. A medida que se acercaba a Londres el tren, sólo al principio, hallaba otros trenes que corrían por la misma vía. En las cercanías de la estación la circulación aumentaba, haciéndose difícil y peligrosa: muchísimos trenes, casi tocándose uno a otro, avanzaban al mismo tiempo, produciendo verdadera admiración en Cirmeni. ¿Cómo no habría choques? ¿Cómo entrarían en la estación? El tren se detuvo, no porque estuviera obstruido el paso, sino porque había llegado. A dos pasos del tren había carros, coches y automóviles, y en el estribo yacían ya carretillas de equipajes; cada pasajero descendido, o mejor, salido del tren, se acercaba a la carreti-

lla, cogía su equipaje y desaparecía en un coche. Cirmeni depositó la suya en el *cloak-room*, y libre de cuidado, penetró en Londres.

LITERATURA

EL DECAMERÓN DEL SUDÁN.—Entre los muchos resultados recogidos por el Dr. Frobenius en el Sudán, en sus exploraciones por cuenta del Gobierno alemán, figura todo un folk-lore completo con relatos caballerescos, historias fabulosas, mitos y cuentos populares de todas clases. A. Tibal publica algunos de ellos en *La Revue*, y de ellos entresacamos los que nos parecen más interesantes. La gesta africana cuenta con caballeros cuyas hazañas no son inferiores a las de Roldán, Garín o Parsifal.

Véanse dos de ellas: Sira Maga Ñoro cubría por sí solo la retirada de sus compañeros; el camino atravesaba una valla de espinas por donde debía cruzar el enemigo; Sira Maga Ñoro se sentó en medio del camino, ató a su pie la brida de su caballo, dispuso trece lanzas al alcance de su mano, se envolvió en su manta y esperó cantando los combates de sus antepasados, acompañándose con la guitarra. Llega el rey Galadio con trescientos caballeros; de un brinco, Sira Maga Ñoro se puso en pie; pero el rey se asustó tanto, que le ofreció la paz; despechado por no poder combatir, Sira Maga Ñoro se mordió los labios tan profundamente, que les hizo brotar sangre. En una guerra contra el rey Daga, fue sitiado en Keké; cada día hacía una salida, ponía en fuga al enemigo, y llegaba hasta coger una rama del árbol bajo el cual se sentaba el rey Daga para contemplar la batalla; desgraciadamente, por consejo de un mago, se ocultó en las ramas del árbol un albino, armado con un arco y una flecha de cobre que hirió traidora y mortalmente a Sira Maga Ñoro, quien murió en Keké, no sin que su hermano, vestido con un manto rojo hiciera todavía huir al rey Daga, y recogiese una rama del árbol.

Gossi era el más valiente de los Fulbés; nunca se volvía a la primera vez que le llamaban, porque consideraba que el hacerlo era señal de espanto. Bajó a un pozo para estrangular una serpiente enorme, y libró de ella a las gentes de la aldea; quitaba a sus enemigos pueblos y territorios enteros, y una noche que se había metido con un compañero en las cuadras del rey para llevarse dos caballos, fue cogido y encadenado a su cómplice por el pie; a favor de una tormenta se escaparon; pero tropezaron con una leona que se arrojó sobre ellos, y empezó a devorar a su compañero; al resplandor de los relámpagos, la leona mostraba los dientes a Gossi, que la escupía y la golpeaba con el puño; cuando acabó de devorar los pies del compañero, Gossi quedó libre, dió un puñetazo a la leona en el hocico, y se marchó majestuosamente sin volver la cabeza. Un día, Nielé, una de las mujeres del rey Hamadí, le dijo: «Entre los Fulbés no hay uno solo que sea verdadero hombre.» Aquella misma noche, Gossi, a pesar de los setecientos soldados de la Guardia real, se introdujo en el cuarto de Nielé, y la hizo volver de su error; tres días permaneció en el cuarto, sin que nadie se atreviera a denunciar su presencia. Al fin, Hamadí lo supo, y celebró consejo; parte de la asamblea proponía hacer hervir a Gossi vivo en una gran marmita; otros querían simplemente desterrarle. Entonces, Gossi salió de la habitación de Nielé. El rey, asustado, le hizo sitio a su lado, y Gossi declaró preferir la muerte al destierro. En aquel momento, un mensajero anunció la aproximación de una tribu hostil, y Hamadí salió a su encuentro; Gossi le acompañó, y puso en fuga al enemigo; Hamadí quiso darle a Nielé en recompensa; pero Gossi dijo: «No he hecho todo eso por amor a Nielé; ella había dicho que no había ni un Fulbé que fuera hombre, y he querido probarla lo contrario; quédate con tu mujer, Hamadí.»

Véase ahora una historia de animales: El macho cabrío Bacoroni iba en peregrinación a la Meca; una tormenta le obligó a refugiarse en una caverna, donde se encontró con el león, la pantera y el chacal. El león le dijo:—Eres un santo, y de-

berías darme una receta mágica para mi salud.—Con mucho gusto, respondió Bacoroni; voy a escribir un versículo del Korán, que te tragarás envuelto en piel fresca.—¿En la piel de qué animal?, preguntó el león.—La piel de chacal es la mejor, afirmó Bacoroni. El chacal tuvo que dejarse quitar un pedazo de piel, el león se sintió muy aliviado con aquella medicina, y preguntó:—¿No podríamos volver a empezar?—Sin duda, respondió Bacoroni; si quieres, puedo administrarte versículos y pedazos de piel hasta la noche. A tales palabras, el chacal tuvo miedo y se escapó. El león corrió tras él, y Bacoroni dijo a la pantera:—Escucha: nosotros somos buenos amigos, pues sin eso, yo hubiera revelado al león que tu piel es tan buena como la del chacal. La pantera tuvo miedo y se escapó, y Bacoroni pudo esperar tranquilamente el fin de la tormenta.

He aquí ahora, para concluir, un cuento popular, y no se olvide que se trata del Sudán. Había una vez en una aldea una vieja muy fea y muy enamorada, a pesar de sus años. Ningún hombre la quería, de modo que tenía que ir por la aldea llevando al extremo de una cuerda una vaca que prometía a quien satisficiera sus deseos. Kado estaba sentado delante de su cabaña, examinó primero la vaca y luego la mujer.—Vamos, qué, ¿te decides?—¡Ah!, respondió Kado, con mucho gusto, y no creas que a causa de la vaca; pero me gusta hacer bien todo lo que emprendo, y el mal alimento me ha debilitado tanto, que tendría que comerme antes la vaca para poderte dejar contenta. La vieja le dejó la vaca, y durante ocho días, Kado y su familia comieron carne y disfrutaron de su buena suerte. Al octavo día ya no quedaba nada del animal, y Kado dijo a su mujer:—Ahora tendré que satisfacer a la vieja.—Como quieras, respondió su mujer; entretanto, ya nos hemos comido la vaca. La vieja iba todos los días a preguntar si Kado recobraba sus fuerzas; Kado embadurnó de sangre el vientre y los muslos de su mujer, y la hizo sentar delante de su cabaña. La vieja llegó y preguntó por Kado.—Está en la cabaña, y te espera, dijo su mujer. Ayer acabó de comer la vaca, y esta

noche, probando su vigor, me ha puesto en el estado en que me ves; entra, que él espera poder contentarte. Pero ni aquel día, ni nunca, se arriesgó la vieja en la cabaña de Kado.

IMPRESIONES Y NOTAS

ANECDÓTICA: MAINDROU Y MITTY.—¿Quién los conoce? Probablemente nadie se acuerda ya de ellos, aunque son todavía de hoy. Y sin embargo, Maindrou era el presidente efectivo del *Philosopharium*, especie de Academia de cervecería a la que concurrían Luis Dumur, Jorge Le Cardonnel, Dalize, el músico Dubreuil y otros. Cuando asistía Juan Moreas, todos reconocían su superioridad; pero si Moreas no estaba, reinaba en la reunión Mauricio Maindrou, que apenas tomaba asiento, sacaba de sus bolsillos una colección de pipas, las ponía en la mesa y las fumaba metódicamente, chupando una sola vez en cada una, alternando hasta terminarlas, bebiendo entretanto medios bocks y charlando de todo. Llevaba así la dirección de la conversación, apelando para animarla a sus recuerdos de viaje; pero si alguno abordaba con autoridad un asunto, le escuchaba con la boca torcida, y en seguida le abrumaba a preguntas. Era todo un tipo altanero y apasionado como un capitán de mosqueteros.

El rumano Juan de Mitty, fervoroso imperialista, se esforzaba en parecer añejo, y quería que toda su persona, rostro, traje, maneras, estilo y hasta ortografía fuera fiel reflejo de un personaje del Imperio. Se las echaba de aristócrata y era muy amable; un madrigal muy citado en París, y que pocos saben que es suyo, iba dirigido a una linda estanquera, y decía así:

Si le tabac est un poison,
et si l'amour en est un autre,
je ne connais pas de maison
plus dangereuse que la vôtre (1).

(1) Si es un veneno el tabaco—y el amor otro veneno,—no conozco casa alguna—más peligrosa que la vuestra.

Las mayores originalidades están en las dedicatorias de los ejemplares de sus libros, y sus supersticiones eran objeto de no pocas burlas. Jamás escribía una carta sin antes haberla trazado toda entera en la uña del pulgar de la mano derecha con el índice de la misma mano; creía que una carta escrita sin este requisito no surtiría ningún efecto, que no la contestarían y hasta que ni siquiera llegaría a su destino. El encuentro de un rojo era su presagio feliz, y si era una mujer con manchas rojas, mucho mejor; sobre todo, si tenían cierto tinte o cierta forma. La vista de una flor, cuyo nombre ha olvidado Guillermo Apolinario, que es quien nos transmite estas notas, le producía gran inquietud, afirmando que ejercía gran influencia en su vida.

*
* *

LAS ESCUELAS POÉTICAS CONTEMPORÁNEAS.—En el afán de originalidad en que hoy vivimos, lo mismo en el mundo del arte que en el de la ciencia, la industria y la indumentaria se hace difícil llegar a una perfecta clasificación de todas las escuelas, tendencias, iglesias y camarillas que se disputan la predilección del pueblo en cualquier dominio que sea. Florián Parmentier ha intentado, en su libro *La literatura y la época*, clasificar todas las escuelas poéticas contemporáneas, y aunque ha procurado buscar bien sus características diferenciales, mucho tememos que su clasificación resulte todavía incompleta.

Tal como la da, procurando definirlas concienzudamente, he aquí las escuelas poéticas que enumera: el Simbolismo, el Versilibrismo, el Instrumentismo, el Decadentismo, el Magnificismo, el Magismo, el Socialismo, el Anarquismo, el Romanismo, el Paroxismo, el Esoterismo, el Naturismo, el Jammismo, la Escuela francesa (Poesía social, Verso liberado), el Regionalismo, el Sintetismo, el Suntuarismo, el Humanismo, el Integralismo, el Neomallarmismo, el Impulsionismo, el Neo-romanticismo, la Abadía (el Unanimismo), el Visionarismo, el Futurismo,

el Primitivismo, el Subjetivismo, el Sincerismo, el Intensismo, el Druidismo, el Espiritualismo, los Renacimientos, el Bonismo, y la Escuela de Flora. ¡Qué profusión y qué enredo!

Por de pronto, se echa de ver, a la simple nomenclatura de tanta escuela, que la clasificación no parte de un solo sistema ni de un solo concepto: se barajan caprichosamente las clasificaciones por doctrinas como el Espiritualismo, el Druidismo o el Esoterismo, con las clasificaciones por la forma, como el Verso-librismo o el Magnificismo, y se ven mezcladas clases como la del Regionalismo, que afecta al material verbal, con la del Neo-Mallarmismo, que se relaciona con determinada dirección poética, o con el Sincerismo, que se refiere al fondo mismo de lo expresado en relación con el alma de quien lo expresa. Desde el momento en que una misma poesía puede ser *Simbolista*, *Espiritualista*, *Versolibrista* y *Visionarista*, por ejemplo, la clasificación deja de ser buena, y desde luego no puede ser científica; pues para serlo era preciso establecer diversas *bases de clasificación* (fondo, forma interna, forma externa, finalidad, influencias dominantes, etc.), con arreglo a las cuales clasificar cada poesía, que así podía ser desde un punto de vista tal cosa y desde otro tal otra.

Pero es que, además, con toda esa profusión de escuelas, Florián-Parmentier, aunque otra cosa crea el crítico del *Mercure de France*, está lejos de haber agotado el repertorio. Por el momento, y así al correr de la pluma, recordamos el Clasicismo (o Neo-clasicismo si se quiere), el Oportunismo, el Eclecticismo, el Impresionalismo, el Folklorismo, el Espiritismo, el Erotismo, el Apachismo, el Chulismo, y otras varias escuelas que aquí y allí tienen ilustres representantes y están perfectamente caracterizadas. Hay, pues, que revisar la obra de Florián para rectificarla y completarla, estimando siempre su indiscutible valor.

*
*
*

KANT Y LECONTE DE LISLE.—Es digno de recogerse íntegro este inédito de Leconte de Lisle, publicado por *La Vie*:

«TESIS, ANTITESIS Y SÍNTESIS DE KANT.—*Mi objeción.*

»*Tesis*: Si suponéis que el mundo no ha tenido principio, admitís que en cada instante dado se ha pasado una serie infinita de estados sucesivos del mundo; lo que es absurdo, pues una eternidad actualmente pasada es una contradicción, un sin-sentido.

»Si suponéis, de un modo parecido, que no haya límites en el espacio, admitís un todo infinito, lo que es contradictorio, pues para que un todo, actualmente dado, estuviese compuesto de un número infinito de partes, sería preciso que se las pudiera contar sucesivamente, lo que es imposible, puesto que esta operación exigiría la eternidad.

»Luego el mundo no es infinito; luego debe haber un principio en el tiempo y límites en el espacio.

»*Antítesis*.—Pero si suponéis que el mundo ha empezado a existir, suponéis por ende un tiempo anterior al mundo, un tiempo vacío. Ahora bien; en un tiempo vacío nada puede empezar; o ¿por qué había de empezar en tal momento mejor que en tal otro, puesto que no hay momentos en el tiempo vacío?

»Del mismo modo, si suponéis el mundo limitado en el espacio, tenéis que suponer un espacio más allá del mundo, un espacio vacío infinito, y admitís, pues, una relación necesaria del mundo con algo que no es nada, lo que es absurdo.

»Luego el mundo no tiene límites, ni en el espacio ni en el tiempo; luego es infinito; luego no ha tenido principio.

»*Síntesis*: El Universo no es un sér en sí; no tiene existencia absoluta, independiente de nuestros sentidos. El tiempo y el espacio no son realidades objetivas. El Universo es un conjunto de fenómenos; el tiempo y el espacio son simples formas del pensamiento. No hay, pues, que preguntarse si el mundo es finito o infinito, si ha empezado o no; el mundo es la serie de nuestras sensaciones.

»*Objeción:* Pero si el Universo no es más que una forma del pensamiento, ¿qué pensamiento es ese que niega la realidad de todos sus objetos? El mismo se aniquila. Y no queda nada, ni tiempo, ni espacio, ni Universo, ni sensación, ni pensamiento.

»Así sea.»

*
* *

LA MUJER Y EL RETRATISTA.—En un artículo de *La Dépêche*, dedicado a la exposición Ricard, ha deslizado Camilo Mauclair este magnífico párrafo en que se analiza, sutil y magistralmente, la situación en que se halla una mujer y su retratista al hallarse frente a frente en sesión de *pose*:

«Un rostro femepino no es el mismo para el amante, el esposo, el hijo, la criada, los convidados o el espejo, y cada cual no lleva de él sino una versión diferente del mismo tema. ¿Es la traducción de una sola de esas figuras, o una síntesis que toma sus rasgos de toda la serie? ¿Es el tipo ligado por el retratista a su visión general de la feminidad, el *aire de familia* de los Van Dyck, la morbidez de los Proudhon, de los Ricard y los Carpière? ¿Existe en sí el verdadero retrato, fuera de todas estas opiniones? Puntos no dilucidados. En todo este conflicto de apariencia, el artista trata de reunir un haz de verdades generales. En cuanto a la mujer, a quien la ineidad de la coquetería informa inconscientemente, querría que la hicieran el rostro que ha soñado y que todo el mundo reconociera su exactitud. Además, quiere guardar algunos secretos, y se defiende contra la mirada que escruta y aspira sus pensamientos. La mujer se oculta, proteiforme. Nunca, en efecto, por la deferencia convencional, está expuesta a miradas prolongadas y violentas; eso no es lícito más que a dos hombres: el que la posee y el que la pinta. Hay, pues, una lucha entre el artista y la modelo, lucha que explica el gran gasto nervioso de las sesiones de retrato. Y esta lucha es cortés, pero jamás acaba sin rencor, como las peripecias de la seducción. La mujer vencida se

las guarda a quien la ha adivinado y poseído espiritualmente; pero no se rinde sin cierto matiz de placer perverso. Es un juego sensual y espiritual. Y hasta cuando una duquesa de Urbino, una duquesa de Alba o una Paulina Borghese se ponen deliberadamente desnudas ante un Tiziano, un Goya o un Canova, parecen entregarse, pero defendiendo siempre su rostro, que es para ellas el verdadero asiento del misterio.

»Así, la mujer conserva con su pintor un lazo especial; aprendida de memoria, aislada de lo ficticio de la cortesía, penetrada en su verdad íntima, conserva el sentimiento de una derrota y de una victoria que se funden íntimamente, casi los síntomas mismos del amor. Y si consideramos un autorretrato de mujer, los de Vigée-Lebrun, por ejemplo, veremos un curioso cambio de ambas naturalezas. Ha habido confianza, mutua confesión de ciertos matices incomprensibles para el hombre: la expresión se halla modificada; tiene algo de abandonado, la puerilidad natural en toda mujer cuando no tiene que vencer ni ser vencida. El pensamiento de la mujer es lo que se piensa de ella; por una exquisita e imperecedera convención, representa el elemento psíquico de la humanidad. La historia de su retrato a través de las edades es la historia de los deseos del hombre.»

FERNANDO ARAUJO

ÍNDICE

por orden alfabético de autores
de los artículos publicados en «La España Moderna»
durante el año de 1912.

- AMADOR DE LOS RÍOS (Rodrigo).—*Curiosidades toledanas*. Enero, página 122.—*La cueva de Hércules*. Agosto, pág. 53.
- ANDREIEF (Leónidas).—*Cruel destino*. Mayo, pág. 132; Junio, página 109; Julio, pág. 114.
- ARAUJO (Fernando de).—*Revista de Revistas*. Enero, pág. 158; Febrero, pág. 169; Marzo, pág. 169; Abril, pág. 180; Mayo, pág. 178; Junio, pág. 173; Julio, pág. 174; Agosto, pág. 165; Setiembre, página 173; Octubre, pág. 174; Noviembre, pág. 167; Diciembre, página 173.
- ARZADUN (Juan).—*Guerra que acaba y reinado que empieza*. Noviembre, pág. 5.
- BERZEVICZY (Alberto de).—*Beatriz de Aragón, reina de Hungría*. Agosto, pág. 80; Setiembre, pág. 25; Octubre, pág. 19; Noviembre, pág. 40; Diciembre, pág. 53.
- CASCALES Y MUÑOZ (José).—*La emigración de Espronceda descrita por él mismo, con notas de su padre y de la policía de su tiempo, y algunos comentarios del recopilador*. Agosto, pág. 31.
- CEJADOR (Julio).—*Estudio filológico de la semana hebráica, vascongada y asirio-babilónica*. Junio, pág. 5.—*La incapacidad de los españoles*. Diciembre, pág. 34.
- CUBILLO (Leandro).—*Las flotas de guerra en 1912*. Agosto, página 124; Diciembre, pág. 97.
- DORADO (Pedro).—*Notas bibliográficas*. Enero, pág. 203; Febrero, página 200; Marzo, pág. 198; Abril, pág. 206; Agosto, pág. 205; Setiembre, pág. 206.—*Religión y Ciencia: Razón y Fe*. Noviembre, pág. 126.

- ESPINOSA Y G. PÉREZ (Francisco).—*Las haciendas municipales*. Febrero, pág. 111.
- GAROFALO (Rafael).—*Métodos educativos de las civilizaciones latina y británica*. Setiembre, pág. 117.
- GAY (Vicente).—*La América Moderna*. Enero, pág. 140; Febrero, página 154; Marzo, pág. 143; Abril, pág. 159; Mayo, pág. 156; Junio, pág. 148; Julio, pág. 153; Agosto, pág. 150; Setiembre, página 156; Octubre, pág. 151; Noviembre, pág. 138; Diciembre, página 124.
- GOTA (Antonio).—*Sobre algunos fenómenos del sueño*. Febrero, página 91.
- LATINO (Aníbal).—*Problemas y Lecturas*. Abril, pág. 137.
- LOMBA Y PEDRAJA (José R.).—*Un gran libro español de filología*. Julio, pág. 96.
- MARCO (Dr. Luis).—*Las Memorias del Dr. D. Federico Rubio*, Enero, pág. 5.
- MAYER (Dr. August L.).—*Relaciones artísticas entre Sevilla y Venecia*. Junio, pág. 130.
- OLIVER (Miguel S.).—*Los españoles en la Revolución Francesa: Un viaje á Francia en 1792*. Febrero, pág. 123; Marzo, pág. 115; Abril, pág. 53.
- OLMEDILLA Y PUIG (Joaquín).—*Verdadero valor de los descubrimientos científicos*. Noviembre, pág. 113.
- OVEJERO (Eduardo).—*Un precedente del darwinismo en la Edad Media*. Octubre, pág. 5.
- OZZOLA (Leandro).—*España fuera de España: Pintura española*. Agosto, pág. 68.
- PÉREZ DE GUZMÁN (Juan).—*Las pinturas del palacio ducal de Berwick y de Alba*. Mayo, pág. 5.—*Las sesiones secretas de las Cortes de Cádiz*. Setiembre, pág. 5.—*La organización de la marina de Inglaterra al concluir el siglo XVIII, su comparación con la de España*. Octubre, pág. 100.—*Canalejas*. Diciembre, página 149.
- PICÓN (Jacinto Octavio).—*Exposición de las obras de Aureliano de Beruete*. Mayo, pág. 171.
- POSADA (Adolfo).—*Buenos Aires*. Marzo, pág. 5.—*Buenos Aires, capital y municipio*. Mayo, pág. 25.
- RODA (Cecilio de).—*El año musical (1911)*. Abril, pág. 5.
- RUBIO (Dr. Federico).—*Mis maestros y mi educación: Memorias de niñez y juventud*. Enero, pág. 15; Febrero, pág. 5; Marzo, página 51; Abril, pág. 75; Mayo, pág. 68; Junio, pág. 50; Julio, pág. 5.

-
- RUIZ DE OBREGÓN Y RETORTILLO (Juan).—*Alfonso X el Emplazado: Noticias acerca de un milagro*. Enero, pág. 95.
- SCHWARZ (S.).—*De la influencia ejercida por la emigración judía de España y Portugal en el desenvolvimiento económico del globo*. Junio, pág. 103.
- TAXONERA (Luciano de).—*La literatura del día*. Julio, pág. 135.
- TOLSTOY (León).—*Después del baile*. Enero, pág. 115.
- TWAIN (Marck).—*Proezas policíacas de Tom Sawyer*. Octubre, página 120; Noviembre, pág. 80.
- UNAMUNO (Miguel de).—*Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos*. Enero, pág. 78; Febrero, pág. 73; Marzo, página 32; Abril, pág. 28; Mayo, pág. 45; Junio, pág. 29; Julio, página 70; Agosto, pág. 5; Setiembre, pág. 79; Octubre, pág. 68; Diciembre, pág. 5.

ÍNDICE

	<u>Págs.</u>
<i>Del sentimiento trágico de la vida en los hombres y en los pueblos: Don Quijote en la tragicomedia europea contemporánea, por Miguel de Unamuno.</i>	5
<i>La incapacidad de los españoles: Apuntes para una conferencia, por Julio Cejador.</i>	34
<i>Beatriz de Aragón, reina de Hungría, por Alberto de Berzeviczy.</i>	53
<i>Las flotas de guerra en 1912, por Leandro Cubillo.</i>	97
<i>La América Moderna, por Vicente Gay.</i>	124
<i>Canalejas, por Juan Pérez de Guzmán y Gallo.</i>	149
<i>Revista de Revistas, por Fernando Araujo.</i>	173
<i>Índice por orden alfabético de autores.</i>	197